

Capitales para la guerra y el testimonio en un contexto
transicional. Etnografía de la producción narrativa de
desmovilizados

Juan Felipe Hoyos García
Código 478301

Trabajo de grado para optar por el título de magíster en antropología social

Dirigido por:
Myriam Jimeno

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas
Departamento de Antropología

Bogotá, marzo de 2011

Para Maite...

Por su amor, su compañía, su paciencia y su generosa guía en los temas de la narrativa y la memoria, que me permitieron darle forma y sacar adelante este trabajo.

...Y Sara.

Por hacerme olvidar la tesis y ponerme a jugar.

Gracias también a cada una de las personas del Programa de Atención al Proceso de Desmovilización y Reintegración en Bogotá, D.C, por abrirme las puertas a su proyecto y compartir la pasión por su trabajo. A Sandra, Fabio, Enrique, Víctor y Aura, y a todos los demás excombatientes que me dieron su amistad, muchas gracias. Agradezco a Myriam Jimeno por su cuidadosa lectura y sus recomendaciones, y a Margarita Chaves, quien me brindó facilidades para dedicarme a finalizar este trabajo.

Tabla de contenido

Introducción.....	5
<i>Objetivo</i>	6
<i>Escenario etnográfico</i>	7
<i>El contexto transicional y el testimonio</i>	9
<i>Los sujetos</i>	13
<i>Acercamiento metodológico y conceptual</i>	15
<i>El contenido de la tesis</i>	18
1. Un escenario en crisis.....	21
Tensiones y cambios en la política nacional y local de DDR	21
Los capitales para la guerra de los excombatientes y la política de reintegración ..	28
De etnógrafo a funcionario, o mi rápida inmersión en los objetivos institucionales de los conversatorios	38
La selección de Sandra, Fabio y Enrique	42
2. La construcción de los relatos autobiográficos de reintegración	47
El lugar de los conversatorios en el contexto institucional de transición	48
Los primeros relatos	53
Narrativas militares de la desmovilización. El testimonio como estrategia	61
<i>Toda desmovilización es una desmovilización narrada: el relato de Víctor</i>	61
<i>Desmovilizando con plata y sentimientos</i>	67
<i>La familia y las relaciones de género como eje de la estrategia de desmovilización</i> ..	70
<i>Construyendo testimonios de guerrilleros libres capturando sus relatos</i>	74
<i>Testimonio y parábola</i>	80
El Programa de Atención Complementaria al Proceso de Reintegración de Bogotá: una política pública contestataria de la memoria	83
<i>La memoria de los desmovilizados como una valiosa –y nociva– materia prima</i>	84
<i>El dilema institucional de los capitales y afectos cultivados en el conflicto</i>	90
<i>Pero ¿quién les quita lo bailao?</i>	94
3. Poniendo en marcha los relatos.....	97
Relatos entrelazados para configurar un horizonte moral	98
<i>La emergencia de los relatos de ruptura</i>	102
Las narrativas de ruptura en un orden social de continuidades (silenciadas)	105

<i>Dos paradojas de la intervención social a través de los testimonios</i>	112
La familia como <i>hábitus</i>: las causas sociales para ingresar a la guerra y las motivaciones personales para permanecer fuera de ella.	115
<i>Del “espíritu de familia” al ‘campo de poder’</i>	122
 4. Entre el reconocimiento y la violencia simbólica: Interacciones entre estudiantes y excombatientes más allá del relato.....	132
La identificación y el reconocimiento desigual entre excombatientes y estudiantes	133
<i>Más allá de la identificación: la complicidad, la admiración y la atracción</i>	137
<i>El ‘engaño de la imagen’. Categorizar y ser categorizados</i>	142
El desplazamiento de la responsabilidad: Presencia, banalidad del mal y transicionalidad	146
<i>La magia de la presencia, o cuando el personaje del relato se funde con su narrador</i>	148
 Conclusiones	152
<i>Relatos de ruptura y el testimonio</i>	152
<i>Relación estructura-agencia</i>	154
<i>Testimonio y hábitus</i>	156
<i>Testimonio, presencia y desplazamiento moral</i>	157
<i>Los relatos, la transición y el Estado</i>	159
 Bibliografía.....	161

Introducción

A finales del 2007, me acerqué las oficinas del Programa de Atención Complementaria a la Población Reincorporada en Bogotá (PACPR), organismo encargado de ejecutar la política de atención a la población desmovilizada en Bogotá. Buscaba tener contacto con los y las desmovilizados residentes en ciudad¹, con quienes esperaba responder a las preguntas de mi proyecto de maestría en antropología, y que hacía poco había presentado a consideración de la dirección de ese programa. En ese momento me preguntaba por cómo se construía la categoría de auxiliador de la guerrilla dentro de los grupos paramilitares. Para ello, consideraba que era importante mi interacción con ellos y poder escuchar sus relatos sobre su pasado en los grupos, para “reconstruir” tales categorías y seguir su permanencia o cambio en el presente de la desmovilización.

Sin embargo, tal proyecto no se llevó a cabo; debido a esos requerimientos etnográficos me involucré laboralmente con el PACPR en el desarrollo de las ‘historias de vida’ de un grupo de excombatientes de guerrilla y paramilitares, con los cuales dicha institución pretendía establecer puentes entre la población en proceso de reintegración y las comunidades a las cuales llegan a vivir, con el fin de promover su desestigmatización, prevenir el reclutamiento de los jóvenes de dichas comunidades –en su gran mayoría de sectores populares o marginados de la ciudad– y, en un plano más general, buscar espacios exploratorios para la política de reconciliación que en ese momento la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR) promovía. De modo que la producción de narrativas de los desmovilizados en el contexto institucional se hizo más relevante en mi doble lugar de funcionario, y buena parte de los materiales etnográficos referían a ese

¹ En adelante, utilizaré la expresión en plural *los desmovilizados*, o *los excombatientes*, para referirme a la población de excombatientes compuesta por hombres y mujeres. Espero que mi atención a las desigualdades de género manifiestas en las políticas y prácticas de la reintegración, así como a las luchas y experiencias específicas entre desmovilizados y desmovilizados en el campo de poder configurado por dichas políticas e interacciones, aminore la posible apariencia de ceguera de género inscrita en el lenguaje que tal convención pueda proyectar.

proceso, de modo que el desarrollo de la tesis terminó girando, de modo más coherente con el énfasis de mi experiencia de campo, en una etnografía de la producción de narrativas de excombatientes de grupos armados ilegales en el marco de la política nacional y local de reintegración.

No puedo desestimar, sin embargo, el papel que jugaron mis preguntas iniciales en el desarrollo de este trabajo. debido a mi interés por la construcción de las categorías sociales dentro del conflicto armado y su continuidad en el contexto de la desmovilización atendí y recogí aquellas expresiones, miradas e interacciones de los excombatientes con las que pretendían categorizar a quienes los rodeaban tomando como ‘evidencia’ la apariencia y el comportamiento de aquellos. También, la manera en que su experiencia perceptiva y emocional de sus vivencias en los grupos armados regresaba en sus narraciones, pero también en sus cuerpos, ligados a percepciones que se les presentaban. Tal atención me permitió atender a la conexión entre esas actitudes categoriales, las expresiones emocionales y la narración de sus experiencias en los grupos armados a los que pertenecieron, para cruzarla con la construcción de sus relatos y sus interacciones fuera y dentro de los escenarios en los que los narraban. Tal cruce proveyó el énfasis etnográfico del trabajo, centrado en las interacciones que producían los relatos más que en su contenido textual.

Objetivo

Me propongo entonces hacer una etnografía de la producción narrativa en un contexto transicional, de quienes que no son considerados víctimas ni están siendo procesados como victimarios. No es una análisis del discurso que toma como fuente primordial los productos textuales, sino las interacciones entre excombatientes, escuchas y funcionarios del gobierno distrital en las que sus narrativas fueron producidas, reguladas, performadas, interpeladas e interiorizadas. En esa dirección, interpreto las lógicas y marcos morales de la representación propuestos por las instituciones involucradas en el proceso de

desmovilización y reintegración. También describo cómo los excombatientes interactúan con éstas lógicas y marcos que incorporan pero, a la vez, seleccionan y le dan énfasis a ciertos elementos en relación con los vínculos emocionales y físicos que mantienen con lo que fue su vida dentro de los grupos armados. Por último, analizo las interacciones entre excombatientes y sus escuchas alrededor de las narrativas relatadas, y como tales interacciones objetan y transforman los sentidos institucionales de los relatos que, pese a ello, consiguen acercar a excombatientes y jóvenes de maneras inusitadas.

Escenario etnográfico

Mi trabajo aborda la construcción de relatos autobiográficos por excombatientes de grupos armados ilegales colombianos en el marco de las políticas de la Alcaldía de Bogotá dirigidas a apoyar a la población desmovilizada en Bogotá. La iniciativa consistía en crear un grupo de excombatientes, hombres y mujeres tanto de grupos guerrilleros como de paramilitares, seleccionados para realizar una serie de encuentros con diferentes grupos de población de la ciudad, a quienes les contaban sus historias de vida. El proyecto se llamaba “Conversatorios Testimoniales sobre Conflicto Armado y Paz” y fue desarrollado por el Programa de Atención Complementaria al Proceso de Reintegración (PACPR) de la Alcaldía de Bogotá² entre comienzos del año 2008 y mediados del 2009, y del que participé, más que como etnógrafo, como funcionario.³ El proyecto se creó en el marco de la política de reconciliación dirigida por la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR) y mantuvo una tensa relación con las políticas nacionales de reintegración adelantadas por la Alta Consejería para la Reintegración (ACR).

Estaban dirigidos sobre todo a estudiantes de colegios distritales de zonas populares de Bogotá –sobre la base de que en esas zonas vive la mayor parte de la población

² Institución dependiente de la Secretaría de Gobierno de Bogotá, que tiene a su cargo coordinar las acciones distritales de atención a los excombatientes que viven en la ciudad de Bogotá, con el objetivo de fortalecer el proceso de reintegración en la ciudad.

³ Aunque el proyecto continuó hasta principios del año 2010, este trabajo aborda solamente el periodo descrito.

excombatiente, y porque sus jóvenes son los más expuestos al reclutamiento ilegal—, con el fin de promover la desestigmatización de las y los desmovilizados, evitar reclutamiento a los grupos armados ilegales entre los jóvenes en edad escolar y explorar espacios de ‘reconciliación’ entre la sociedad. Durante esos conversatorios las y los excombatientes narraban sus ‘historias de vida’, o ‘testimonios’, representando un trayecto de “transición” que iba desde su vida antes de ingresar a dichos grupos, pasaba por su experiencia como integrantes de éstos y concluía en su proceso de “reintegración” a la vida civil. Al final abríamos un espacio dedicado a las preguntas y comentarios por parte de sus escuchas.

El proceso de producción de las narraciones implicó interacciones específicas con funcionarios y escuchas de las que me fue posible participar pues, como mencioné antes, estaba presente como funcionario en ese proceso, contratado para acompañar el grupo de excombatientes seleccionados. Ello no me impidió adelantar algunas técnicas propias de la investigación etnográfica: llevar un diario de campo del que salen la mayoría de escenas y diálogos reconstruidos, recuperar documentos y realizar entrevistas por fuera de los objetivos inmediatos que el trabajo me demandaba. También me permitió compartir extensas jornadas con los excombatientes, atravesadas tanto por las relaciones laborales como por los vínculos personales que se fueron tejiendo durante el desarrollo del trabajo. Con esto no sostengo que las prácticas etnográficas y las relaciones personales estuvieran al margen de las relaciones institucionales; al contrario, unas y otras se atravesaban, entrecruzamiento que me sirvió para entender el efecto de los conversatorios testimoniales como política transicional, al poner en juego vínculos emocionales entre narradores y escuchas, los cuales yo mismo experimenté.

El proyecto de conversatorios tuvo varias fases, la última de las cuales implicó una renovación del equipo y la integración de la representante de una organización de familiares de víctimas de secuestro por parte de las FARC. Aunque tal encuentro entre ‘excombatientes’ y una ‘víctima’ fue enriquecedor, me implicaría un esfuerzo que se sale de mis condiciones presentes procesar la información etnográfica de esa etapa. He decidido entonces circunscribirme al momento en el que solamente trabajamos con los excombatientes, esperando no eludir en un futuro el análisis de la experiencia posterior.

Sin embargo, he de decir que considero que esa experiencia no le dio un vuelco a lo que sucedió en la fase que aquí abordo. Antes bien, algunas de las relaciones que aquí describo, como la admiración de los estudiantes por los excombatientes –que abordaré en el último capítulo– se hicieron más protuberantes.

El contexto transicional y el testimonio

La producción de narrativas que etnografié está enmarcada en procesos de justicia transicional, entendidos como un amplio conjunto de formas alternativas de justicia para abordar la comisión de crímenes masivos contra la humanidad y facilitar el cierre del conflicto, buscando un equilibrio entre conseguir la paz y garantizar de los derechos de las víctimas a la verdad, la justicia, la reparación y la no repetición⁴ (Bickford 2004).

Los procesos transicionales han sido jalonados por lo que Elizabeth Jelin ha llamado las “luchas políticas por la memoria” (2002: 39-ss). Partiendo del supuesto de que los hechos sociales del pasado no son entidades asequibles al margen de su representación, sino precisamente representaciones que se constituyen en hechos sociales que se desenvuelven en un espacio de interacción. Por ello, la relación que tenemos con el pasado es activa: a lo que tenemos acceso y sobre lo que podemos actuar es sobre la forma y los sentidos que esos hechos toman en el presente. En esa medida, toda enunciación sobre el pasado, y más en un contexto conflictivo como el nacional, pasa por constituirse en una actividad política que disputa la emergencia de su sentido con otras interpretaciones en escena.

La emergencia de la ‘cultura de la memoria’ de las últimas décadas, en la que los testimonios son centrales, está ligada a las disputas políticas de diferentes actores sociales por hacer visibles y lograr el reconocimiento de los sentidos que le atribuyen al pasado (Jelín 2002). Las posguerras y los procesos de transición a regímenes democráticos han

⁴ Definidos como los principios fundamentales de la lucha contra la impunidad de los autores de violaciones contra los derechos humanos (Joinet 1997), que se han convertido en pilares del discurso de la justicia transicional.

sido los escenarios más visibles de esas disputas, en las que las versiones sobre el pasado de quienes sufrieron la represión o sobrevivieron al exterminio por parte de las fuerzas en el poder objetan las reivindicadas por los sectores hegemónicos, caracterizadas por políticas de olvido y punto final (Todorov 2000, Jelin 2002).⁵ Para el caso colombiano, tales posicionamientos activos de las víctimas –más que como sujetos pasivos de las políticas transicionales–, reclamando sus derechos y propugnando por cambios estructurales más profundos en sus sociedades, han sido analizados, entre otros, por Villa (2007) y Jimeno (2010).

Sin embargo, es necesario tener en cuenta que los instrumentos de transición de regímenes totalitarios o conflictos armados a estados democráticos han devenido en una política transnacional, en un proceso que ocupa, más o menos, los últimos diez años. Lo anterior, debido en buena medida por papel de la ONU en desarrollar estándares y recomendaciones internacionales para tales casos.⁶ Este proceso ha determinado la proliferación de las instituciones y procedimientos característicos de los procesos transicionales, como las comisiones de la verdad, los procesos judiciales alternativos, los programas de desmovilización y las políticas de memoria y reconciliación. Éstos vienen acompañados de estrategias mediáticas y de intervención social dirigidas a facilitar la convivencia entre los diferentes actores del conflicto, en el marco de las políticas de reconciliación.

La recolección y divulgación de testimonios de las víctimas se ha vuelto una herramienta central en los procesos de transición, no exenta de contradicciones dado el proceso de globalización e institucionalización que éstos viven. Por una parte, los testimonios han

⁵ Otro escenario, menos visitado en la actualidad, es la larga tradición de la memoria insurgente del tercer mundo, y especialmente latinoamericana, que en varios casos ha pasado por un proceso de institucionalización, tras la consecución del poder, como en los casos de Cuba y Nicaragua (Beverley 1978, Palazón 2008). Es la memoria de los combatientes y excombatientes, quienes pasaron de ser perseguidos y reprimidos a dirigir las políticas oficiales de memoria.

⁶ Esta globalización está relacionada con la cada vez mayor participación de agencias multilaterales de mediación, financiación y ejecución de los programas, así como de la aparición de estándares promovidos por la ONU, asegurando el paso a un orden social democrático, y ligando estrechamente sus procedimientos a la implantación del modelo de desarrollo liberal. Hacen parte de esos estándares las comisiones de la verdad, memoria y de reparación, así como los programas de DDR (de dejación de las armas, desmovilización y reintegración) (ONU 2006). Completan el espectro las cortes internacionales, los ejércitos de paz y un sinnúmero de organizaciones de cooperación internacional, ONG y empresas privadas, sumado a todo un campo académico de reflexión que se ha abierto alrededor (Stahn 2005).

servido tanto para la producción de una memoria histórica de los hechos como para adelantar las políticas de reconciliación sobre la base de que contar la verdad puede sanar, no sólo a los individuos, sino a la sociedad en su conjunto (Minow 1998: 61-ss; Jimeno 2008, 2010). Por otra parte, algunos análisis de las condiciones de producción de dichos testimonios en el marco de las instituciones transicionales muestran como éstos se producen bajo controles que impiden el posible efecto curativo del testimoniar.⁷ En estos casos, las instituciones productoras de testimonios imponen sus concepciones del pasado, de aquello que consideran necesario decir para la transición, en el marco de problemáticas negociaciones políticas con las fuerzas perpetradoras que en muchos casos, si no en todos, logran conservar un significativo poder de coacción abierta o soterrada (Christie 2007, Andrews 2007, Castillejo 2009).

Para el caso que abordo, el lugar del testimonio es igualmente importante. Una de las características más sobresalientes del proceso de desmovilización y reintegración, y de manera más general, del proceso de justicia transicional que vivimos en Colombia, es la gran cantidad de relatos de vida que circulan. Después de un primer momento centrado en narrativas épicas de los comandantes paramilitares previas a las negociaciones con el gobierno a partir del 2002, como las de Carlos Castaño y Mancuso (Aranguren 2001; Martínez Osorio 2004),⁸ le han seguido publicaciones de historias de vida de excombatientes de uno y otro bando que no pertenecían necesariamente a las dirigencias de los grupos.⁹ Las narraciones de vida de combatientes y excombatientes de grupos paramilitares y guerrilleros comenzaron a circular a través de medios de comunicación con diferentes objetivos: en la puesta en marcha de estrategias militares, como soporte a la

⁷ De hecho, Roelens sostiene que desde la perspectiva psicoanalítica “la rememoración, como recolección positiva de recuerdos conscientes, como historia lineal, como biografía, ya muy poco entra a ser elemento de la cura; al contrario, el recuento consciente de su historia resulta ser parte de los desconocimientos del yo” (2004: 176)

⁸ Algunas de ellas han sido analizadas comparando las narrativas guerrilleras y paramilitares, como Bolívar (2006).

⁹ Entre ellos están *La guerra ¿Para qué?* (VVAA 2008) y *Retomo la palabra* (Schmidt y otros 2009) producidos por instituciones que ejecutan la política de reintegración. Otros, como *Confesiones de un paraco* (Jaraba 2007), *Confesiones de una guerrillera* (Rueda 2009), *Ahí les dejo esos fierros* (Molano 2009) y *Paracos* (Serrano y Rendón 2009), son producidos en un contexto más comercial. Todos, sin embargo, apelan a la urgencia de la memoria sobre el conflicto armado para explicarse.

política de reintegración, en los centros de investigación sobre el conflicto armado o la desmovilización y en las instituciones públicas.¹⁰ Un ejemplo particularmente visible ha sido el de las historias de vida de las y los desmovilizados de las FARC nombrados ‘gestores de paz’ por el gobierno Uribe desde marzo del 2009, que tienen como objetivo promover la desmovilización entre las filas de la guerrilla y dar a conocer a la opinión pública la política de reintegración y reconciliación.¹¹

Como mostraré, el proyecto de conversatorios pretendía facilitar el proceso de reintegración de la población excombatiente a la ciudad y la nación a través de sus relatos. Éstos debían configurar una memoria testimonial de sus experiencias en la guerra para explicar su participación en ella y justificar su lugar social como desmovilizados. Sin embargo, dicha función colocó a narradores y narradoras en una también ambigua relación con las luchas por la memoria: el proyecto mismo que promovía la transmisión pública de las memorias de excombatientes impuso filtros a la enunciación de sus vínculos emocionales con los grupos armados, y más allá, pretendió establecer un encadenamiento causal a los hechos narrados y un marco moral de interpretación. No todo lo recordado puede ser narrado.

Otro factor que incidió en la realización de los conversatorios fue el clima político local y nacional, que estaba enrarecido por factores relacionados con la política de desmovilización. Por un lado, el 2008 era año de elecciones a las alcaldías, y en Bogotá los partidos uribistas le disputaban al Polo Democrático el gobierno de la ciudad, sosteniendo que durante sus administraciones anteriores habían sido incapaces de controlar el aumento de la inseguridad, por lo que prometían implantar el modelo de seguridad democrática

¹⁰ Ello, al margen de las versiones libres en los procesos de Justicia y Paz, las que pueden ser entendidas como relatos contruidos en relación con formas particulares de convenciones y recursos, lo cual sería materia de otra investigación.

¹¹ Los ‘gestores de paz’ han sido Elda Nellys Mosquera, alias ‘Karina’, y Raúl Agudelo, ‘Olivo Saldaña’, Yesid Arteta, y Danis Daniel Sierra, alias ‘Samir’. Dicha figura ha sido muy cuestionada por su carácter proselitista y vinculado con la estrategia contrainsurgente del Estado, contrario a sus proclamaciones de reconciliación (Palou 2009; Hoyos 2010). Las recientes denuncias sobre la falsedad de muchas de sus acciones, principalmente las falsas desmovilizaciones adelantadas por alias ‘Olivo Saldaña’, han aumentado la sospecha pública sobre tal figura, pese a que se conocían desde el año 2007 (Hoyos 2010). La página web de los gestores, donde se encuentran algunas de sus intervenciones, es http://www.altocomisionadoparalapaz.gov.co/web/gestores%20de%20paz/gestores/noticias/index_contenedor_19.html.

como política distrital. La tesis uribista era reforzada por las estadísticas locales, que señalaban un aumento de la inseguridad en la ciudad, de lo que culpaban a los desmovilizados ubicados en las localidades más afectadas. Por otro lado, la política de desmovilización pasaba por una etapa de gran inestabilidad, debido a las duras críticas de las organizaciones de víctimas y la misma CNRR a las herramientas jurídicas que beneficiaban a los desmovilizados no cubiertos por la ley de Justicia y Paz, lo que tuvo eco en los conceptos de la Corte Constitucional sobre la inconstitucionalidad del principio de favorabilidad que los cobijaba, y la sorpresiva extradición de los principales jefes paramilitares a Estados Unidos en mayo de 2008. Por último, en septiembre de ese año estallaron las denuncias por los falsos positivos. Miembros del ejército presentaban cadáveres de civiles a los que habían asesinado como guerrilleros muertos en combate, en complicidad con desmovilizados que legitimaban la supuesta información que les permitía “darlos de baja”.

En medio de tales circunstancias la intervención institucional a través de los conversatorios pretendía favorecer la reintegración de los excombatientes en ese conflictivo contexto, que se evidenciaba en los objetivos mismos de los conversatorios: reducir la estigmatización de los excombatientes en las zonas donde habitaban y prevenir el reclutamiento de jóvenes que estuvieran en riesgo por las nuevas dinámicas del conflicto, que parecía comenzar a incidir más en las grandes ciudades.

Los sujetos

Los excombatientes que realizaron estas narrativas se desmovilizaron individual o colectivamente según la normatividad vigente para quienes no tienen procesos judiciales por crímenes de lesa humanidad,¹² de modo que no son procesados bajo la ley de Justicia y

¹² En el momento de realizar mi investigación los cobijaba la ley la 418 de 1997 para los desmovilizados individuales de las guerrillas, y la 782 del año 2002, que modifica la anterior, para el caso de los excombatientes colectivos de los paramilitares. Los beneficios que reciben fueron especificados en el decreto 128 de 2003 y en el decreto 2767 de 2004.

Paz. Lo determinante para entrar a la política de reintegración no es el tipo de hechos en los que estuvieron involucrados sino si existe o no un proceso judicial vigente por cierto tipo de delitos. Por lo tanto su situación jurídica es inestable, pudiendo cambiar en cualquier momento en caso de aparecer un proceso judicial vigente, principalmente para los exparamilitares.¹³ Su experiencia en la guerra fue amplia: fueron combatientes rasos, mandos bajos y medios; casi todos permanecieron más de diez años en los grupos. Algunos fueron milicianos urbanos, combatientes ‘de monte’, y después se dedicaron a la inteligencia o al manejo de las finanzas. Algunos realizaron varias de esas funciones; otros fueron entrenadores de reclutas, expertos contra guerrilla o trabajo político.

Podría afirmar que, en general, los desmovilizados que sirvieron activamente en el conflicto armado y están bajo la normatividad de desmovilización individual o colectiva son, aunque perpetradores, no beneficiarios de la acumulación de capital producto de la guerra, salvo por los amplios –aunque inestables– beneficios que han recibido de la política nacional de reintegración, así como las obtenidas a raíz de su colaboración con la justicia y las fuerzas militares, lo que les permite recibir bonificaciones económicas que pueden llegar a los 5000 millones de pesos, sin que les implique perder otros beneficios (Hoyos 2010).¹⁴

El que sean perpetradores no procesados hace que los excombatientes tengan un estatus ambiguo. Tanto ellos como las instituciones que los atienden se encuentran en la tensión de representarse mediante las diferentes categorías que los engloban, para dar y darse sentido social: excombatiente, perpetrador, victimario, no beneficiario de la guerra, beneficiario del Estado, víctima de los grupos armados que lo reclutaron, víctima estructural de las condiciones que lo llevaron a enrolarse en el grupo armado... No son ni vencedores ni

¹³ Los desmovilizados colectivos no fueron cobijados por la normatividad del delito político aplicada a exguerrilleros pues no estaban alzados en armas contra el Estado y el orden social que representaba. Entre el 2007 al 2009 la ley aplicó el principio de favorabilidad, declarado inconstitucional por la Corte Constitucional en ese año. El gobierno resolvió temporalmente esa nueva carencia normativa con la ley 1312 de 2009, que ampliaba el principio de oportunidad para aplicarlo a los exparamilitares, herramienta que también derogó la Corte a finales del 2010. En este momento el ejecutivo impulsa un proyecto de ley que crearía una comisión de la verdad para hacer cumplir a los desmovilizados los derechos de verdad y reparación pero sin procesarlos judicialmente.

¹⁴ Ello, sin contar que existen quienes pertenecieron a grupos delincuenciales que se hicieron pasar por combatientes, familiares o personas que simulaban su condición de combatientes para recibir los beneficios que les otorga el Estado.

vencidos, y están luchando por el reconocimiento social pero no como actores marginados del Estado sino bajo la estrecha tutela de éste. El de los excombatientes es un lugar múltiple que hace de la enunciación de sí mismos un asunto particularmente complejo y sometido a tensiones políticas muy fuertes. La producción de sus narraciones autobiográficas está inserta en esas tensiones.

Acercamiento metodológico y conceptual

Esta etnografía de la producción narrativa es un análisis de los materiales producidos en el momento de mi implicación en el proyecto de conversatorios testimoniales como funcionario, y de las marcas emocionales que me acompañan. Ello, ayudado por herramientas conceptuales que me permiten poner en perspectiva mis experiencias, signadas por la forma en que participé de ellas. Aunque apelo a una retórica cercana al relato, no me pretendo valer de su efecto de verdad como parte de mi argumento. Lo que la forma relato me permite es representar un proceso de conocimiento que se desarrolló a través del tiempo y de los encuentros con sujetos específicos, que por ser analizados, no pueden ser entendidos como un conjunto homogéneo que responde a una estructura separada de la interacción y los cambios de posición y comprensión que ésta implica. La organización del texto procura no separar las narrativas de las interacciones ni de las herramientas teóricas. Los expongo donde considero se ligan con el desarrollo del relato o de la argumentación.

Tanto en esta introducción como en el cuerpo de la tesis he utilizado alternativamente los términos ‘relato autobiográfico’, ‘historia de vida’ y ‘testimonio’ para referirme a las narraciones de los excombatientes. Ello se debe a que tales narraciones son abordadas tanto por mí como por las instituciones de las diversas formas que implican esos términos, y pueden ser analizados en sus diferentes dimensiones según el momento de la producción narrativa, en una distinción que, claro está, no es más que analítica. Por una parte, cuando uso la expresión ‘relato autobiográfico’ pretendo indagar sobre como toda narración

involucra la construcción de sentido, a la proyección a un futuro y a la creación de vínculos con un contexto. Ello, asignados a las experiencias de vida a través de su integración a marcos morales compartidos, que permiten la configuración de un 'yo' y su inserción en un contexto social. Pero tal proceso de inserción no es autónomo, está atravesado por relaciones de poder. Investigaciones recientes utilizan la noción de marcos morales para indagar la construcción de la memoria de grupos sociales en conflicto con los discursos hegemónicos, marcos con los que juegan para construir sus relatos, pero que están originados en las distintas formas de subalternización en las que estuvieron históricamente inmersos (Yie 2008). En ese sentido, tales nociones me son útiles para indagar por la forma en que los excombatientes construyen sus relatos para darle un sentido a su experiencia, pero ligados con las imposiciones discursivas sobre la desmovilización que realizan instituciones como el Ministerio de Defensa, la Alta Consejería para la Reintegración y el Programa de Atención Complementaria al Proceso de Reintegración de Bogotá (Bruner y Weisser 1995, Bruner 2006, Ricoeur 1999a, 1999b).

Por su parte, la noción de 'historia de vida' está más ligada con la integración del discurso académico en los contextos gubernamentales que administran la política de reintegración, específicamente en el Programa de Atención Complementaria al Proceso de Reintegración de Bogotá. En éste es manifiesta una relación con las narrativas como fuentes para constituir memoria social que visibilice a grupos sociales tradicionalmente marginados, estigmatizados, o cuya representación social les ha sido cooptada, tal y como ha sido teorizada por la academia (Jimeno 2006, Archila 2005). Tal perspectiva institucional determinaría el enfoque, los controles y demandas a las narraciones de los desmovilizados, buscando conducirlos hacia las formas explicativas de la participación de los excombatientes en los grupos armados ilegales y del conflicto armado colombiano en general.

Finalmente, la emergencia del testimonio en las luchas políticas por la memoria está ligado a la experiencia de las víctimas y testigos posterior a crímenes masivos y atroces, sobre todo después de la segunda guerra mundial. El intento del testigo por narrar lo que se escapa al lenguaje ha generado una extensa reflexión sobre la memoria, el testimonio, el

trauma, el dolor y la curación.¹⁵ Sin embargo, más que en tales consideraciones, me enfoco en el testimonio entendido como género, para abordar cómo se construye una forma de ‘verdad’ ligada con la postulación de la unidad entre el personaje, el autor y el relator de la narración, que establece un vínculo de credibilidad entre éste y quien lo escucha (Beverley 1987, Moon 2005, Rejas 2009) y como esas características se ligan a los intereses de ciertas instituciones encargadas de la desmovilización.

Pero las narraciones que aquí trato no se presentan carentes de contexto. Para abordar la forma en que éstas se entretujan con los escenarios en las que son relatadas enfocaré tales interacciones a través de las nociones de capital, campo y hábitos de Bourdieu (1997, 1988, [1980] 2007). Por una parte, sus narradores están inmersos en una trama de relaciones sociales y económicas producto de las intervenciones de las políticas de desmovilización y reintegración y de los vínculos que éstas conservan con en el ámbito de los grupos armados y el mercado de la guerra, donde sus saberes, muchos de ellos bélicos, se convierten en capitales con los que transan sus beneficios y se posicionan en el campo de poder de la reintegración, incluyendo el ser escogidos para participar en los conversatorios. Tales capitales son resultado de hábitos adquiridos en el contexto del conflicto armado, que participan de la forma y el contenido de sus relatos, como la disciplina, el autocontrol físico y la ‘milicia’, o las pautas corporales de la vida militar.

También surgen hábitos relacionados con formas más amplias de poder social y que comparten con sus escuchas, estableciendo un espacio de categorización y valoración común. Uno de los hábitos centrales es la categoría *familia*, determinante tanto en la estrategia militar de promoción a la desmovilización como en sus narraciones. Tales capitales y hábitos conectan el discurso institucional, los relatos personales y las interpretaciones de los escuchas sobre la base de patrones compartidos de categorización y acción.

¹⁵ Entre la literatura al respecto, podemos encontrar a Das (2008), Jimeno (2010, 2008), Cohen (2006), Agamben (2000), Van Alphen (1999), Minow (1998), Levi (1987). Vale la pena mencionar que Jelin (2002) elabora brevemente las dos caras del testimonio que aquí presento.

La propuesta de Bourdieu me permite además articular esas diferentes interacciones sin reducir a excombatientes ni escuchas a reproductores mecánicos de los discursos institucionales, o postularlos como actores autónomos e independientes de las fuerzas sociales que le dan forma a su participación en la guerra y en la reintegración. Procuero mostrar, más bien, como interpelan y modifican sus posiciones y relatos dentro de los márgenes que les permiten esas fuerzas.

El contenido de la tesis

La tesis está dividida en cuatro capítulos. El primer capítulo está dedicado a desarrollar el escenario etnográfico. En primer término describo la política de reintegración, sus particularidades institucionales y sus tensiones entre el nivel nacional y el distrital, a través de mis primeros acercamientos al PACPR y sus funcionarios. En ese marco también muestro el múltiple lugar de las y los excombatientes frente a la reintegración, los grupos armados de los que provienen y sus propios compañeros, así como la puesta en juego de sus capitales para la guerra en un escenario marcado por una alta porosidad entre lo legal y lo ilegal. Por último, mostraré como ingresé al proyecto de conversatorios, la forma en que incorporo el rol de funcionario y el proceso de selección de las y los excombatientes según los criterios institucionales.

El segundo capítulo comienza por presentar la relación entre el contexto de justicia transicional y el proyecto de conversatorios, que ubica el lugar del *testimonio* en esas nuevas formas de administrar el pasado. Después, muestro cuales fueron los primeros contenidos de sus relatos y cual es su relación con las narrativas producidas desde dos ámbitos institucionales: el aparato militar en el marco de la política de promoción a la desmovilización, por un lado, y las del PACPR acerca del proceso de reintegración, por el otro. Específicamente, busco evidenciar que tanto en uno como en otro caso las narrativas hacen de contextos de formación de los relatos de la población excombatiente, proveyendo o imponiendo modalidades opuestas de relación con el pasado, pero bajo las cuales subyace

el mismo principio moral aplicado a sus protagonistas: desplazar la responsabilidad de sus actos a fuerzas externas que parecieran dejarlos sin capacidad de decisión. Estas dos narrativas institucionales serán expuestas separadamente, desarrollando sus principales características y vinculándolas con los relatos de los excombatientes, para hacer evidentes las tensiones en las que se encontraban como narradores de su proceso de reintegración.

El tercer capítulo está dedicado a las interacciones de excombatientes con funcionarios y escuchas —como se dijo, principalmente estudiantes de colegios distritales de 9 a 11 grado—, considerando la forma en la que los primeros integran en sus relatos los juicios brindados por los segundos para responder a sus expectativas morales. Así mismo, exploro la forma que toman los relatos de excombatientes como *relatos de ruptura*, los cuales postulan un corte entre los órdenes sociales de los grupos armados y los de la vida civil, pero también como dicha ruptura es interpelada por sus mismos escuchas a la luz de su propia experiencia. En efecto, en sus intervenciones ellos muestran la continuidad entre esos dos ordenes y, por tanto, las ambigüedades de la propuesta moral en los relatos de excombatientes: explican su participación en los grupos armados a partir de condiciones sociales adversas que los empujan a ello, pero pretenden prevenir el reclutamiento promoviendo la toma de decisiones adecuadas por parte de jóvenes que están en condiciones sociales similares a las que ellos presentaron como causante de su vinculación a los grupos.

Aunque no era mi objetivo centrarme en el tema de la familia en este trabajo, durante mi experiencia de campo, en los documentos de política pública sobre reintegración y en la literatura secundaria sobre el tema, ésta aparece reiteradamente y de una manera central.¹⁶ Ello me llevó a atender en este trabajo a la forma específica en que la familia se inserta en las narraciones y en sus interacciones, procurando encontrar su lugar en la constitución de sentido personal, social e institucional que ésta tiene. Por ello, finaliza el tercer capítulo un

¹⁶ En la política pública, casi todos los documentos hacen referencia a la familia. Entre ellos están Pinto (2002), el Informe del Programa para la Reincorporación a la Vida Civil (PRVC 2006), el documento Conpes (DNP 2008) y la Alta Consejería para la Reintegración (2010); las instituciones locales también la han tenido en cuenta (Programa de Atención... 2006, 2010). Otras organizaciones que han seguido la ejecución de la política pública también han señalado la relevancia de la familia, como Pax Christi (2006) y el Grupo de Investigación en Cultura Política (2008); además, autores como Theidon (2006, 2009) y Varela (2008).

análisis de cómo los excombatientes procuran resolver la ambigüedad –podría decirse, entre la agencia y la estructura– apelando a una representación de la institución familiar como espacio al margen de las determinantes sociales, donde priman valores tradicionales como la solidaridad, el amor y el respeto, y a la que le asignan la mayor capacidad de cambio. Sin embargo, quiero mostrar como ello es posible ante todo cuando la familia se les revela inserta en otras formas de poder, las cuales objetan la imagen moralizante que proyectaban de ésta en sus narraciones, porque es la confrontación de esas relaciones de poder –disputarlas, objetarlas– lo que, en últimas, les permite influir sobre sus vidas y las de los suyos, que los desmarquen del conflicto social y armado al que pertenecieron y que en la vida civil se reproduce.

Finalmente, en el último capítulo muestro como surge un reconocimiento mutuo entre excombatientes y estudiantes que enriquece su experiencia, pese a las interpelaciones de unos a otros. Aunque ese reconocimiento abre la puerta a posibles experiencias de reconciliación, un análisis de tales reconocimientos muestra como están soportados en una serie de intercambios simbólicos desiguales inscritos en la relación entre las marcas militares en el cuerpo de los excombatientes –sus hábitos de la guerra–, los valores que reproducen sus narraciones y los marcos valorativos que comparten con sus escuchas estudiantes, como la fascinación por apariencia, la guerra y el poder que en ella se proyecta. Esto le da un carácter central a la *presencia* de las y los excombatientes como narradores frente a sus escuchas: articula sus hábitos y los de las y los estudiantes que los escuchan, determinando el surgimiento desigual de complicidades, admiraciones y atracciones de los estudiantes hacia los excombatientes. Tales intercambios hacen del reconocimiento de los excombatientes el resultado de una transmutación de relaciones de poder en relaciones afectivas, que da lugar a una sutil violencia simbólica al interior de los conversatorios (Bourdieu 1997). Por último exploro la aparición reiterada del procedimiento de desplazar la responsabilidad del excombatiente a su contexto social, como piedra angular de los marcos morales de los diferentes actores involucrados en este trabajo. Su articulación en las interacciones descritas antes, me permite postularlo como un hábito que está emergiendo en medio de las relaciones sociales enmarcadas en el proceso transicional.

1

Un escenario en crisis

El objetivo de este capítulo es presentar los principales elementos del escenario etnográfico en el que trabajé, considerando las políticas que lo enmarcan –incluyendo los niveles nacional y local–, las intervenciones económicas que éstas proponen a excombatientes y las particularidades institucionales que diferencian el contexto nacional y local de la política de reintegración. Así mismo, quiero mostrar, a través de mis interacciones con funcionarios y excombatientes, una mirada a los principales ejes del desarrollo de la tesis: el lugar de las narrativas en la construcción de un lugar legítimo del desmovilizado en la política de reintegración y como esas narrativas están soportadas y a la vez ocultan la puesta en juego de los capitales para la guerra de los excombatientes, en un contexto de extrema fluidez entre lo legal y lo ilegal, entre los supuestos órdenes de la guerra y la vida civil. Tales elementos serán centrales para el análisis posterior de la construcción de las narrativas públicas del grupo de excombatientes en el contexto de los conversatorios con población bogotana, principalmente de colegios distritales de sectores populares de Bogotá.

Tensiones y cambios en la política nacional y local de DDR

A finales del año 2007, cuando inicié mi contacto con el ámbito de la reintegración en Bogotá a través del Programa de Atención Complementaria a la Población Reincorporada en Bogotá (PACPR), el gobierno ponía en marcha un conjunto de cambios en la política nacional de desmovilización. Ésta, en manos del Ministerio del Interior hasta

el año 2006,¹⁷ pasaba en ese momento a una entidad recién creada dependiente directamente de la Presidencia de la República, la Alta Consejería para la Reintegración (ACR), que tenía la función de modificar el modelo, hasta ese momento llamado de *reinserción*, de corto plazo y paternalista, a uno de *reintegración*, pensado a largo plazo y que promoviera la autonomía de los excombatientes (Rivas y Méndez 2007). Pese a que mi investigación se dio en el escenario del PACPR, los efectos de esos cambios se sentían en las directrices de la política local, en la cotidianidad de los excombatientes y en sus expectativas acerca de la continuidad del proceso de reintegración. En ese momento y durante todo mi trabajo de campo, funcionarios y desmovilizados parecían percibir a la recién creada ACR como una densa sombra presente, de una u otra manera, en todas sus acciones. Y no era para menos. La política nacional de DDR ha sido una densa red de políticas contrainsurgentes, negociaciones abiertas y soterradas entre el gobierno central, políticos regionales y comandancias paramilitares, que devino en discursos y prácticas alrededor de los excombatientes que acabaron de conformarse durante los dos gobiernos de Álvaro Uribe (2002 al 2010).¹⁸

Carmen, funcionaria del PAPDR y encargada de recibir mi proyecto, me explicó las líneas generales de la atención a los desmovilizados. Antropóloga de la Universidad Nacional, con dos hijos, había trabajado por varios años en el Guaviare y en la Dirección de Etnias, por la época de la creación del Predio Putumayo. Estaba en el programa desde su creación en el 2005. Me describió la política de atención dividida en tres partes: dejación de las armas, desmovilización y inserción, iniciales que componen el común acrónimo DDR, que en general distingue a los procesos de desmovilización. El Ministerio de Defensa desde el año 2001 estaba encargado de la promoción de la desmovilización en las regiones

¹⁷ Hasta el año 2006 la política de inserción estuvo en manos del Ministerio del Interior y de Justicia, que creó varias dependencias encargadas de la política de inserción: en 1999 se creó la Dirección General para la Reintegración (DGR) y en el 2003 se sustituyó por el Programa para la Reincorporación a la Vida Civil (PRVC). pues "...el proceso de reincorporación que la actual administración recibió en el 2003 tenía desorganización estructural y presupuestal" (PRVC 2006: 16). Cuando se creó la Alta Consejería en septiembre de 2006, las críticas al programa del Ministerio del Interior no fueron diferentes (DNP 2008: 4).

¹⁸ La bibliografía académica acerca de la política de reintegración durante ese período no es insignificante. Me he valido principalmente de Cárdenas (2005, 2006), Thedon y Betancourt (2006), Rivas y Méndez (2007), del Grupo de investigación en cultura política, instituciones y globalización. (2008), de Varela (2008), de Medina (2009) de Theidon (2009) y Hoyos (2010).

de orden público y a nivel nacional, a través del Programa de Atención Humanitaria al desmovilizado (PAHD). Así mismo, de la atención de los combatientes individuales una vez se desmovilizan, gracias al control de los albergues en los que se alojaban mientras les certificaban su condición de ‘desmovilizados’. Así, en términos técnicos, ese organismo estaba encargado de las dos primeras fases del DDR: la dejación de armas y la desmovilización. El Ministerio de Defensa tiene en sus manos las labores de inteligencia y la vinculación voluntaria de los desmovilizados a operativos militares contra las guerrillas; “una cosa maquiavélica”, decía Carmen, que ponía en riesgo sus procesos de reintegración e incluso sus vidas. La tercera fase del proceso de DDR, la reinserción, estuvo a cargo desde el año 2001 al 2006 del Ministerio del Interior, gestión que ella consideraba desastrosa “porque daban muchos beneficios económicos, de modo que cada desmovilizado podía llegar a recibir hasta dos millones, sin un control de sus corresponsabilidades”, además de tener un enfoque eminentemente individualista, centrado en el excombatiente que minimizaba el acompañamiento a su familia y comunidad. Según Carmen, las dinámicas alrededor de esos beneficios económicos, las precarias condiciones de vida para desmovilizados, sus parejas e hijos en esos albergues en Bogotá,¹⁹ el temor que vivían sus ocupantes y vecinos, quienes los sentían como un riesgo y a la vez como un recurso para organizar redes de seguridad,²⁰ desembocó en conflictos entre desmovilizados y las comunidades en las que estaban ubicados. Tiempo después, haciendo seguimiento a las noticias sobre el proceso en la prensa nacional, constaté que durante todo el año 2005 se presentaron innumerables denuncias contra los albergues y sus ocupantes.²¹ Incluso atentaron con explosivos a uno de éstos en julio del 2005,²² lo que desembocó en la llamada “la crisis de los albergues”, expresión utilizada por los funcionarios del programa de Bogotá, y por Carmen, para referirse a lo ocurrido.

¹⁹ Cárdenas (2005) abordó etnográficamente la situación en los albergues de Bogotá. Un análisis institucional fue realizado por el programa de atención de la ciudad (Programa de atención... 2010: 35).

²⁰ Esto último ha sido corroborado por el Grupo de Investigación en Cultura Política (2008: 341),

²¹ “Hay 24 querellas para cerrar albergues de reinsertados en Teusaquillo”. *El Tiempo*, 11 de abril del 2005. Disponible en <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1684578> (Consultado el 12-08-2010).

²² “Se acaban los albergues de los desmovilizados en Teusaquillo” *El Tiempo*, 30 de noviembre de 2005. disponible en <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1845936> (Consultado el 19-11-2010).

La suma de esos problemas, que mostraban a un Ministerio del Interior desbordado por las situaciones e incapaz de administrar la política, aunado a la crisis de las negociaciones con los comandantes paramilitares reclusos en la cárcel de La Ceja, y al inicio de las investigaciones por nexos entre políticos y paramilitares en el año 2006, impulsaron la creación de la Alta Consejería para la Reintegración (ACR) a finales de ese año. Esta entidad debía fortalecer la política de reintegración, y sus primeras acciones fueron aumentar la vigilancia sobre los montos económicos entregados a los excombatientes²³ y la atención que se les daba, con modificaciones en las áreas psicosociales, económicas y educativas que, en general, aumentaban los condicionamientos a los excombatientes para recibir las ayudas (Hoyos 2010). Según seguimientos a la política de reintegración de esa época, la ACR había recibido un programa con pésimos niveles de cobertura en todas sus áreas de atención, que no llegaba al 28% global, estaba desacreditado entre excombatientes y con el peso de la crisis en las negociaciones con comandantes paramilitares encima (Indepaz 2007). Pese a tener éstas y muchas otras fallas en la atención básica, la ACR planeaba llevar a cabo reformas para superarlas y hacer un programa concebido a largo plazo, según sostuvo el alto consejero para la reintegración ante los medios de comunicación. Decía que:

“...reinserción son las medidas de corto plazo para el desmovilizado. Reintegración es un proceso de largo plazo. Reinserción es un programa. Reintegración, un proceso sin fecha. La reinserción es asistencialista, pero estas ayudas mensuales no sirven a largo plazo. Hay que permitirles que accedan a crédito y capacitación. La reintegración involucra y compromete a las comunidades. Las iniciativas que estamos impulsando son proyectos en los que no solamente trabajan desmovilizados, sino también desplazados de la violencia. No son programas asistencialistas porque no hay pagos mensuales del Gobierno a cambio de nada, ni servicios del Estado a cambio de nada (...) Eso quiere decir que todo lo que reciban los desmovilizados está condicionado a la forma como se van desempeñando para “graduarse” (Rivas y Méndez 2007).

²³ El apoyo a la reintegración consiste en un giro mensual que la ACR hace a la cuenta bancaria abierta para cada excombatiente, de 510.000 pesos para desmovilizados individuales y 358.000 pesos para colectivos. Antes de la creación de la ACR estos montos eran más altos para los exguerrilleros y más bajo para los exparamilitares. Hasta el 2002 se daba mientras los desmovilizados ponían en funcionamiento su proyecto productivo, en un tiempo que no debía ser mayor e seis meses, a partir del cual los rendimientos de éste deberían sostenerlos. En el 2003 el gobierno siguió las recomendaciones del DNP y aumentó el tiempo de cobertura del apoyo económico y se asignó un valor adicional por cada hijo del beneficiario (Hoyos 2010).

Yo me sentía como un espectador silente, en ese momento incapaz de aplaudir o abuchear la cambiante política de reintegración, pues las implicaciones de tales decisiones se me escapaban. Carmen, al contrario, consideraba estas modificaciones como positivas, pero veía como para los excombatientes eran una “traición” al pacto inicial de desmovilización, caracterizado por la generosidad de los beneficios económicos, malestar que se sentía en el ambiente. Creía que esa situación se podía complicar, porque “mal que bien son 4000 personas en la ciudad que saben hacer la guerra...”, sugiriendo la posibilidad de que regresaran a los grupos armados, pero ante todo, de que se vincularan a las redes de delincuencia de Bogotá.

Los problemas del programa nacional y los conflictos que se dieron a su alrededor, permitieron, sin embargo, darle forma y sentido al programa de atención a la reintegración de Bogotá, que había comenzado precisamente en el año 2005. En un principio, no se diferenciaba del programa nacional, acaso debido a que la política nacional estableció unos frentes de atención, pero son los gobiernos locales los que, en últimas, debían asegurársela a los desmovilizados: salud, educación, generación de ingresos y psicosocial. De hecho, Carmen sostuvo que “una de las farsas de la política de DDR es que al final son los entes territoriales los que tienen que responder por el cubrimiento en salud y educación. Esto para ciudades grandes tiene un impacto medio, pues sus redes de salud y educación son grandes, pero para municipios pequeños es muy oneroso ¿qué hace un pueblo con 500 desmovilizados que le llegan? ACR busca cupos e informa a las instituciones educativas, pero no hace nada más.” En sentido contrario a la lógica del programa nacional, la crisis de los albergues “obligó [al programa de atención de Bogotá] a volcarse a las comunidades, a preguntarse ‘oiga, aquí hay que negociar con la gente’. El entorno estaba muy activo: la gente de los barrios hacía reuniones con ediles, ponía quejas, demandas... de modo que se nos hizo evidente que había que trabajar en los entornos, cambiar la lógica de trabajo, del excombatiente a la totalidad, a la familia”.

En ese momento el programa de atención de Bogotá tenía tres frentes de trabajo: gestión institucional, que era contactar, coordinar y promover acciones entre instituciones relacionadas con la desmovilización en la capital. Esto incluía el programa de Misión

Bogotá, considerado un éxito por ser el único espacio laboral para excombatientes que había funcionado, contrario a todas las demás apuestas laborales, tanto públicas como privadas, las cuales usualmente fracasaban; igual que ocurría con los proyectos productivos que les financiaba el gobierno nacional a desmovilizados. Otro frente era el trabajo con ellos y sus familias, que incluía la planeación de actividades de formación, recreación y trabajo, así como de introducción de los desmovilizados que llegan a Bogotá en lo que es la ciudad, sus lugares, ubicación e instituciones de atención. Según ella, cada mes llegaban entre cincuenta y cien desmovilizados a Bogotá, y estimaban que permanentemente vivían alrededor de cuatro mil, lo que significaría unas once mil personas relacionadas con la desmovilización incluyendo a sus familias. Un tercer frente, finalmente, era la asesoría legal sobre su situación jurídica, que apoyaban pese a corresponderle a los ministerios del Interior y de Defensa.

Carmen reforzaba el contraste entre el programa nacional y el local señalando que le preocupaba del primero la ausencia de los derechos de los desmovilizados y de sus familias, y la indiferencia ante las comunidades que los acogían, contrastado con experiencias en la ciudad impulsadas por la alcaldía local, que consideraba positivas. Entre ellas me habló de un grupo de teatro que, según me dijo, estaba compuesto por desmovilizados y desplazados, los cuales dentro de poco presentarían una obra sobre el reclutamiento. También me habló de prácticas de comunicación con video y radio, así como de observatorios de convivencia existentes en las localidades de San Cristóbal y Ciudad Bolívar. Y por último, se refirió a algunas primeras experiencias de conversatorios de desmovilizados, actos en los que éstos contaban sus historias de vida a personas de las diferentes localidades de la ciudad. Me sugirió que en alguno de ellos podría yo tener cabida para hacer mi investigación.

Pese a su minuciosa exposición, Carmen no reflejaba la fría introyección de los lineamientos institucionales; más bien sugería apertura emocional a su trabajo, apasionamiento y cierta desestabilización permanente en torno a las experiencias con los desmovilizados, a las intervenciones sociales que realizaban, pero, sobre todo, al contexto político en el que se estaba dando la desmovilización. Sentía como “siempre queda el mal

sabor de saber que toda esta movilización institucional alrededor de ellos no está alrededor de las víctimas, que ellas no están siendo acompañadas ni escuchadas ni promovidas de esta manera, y eso es muy duro”. Recordaba que hasta hace poco trabajar con desmovilizados era “vergonzante” pues era estar con los victimarios, legitimarlos, lo que sentía provenir de cierta lógica que instauraba la división entre unos y otros, que aún estaba presente en las instituciones de orden nacional encargadas de atenderlos separadamente.

Al contrario, consideraba que los encuentros entre “las mal llamadas ‘víctimas’ y ‘victimarios’” ponían en duda esas categorías y el lugar de las instituciones en el proceso de incorporación. En ese sentido, me explicó, parte de los compromisos del programa era involucrar a víctimas en sus proyectos, así oficialmente no tuvieran espacio en ellas. En ello ayudaba el hecho de que el grupo de funcionarios del programa estaba compuesto en dos terceras partes por desmovilizados de los años ochentas al presente, y dirigido por un curtido excombatiente del M-19, lo que permitía que sus acciones se realizaran desde una perspectiva que comprendía mejor las experiencias de los desmovilizados, al haber pasado ellos también por ellas. Para Carmen, los resultados de la interacción entre “víctimas” y “victimarios” generaban unas dinámicas que dejaban atrás a las instituciones, las cuales estaba anquilosadas, incapaces de responder a la velocidad de respuesta de la gente. Sin embargo, en ese momento ninguna “víctima” trabajaba en la planta de funcionarios.

Decía Carmen que las condiciones en que llegaban los desmovilizados a Bogotá eran “deplorables” en lo laboral, educativo y de salud, pero sobre todo le preocupaba lo psicológico: “Hay muy poco que hacer en lo psicológico, muy pocos tienen recuperación en ese sentido porque han pasado por cosas difíciles de imaginar”. Sin embargo, le impresionaban tanto las macabras historias de violencia que contaban los excombatientes como su deseo de contarlas, lo que me sorprendió pues creía que iba a tener dificultades en conseguir que me narraran sus experiencias en la guerra. De hecho, dijo, “lo difícil es pararlos”. Incluso a veces deseaba decirles que no le contaran más, que ya era suficiente, aunque se abstenía de hacerlo. Pese a su dureza, tales historias le habían ayudado a dismantlar los prejuicios que tenía de los desmovilizados, en especial de los exparamilitares, “pues habían sido los malos en mi cómodo mundo de crítica política”, y

ahora, teniendo que ver a “los seres humanos que había ahí” no podía simplificar el conflicto como antes lo hacía.

En ese momento no me fue posible ver con claridad el poderoso lugar de las narraciones de los excombatientes en los procesos de reconstitución emocional después de sus experiencias límite en la guerra, de lo que hace parte el deseo que tenían los excombatientes de contar, su papel en el reconocimiento como sujetos por parte de quienes los escucharan, y en la construcción de su lugar social en el ámbito de la política de reintegración. Más aún, mientras trataba de capturar las palabras de Carmen en mis apuntes ni me imaginaba que mi propio lugar dentro de la política de reintegración consistiría en participar en la construcción de esas narraciones, en darles una intención y una forma institucional que ya estaba implícita en sus ideas: Los relatos de vida de los excombatientes facilitaban su desestigmatización al ‘humanizarlos’ frente a unos ‘nosotros’ –quienes no hemos participado directamente del conflicto armado–, poniendo como telón de fondo la dureza sus experiencias ‘pasadas’, las cuales serían el garante para su aceptación en el ‘ahora’, entre ‘nosotros’. Lo que estaba implícito era una separación moral de los órdenes temporales y sociales –el orden de la guerra y el de la vida civil– que se volvería política narrativa, como desarrollaré en el siguiente capítulo.

Los capitales para la guerra de los excombatientes y la política de reintegración

La imagen del ambiente enrarecido alrededor de la desmovilización, la sensación de fragilidad de su política y del vínculo de ésta con la población excombatiente, así como la identificación del poderoso capital de negociación de los desmovilizados –que podría llamar su competencia en la guerra– expresados por Carmen, dio un giro con mis primeros encuentros con excombatientes. Ellos corroboraron algunas de sus apreciaciones, pero ante todo las complejizaron, fracturando la homogeneidad de sus descripciones. Contrario a la imagen genérica que Carmen me dio de los desmovilizados, unos días después, en el

PACPR, conocí a Marcos, un excombatiente del ELN que era uno de los gestores locales del programa de Bogotá, los cuales deben llevar a cabo las actividades de acompañamiento de la población desmovilizada y promoción de la reintegración en localidades específicas de la ciudad. Él se mostró seguro en su presente como en su pasado, desparpajado, y no apeló a sus historias como combatiente para comunicarse conmigo. El día que hablé con Marcos, él se encontraba con Guillermo, otro gestor que también era desmovilizado del mismo grupo guerrillero. Ambos estaban entre los 35 y los 40, con hijos, ambos de la costa atlántica. Marcos hablador, convincente, de mirada fuerte; Guillermo, más cauto, no dejó de hacer sus deberes de oficina mientras yo hablaba con aquel, que dejó todo y comenzó a sacarme legislación y documentos sobre desmovilización. Me había acercado a ellos para contarles de mi investigación sobre los auxiliadores del conflicto armado a través del trabajo con desmovilizados, sin embargo, mi propuesta no pasó de unos superficiales comentarios e inmediatamente giró hacia la política de desmovilización.

Marcos, según me dijo, se había desmovilizado “por un error” que no entró a detallar, pero seguía creyendo en la lucha armada, la cual tenía sentido para él “aunque haya desplazados y todas esas vainas...”, distanciándose de la postura de Carmen del compromiso con las víctimas por parte del programa y su gente. Desde aquí y a su manera seguía apoyando la revolución –decía–, porque no había dejado de ser un “sujeto político”, contrario al programa nacional de desmovilización, “que cree que porque la gente deja los grupos abandona sus ideas políticas, y simplemente los quiere volver comerciantes”. Se refería al énfasis en la generación de ingresos económicos de forma independiente, aspecto central del programa nacional. Para ello la ACR entregaba proyectos productivos a los desmovilizados, la mayoría de los cuales fracasaban por la falta de formación y seguimiento, pero más allá –y cosa que no me era evidente en ese momento–, por desconocer las relaciones de dependencia que generaban entre excombatientes e instituciones las intervenciones económicas (Hoyos 2010). Insistía en que ese programa pretendía “borrarles” sus ideas con plata creyendo que así solucionaban todo, cuando el mayor error del gobierno era partir de que la gente entraba a las organizaciones solo por dinero.

Esa situación lo había motivado a crear una organización de desmovilizados que peleaba por sus derechos y publicaba un pasquín desde el que objetaba la legislación que los cubría y el rompimiento de las promesas hechas. Uno de los logros de su labor –señaló– era mostrarles a otros desmovilizados cómo la legislación que supuestamente los beneficiaba en realidad los estaba perjudicando, porque no les entregaban el dinero que les asignaban a ellos y sus familias sino a las empresas ejecutoras de los contratos de albergues, cursos y otras cosas. Además les condicionaban los pagos a “obligaciones absurdas, como estar en cursos y otras cosas que no sirven para nada”, refiriéndose a los recientes condicionamientos de la ACR para pagarles la mesada, entre los que estaba asistir a los talleres psicosociales y a educación. Por esa labor “ahora los de arriba [del grupo guerrillero] saben lo que estoy haciendo aquí y me mandan saludes, ellos tienen copias del periódico”. Antes de separarnos, Marcos me comentó que su próximo objetivo era organizar el primer encuentro de desmovilizados de izquierda, para divulgar la legislación, dar elementos sobre derechos humanos y adelantar un proceso político con ellos. Me propuso que le ayudara con una actitud supremamente abierta, que, según consigné en el diario, me pareció excesiva dado que nos acabábamos de conocer, y yo percibía tales actividades como riesgosas y en las cuales era necesaria una sólida confianza, pues según él mismo me había contado, mientras su organización tuvo una oficina les chuzaron los teléfonos y les hicieron seguimientos. Yo le agradecí y quedamos de seguir hablando.

Unos días después volví a encontrarme con Marcos, acompañado de Alonso, un hombre mayor y que hacía parte de su organización de excombatientes. Hablaban sobre una manifestación pública que realizaría al día siguiente otros desmovilizados, “inocentemente” –decía Marcos– motivados por el recorte de la mesada impulsado por la ACR. “El problema central de la reincorporación es económico pues de no tener nada a tener una mesada y después quitársela es tenaz”, señalaba Marcos refiriéndose a la ruptura del pacto con el gobierno que ya había señalado Carmen. Y, coincidiendo en su percepción sobre el riesgo latente del regreso de los desmovilizados al conflicto, sostenía que la reducción de la mesada podía obligarlos a buscar otras opciones económicas:

—...Y como los desmovilizados tienen la ilegalidad en la cabeza: que llevar de aquí a tal ciudad un paquetico, que cobrarle a un man que no quiere pagar... hasta matar a alguien por \$500.000.

— ¿Y por qué es que los desmovilizados tienen la ilegalidad en la cabeza? –le pregunté–.

— En la guerrilla uno propiamente no trabaja, sigue órdenes pero no hay que llegar a una hora, pagar agua, luz, arriendo... la vida en el campo es muy distinta a la de la ciudad... y eso da muy duro”.

Pero más allá de eso –sostenía Marcos mientras Alonso permanecía en silencio–, era porque dependiendo del lugar ocupado en la organización armada, la gente se acostumbraba a la “plata fácil” que les daban para realizar acciones de todo tipo. Me puso como ejemplo lo que consideraba el error más grande del ELN en el Magdalena Medio: poner a combatientes a manejar el cartel de la gasolina, pues vieron la plata y se alejaron de la organización, y cuando ésta los buscó se refugiaron en los paramilitares, situación que les facilitó posteriormente ganar el control de Barrancabermeja. Él mismo recogió ganancias del tráfico de gasolina, y cuando la entregaba a la organización se quedaba siempre con algo, por eso “ya no cocinábamos, no lavábamos ropa porque teníamos billete... pasar de pobre a rico es muy fuerte”.

Marcos esbozaba lo que después, durante el trabajo de los conversatorios, se haría evidente: la conjunción entre disposiciones interiorizadas para la categorización y la acción, los *hábitus* (Bourdieu [1980] 2007), y el contexto que permite que éstos se reproduzcan o se modifiquen. En el caso de la política de reintegración, las dependencias generadas por su modelo paternalista, aunado a las demandas económicas de la ciudad y un mercado delincuenciales sumamente permeable, permitían la reproducción de tales hábitos y, por qué no, su potenciación. Ese bucle en el que la política de reintegración alimentaba lo que ella misma pretendía neutralizar, hacía de tales disposiciones verdaderos capitales simbólicos²⁴ con cuya sola amenaza de volver a delinquir transaban su lugar social poniendo en jaque a la misma política de reintegración.

²⁴ Este enfoque de la violencia como capital simbólico y cultural fue analizada por Bourgois (2004) para el caso de la economía ilegal de la droga en un barrio neoyorquino.

Marcos, en su locuacidad, también me sugería una tensión entre el pasado y el presente en tanto lugares de enunciación. En su relato saltaba del guerrillero de monte al miliciano urbano, del revolucionario activo al desmovilizado, de lo legal a lo ilegal, del pobre al rico, y de manera muy importante, de quien sigue órdenes dentro del grupo armado a quien, en ese mismo espacio, actúa por iniciativa propia. Ello, en la medida en que figura de las órdenes inapelables –mostrada, por el contrario, como una tensión por Marcos– fue uno de los elementos centrales del control moral que después harían las instituciones relacionadas con la política de reintegración de los relatos de los excombatientes, como desarrollaré los siguientes capítulos. Explicaba su acción, y las de sus compañeros desmovilizados, posicionándolas en lugares diferentes –en categorías contrastadas– en el contexto de las intervenciones de la política de reintegración, y las explicaba a través de los aprendizajes de las relaciones económicas dentro de los grupos armados en las que se habían formado. Pero no solamente su acción estaba ligada a tales capitales y tensiones. Tanto que él como Guillermo y otros y otras excombatientes que aún no conocía, habían llegado a ser funcionarios del programa de Bogotá por precisamente esos capitales, con los cuales en algunos casos contaban para realizar su labor como gestores, situación con la que me tendría que enfrentar después.

En ese momento anoté en mi diario una oposición entre lo que Marcos llamaba el sujeto político y el económico –el “comerciante” del que él hablaba antes– pues criticaba como el peor error del programa que no se tuviera en cuenta al primero, pero veía como el problema central de la desmovilización el que los desmovilizados no pudieran acceder directamente a los recursos económicos asignados por el gobierno a cada uno de ellos, y que se diluían en las instituciones operadoras de la política de reconciliación. Esa tensión que identifiqué al principio se iría transformando en una imagen del campo de fuerzas en el que los desmovilizados estaban insertos y jugaban sus capitales, sus saberes interiorizados dentro de los grupos armados, y que ahora les permitían interactuar con el conjunto de relaciones propuestas por el estado (Bourdieu 1988). Entre esos capitales estaban sus memorias que se ofrecían al público en sus relatos.

Me despedí de Marcos y Alonso, pero una vez afuera, éste salió y me invitó a la marcha del día siguiente, para que continuáramos hablando.

* * *

La manifestación era por “los derechos jurídicos y sociales, contra la administración de Frank Pearl”, empresario que había aceptado la dirección de la recién creada Alta Consejería para la Reintegración. Mientras se dirigían por la carrera séptima hacia la plaza de Bolívar, gritaban –con algo de la inocencia señalada por Marcos– “con Frank Pearl a la cabeza, el programa está de cabeza”.

Ese día, el 20 de noviembre de 2007, Alonso prácticamente dirigía la marcha aunque no pertenecía a la organización que la convocaba. Era quien más arengaba, contrastando con su silencio en el encuentro anterior. Entre arenga y arenga retiraba el megáfono de su boca y me comentaba que mientras les recortaban la mesada, funcionarios y licitadores hacían negocio con el dinero del programa nacional: “Es que a los desmovilizados los traen como mercado a Bogotá” para que la plata se la ganaran las instituciones operadoras, lo que en últimas los obligaría a devolverse a la guerra –decía–. De hecho, arengaban que el objetivo de los recortes en las mesadas era arrinconar a los desmovilizados hasta que se devolvieran a los grupos ilegales y el gobierno pudiera desmontar la política de desmovilización sin dar justificaciones.

En la manifestación también se hicieron presentes la policía antimotines, funcionarios de la Defensoría del Pueblo y del PAPDR de Bogotá. Pero eran pocos manifestantes, lo que Alonso explicó diciendo que “...desde los programas les meten miedo diciéndoles que si participan los echan del programa, entonces no vienen”. Razón distinta me dio Guillermo, el lacónico compañero de trabajo de Marcos, para quien “los organizadores de la marcha son muy folclóricos en decir las cosas, entonces dicen que irán a romper con todo si es necesario, y eso a muchos les da miedo”. Ahora resultaba que los capitales de violencia, como la supuesta capacidad de los desmovilizados de emprender acciones de hecho,

también tenían sus matices y no todos los excombatientes le jugaban a posicionarse a través de éstos.

Guillermo, paseándose con la lustrosa chaqueta de la alcaldía de Bogotá y las manos cruzadas en la espalda, no estaba presente como desmovilizado sino como funcionario del programa. Actitud que molestaba a Alonso, quien además estaba decepcionado pues Darío –curtido excombatiente del M-19 y director del programa de Bogotá– estaba “muerto de la risa” por los pobres resultados de la marcha, y porque los funcionarios del programa de Bogotá sólo estuvieron como observadores y permanecieron aparte, cuando precisamente esperaban un apoyo más decidido, que los visibilizara ante la gente. Marcos ni siquiera se había hecho presente.

Las diferencias sobre lo que era la participación política y el apoyo a los desmovilizados hacia dentro y hacia afuera de la institucionalidad, se hicieron más evidentes durante mi segundo encuentro con Alonso. Habíamos pactado encontrarnos de nuevo, esa vez en una cafetería de la que él decía que era su “oficina”, en el barrio Teusaquillo, sector muy familiar para quienes se desmovilizaron hasta el año 2005 porque allí ubicaron la mayoría de albergues. Yo mismo vivía allí, sin ánimo etnográfico, desde finales de ese año.

Sentados en su oficina, me comentó que varias “personas” –sin más señas– le habían contado de mí en el Programa de Bogotá y le dijeron que yo quería trabajar. Pensó pedirme mis datos para armar juntos un proyecto de trabajo con los jóvenes excombatientes en un municipio del Magdalena Medio Antioqueño en el que tenía contactos. Marcos también le había hablado de mí: que tenía un estudiante que le iba a ayudar con sus proyectos... “pero claro, Marcos habla mucho y tiene su cabeza, pero con él es difícil trabajar porque todo lo quiere hacer y mandar él, por eso ‘Andes’ –la organización de desmovilizados a la que pertenecían– no funcionó”. Tampoco un encuentro de desmovilizados que estaban planeando, “porque él se puso de grosero y se paró de la mesa y todo...”. Incómodo, le dije que no quería quedar en la mitad de ellos, pero me respondió que no me preocupara, que “siga hablándose con el man, pero sin decirle nada vaya trabajando conmigo”. “Y es que yo ya lo investigué –me dijo–, y era solo un miliciano, muy formado, eso sí, sobre todo con

mucha lengua pero como tiene trabajo en el Programa no se preocupa por los demás cuadros [mandos medios de la organización guerrillera] que están llevados del putas”. Me sentía un poco acorralado, ¿cómo así que habían estado hablando de mí? Yo pensé que estaba entrando lentamente al ámbito de la desmovilización, y ahora resultaba que las pocas personas con las que había tenido contacto ya estaban haciendo sus movimientos, cuadrando sus agendas conmigo.

Alonso se había comunicado con el comandante paramilitar del municipio aquel y quedaron en que “lo pasado, pasado”, y ahora podía ir a trabajar con los pelados desmovilizados manejando un proyecto financiado por la alcaldía. Proyecto que serviría a todos en la región, lo que garantizaba que se llevara a cabo. Es más, de la financiación del proyecto saldría plata para el comandante paramilitar “porque él también tiene que comer –dijo Alonso– ¿no ve que ahora toda la plata que recoge de droga la tiene que entregar al ‘duro’? ya anda de civil y solo con seis hombres, por seguridad”. Alonso pretendía hacer unos talleres de derechos humanos y convivencia con los desmovilizados, “y terminar con una actividad social bien bacana, como un paseo a un río contratando unos buses o una orquesta, y se ponen pasacalles con unas frases bien bacanas como ‘los jóvenes estamos comprometidos con tal y tal...”. Ya tenía a una abogada y un psicólogo, “todos muy berracos” –tentando mi propia valentía– con quienes yo podía trabajar. Para los excombatientes, como habría de escuchar después, yo era otro “profesional”: así llamaban a los recién egresados con intereses en sus problemáticas, a los cuales buscaban para darle fuerza a sus proyectos. Un reclutamiento sutil.

¿Eso no sería buscarse pendejamente una ejecución? No me imaginaba a desmovilizados paramilitares recibiendo clases de desmovilizados guerrilleros en una zona de activo control paramilitar. Pero más allá de eso ¿cómo se manejaban las relaciones entre unos y otros diciendo “lo pasado, pasado...”? ¿Cómo se concebían y se suspendían las pertenencias, afiliaciones y creencias para establecer tales relaciones entre dos grupos antagónicos? Había iniciado esta investigación para responderme, precisamente, cómo los grupos armados construían a su *otro*, específicamente cómo los paramilitares construían al ‘auxiliador’ de las guerrillas; aunque partía de que toda construcción social era relacional

(Bourdieu 1988), en la representación y en las prácticas. Ahora bien, el acuerdo de Alonso con el comandante paramilitar desestabilizaba mi pregunta al mostrar el acelerado proceso de cambio que ésta y las demás categorías de pertenencia podían tener en el conflicto. Así mismo, me sugería gran porosidad entre el contexto de la desmovilización y la actividad de los grupos armados. ¿Cómo incidía esto en el proceso de ‘reintegración’ de los excombatientes? Al menos, en el caso de Alonso, le permitía reacomodarse a los cambios que la ACR estaba llevando a cabo, volviéndose él mismo operador de las políticas de reintegración y garantizando su ejecución desviando parte de las ganancias del contrato al comandante paramilitar de la región.

“Tal vez Bogotá sea un escenario menos incierto para trabajar”, le dije pensando un poco en mi propio pellejo. Era cierto que aquí había mucho por hacer –me respondió–, pero sólo funcionaría si los desmovilizados estuvieran organizados, porque “como todas las organizaciones son un despelote, pues no se puede hacer nada, y yo también tengo que pensar en mi familia porque eso de rogar para que le den a uno unos ‘kits’ escolares²⁵ para mis hijas en el Programa de Bogotá es muy berraco”, insistiendo en su precaria situación económica. De hecho, había peleado con Marcos por su falta de voluntad para que todos los ‘cuadros’ recibieran buena plata; estar dentro del programa de Bogotá, claro, era un privilegio.

Pero Alonso también criticaba fuertemente el programa nacional de desmovilización por traerlos a Bogotá, nuevamente, como si fueran “mercado” mientras el negocio grande estaba en otras manos; esta vez le pregunté por ello. Se desmovilizaban entregándose a la iglesia o a un batallón –explicó–, y de ahí pasaban al Programa de Atención Humanitaria al Desmovilizado (PAHD) del Ministerio de Defensa, que les daba la primera atención en la región en la que se entregaban y después los remitían a Bogotá, donde les hacían las entrevistas de inteligencia para corroborar su pertenencia a los grupos armados y sacar la mayor cantidad de información sobre éstos y sus actividades. Después de eso, los mandaban a los albergues, donde “lo ponen a uno a comer y ver televisión, nada más,

²⁵ El Programa de Atención de Bogotá (PAPDR) entrega anualmente una dotación de útiles escolares para los hijos de las y los desmovilizados residentes en la ciudad.

mientras el grueso de plata se la quedan los tipos de los albergues y otros que hay alrededor haciéndose el negocio”. No obstante, él recibía 1’700.000 pesos mensuales sumando su mesada (850.000 pesos) y las bonificaciones adicionales por cada uno de sus hijos. Así podía ahorrar y aportar para su familia. Pero ahora que la ACR les iba a bajar la mesada y los privilegios por hijos le sería muy difícil vivir así, por eso tenía que hacer el proyecto que me proponía. Además, “la plata está en los municipios ¿sabía eso?”, me preguntó retándome a responderle. Más allá de que yo lo supiera, parecía coincidir con el proceder estratégico de guerrillas y paramilitares, cuya expansión territorial se dio, desde finales de la década de 1980, precisamente hacia los municipios con mayores ingresos (Velásquez 2009).

Alonso me mostraba un escenario en el que la porosidad entre lo legal y lo ilegal iba más allá de las relaciones entre excombatientes y grupos armados y de la constitución de sus capitales, sino que parecía característico de la estructura institucional relacionada con la desmovilización. Dicha estructura, sin embargo, poseía enfoques y procedimientos diferentes en lo nacional y lo local que debía tener en cuenta, así como diferencias y tensiones entre los mismos desmovilizados en sus intereses y visiones de lo político. Ello, dependiendo de su ubicación en una compleja red de relaciones que implicaban su lugar previo en el grupo armado, su acceso a las instituciones de la reintegración, los capitales con los que provenían de los grupos armados –jerarquía, formación, contactos, actividades y aprendizajes aparte del combate, como las de inteligencia– y la capacidad de movilizarlos en el proceso de reintegración. Sin embargo, y en un momento en que se avecinaban los cambios de la política económica de reintegración, ellos parecían borrar las diferencias entre todos los desmovilizados, coincidiendo en señalar que su mayor problema era económico y su mayor capital era su competencia en la guerra. ¿Todo desembocaría en el regreso masivo de excombatientes a sus filas? Cuando escribo esto, casi tres años después, el actual ministro del interior –Germán Vargas Lleras–, teme nuevamente que ello suceda debido a la caída de las garantías jurídicas para los desmovilizados por la declaración de inexecutable del principio de oportunidad para los exparamilitares rasos, que solucionaron con un ambiguo decreto en el que se los conmina a comprometerse a aportar a

la verdad histórica con sus testimonios, los cuales no podrán ser usados como prueba judicial contra nadie. Además, la presencia de los grupos paramilitares emergentes, llamados ahora ‘bandas criminales’, en la mayoría de las regiones de antiguo control paramilitar, y la certeza de que muchos de ellos son desmovilizados, pone en evidencia el poderío de esos capitales tanto para la negociación política como para la participación del mercado de combatientes del que se alimenta la ilegalidad.

Unos días después, Alonso me invitó a una reunión con su equipo de trabajo para hacer el proyecto. Debíamos encontrarnos en una estación de gasolina para subir juntos “a una casa donde no nos molestan”. No evité mostrarme temeroso por lo irregular de su proyecto y su cercanía con grupos paramilitares activos; aunque le dije que no sabía si iría se despidió insistiendo en que me esperaba. Nunca llegué.

De etnógrafo a funcionario, o mi rápida inmersión en los objetivos institucionales de los conversatorios

A finales de marzo del año 2008, cuatro meses después de mi encuentro con Alonso, estaba en una diminuta oficina en un tercer piso acompañado por funcionarios del PACPR, la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR) y la Organización Internacional para las Migraciones (OIM). Los desmovilizados que esperaban en el primero iban subiendo en grupos de a tres y se sentaban frente a nosotros para la entrevista. Todo muy formal y habitual, ellos allá, nosotros acá, todos midiéndonos, descifrándonos un poco. Yo había pasado por lo mismo hacía tan sólo unos días, y con quienes ahora era ‘nosotros’ antes habían sido ‘ellos’ y yo el otro de ellos y me hicieron preguntas que ya no recuerdo, excepto una acerca de lo que significaba para mí la *reconciliación*, a lo que les respondí que yo no sabía lo que era, salvo una actividad cotidiana, permanente, que no creía que fuera una ceremonia ni un pacto, sino un esfuerzo mantenido. De modo que ahí estaba en el nosotros de ellos, sin ninguna experiencia previa en el ámbito del conflicto armado, y pese a que la misma respuesta que les di hubiera servido para salir del paso de lo que es

‘paz’, ‘amor’, ‘reparación’, ‘reconocimiento’ y demás abstracciones propias del ámbito de la resolución de conflictos. Había dicho aquello que creía que querían escuchar como representantes de instituciones y callando lo que creía que no, como por ejemplo que no estaba de acuerdo en adelantar una política de reconciliación desde arriba –es decir, empujada desde las instituciones hacia las comunidades– en medio del conflicto social y armado colombiano era un despropósito.

Los que jugábamos ese juego de representaciones éramos una funcionaria del área de reconciliación de la CNRR, otra de la OIM con acento extranjero, y Sergio, un antropólogo del PACPR, en cuyas oficinas estábamos y donde yo comenzaba a trabajar. Ello, gracias a la oportunidad que me había dado Carmen para presentarme a una convocatoria de trabajo en la que buscaban a un coordinador para un grupo de excombatientes que narraran sus ‘historias de vida’ a diferentes públicos de la ciudad. Debíamos escoger a cuatro de ellos, según unos criterios establecidos antes por los entrevistadores antes de mi ingreso al programa. El objetivo era realizar una serie de “conversatorios testimoniales” en colegios, universidades, juntas de acción comunal y otros espacios de la ciudad, para “generar escenarios tangibles de reconciliación que involucren a los excombatientes y dignifiquen a las víctimas y comunidades afectadas por la violencia con fundamento en los parámetros internacionales sobre derechos de las víctimas (verdad, justicia, reparación)”, según decía un informal documento preparatorio del proyecto de conversatorios. Ésta era la guía para hacer mi trabajo, que era coordinar ese grupo de excombatientes en el desarrollo de sus historias, así como en la gestión y moderación de los conversatorios. Para ese momento las instituciones participantes estaban explorando el concepto de *reconciliación* y las posibles maneras de ponerlo en funcionamiento en el contexto bogotano, por lo que el proyecto también debía indagar “...en los conceptos de reparación colectiva y reconciliación y su pertinencia en las condiciones actuales del proceso de desmovilización y reintegración de excombatientes” y “avanzar en la identificación preliminar de algunos símbolos de reconciliación con los que se identifique la población de Bogotá”, según el mismo documento.

Había además unos objetivos menos oficiales, pero más centrales para el PACPR: promover la desestigmatización de los excombatientes y prevenir el reclutamiento de jóvenes en los sectores populares de Bogotá, donde precisamente los excombatientes hacían mayor presencia, específicamente las de Ciudad Bolívar, Rafael Uribe Uribe, San Cristóbal, Bosa, Negativa, Suba, Santafé y Candelaria. Ello, según informes del PACPR, por ser zonas con menores costos de vivienda, con múltiples opciones de economía informal, anonimato y movilidad de la población, pero que a la vez son las de mayor pobreza de la ciudad, siguiendo la evaluación de las variables analizadas por el PNUD para Bogotá (Programa de Atención... 2010).²⁶ Aunque los conversatorios testimoniales debían realizarse en un amplio espectro de población, fueron privilegiados esos sectores, y de éstos los colegios distritales, sobre todo bajo las directrices de las entidades financiadoras y las políticas más altas del gobierno distrital.

Las características específicas que los funcionarios consideraban centrales para elegir a los excombatientes me fueron señaladas rápidamente, y así quedaron consignadas en mis apuntes: habilidades comunicativas, diversidad de proveniencia, género, ubicación en Bogotá, sin riesgos por amenazas o persecuciones, tiempo, y disposición de fortalecer procesos de reparación y reconciliación. Es decir, el grupo escogido debía charlar bueno, estar compuesto por hombres y mujeres de diferentes grupos armados ilegales, no tener problemas de seguridad ni de tiempo para dedicarse al proyecto y tener “disposición de fortalecer procesos de reparación y reconciliación”, según escribí aquella vez.

Esos mismos apuntes me dejan ver ahora como los entrevistados entraron a jugar desigualmente el mismo juego de representaciones, pero sobre todo, la manera en que me integré al nosotros de los funcionarios, escuché lo que quería escuchar y deseché lo que no, aunque lo supiera. Con esto solo quiero dejar consignado como el uso de las narraciones para representar y representarnos pasa por un necesario juego de selecciones, y que no conseguí mi lugar en el escenario etnográfico de manera distinta. Existe, además la

²⁶ Según aquel informe del PNUD del año 2008, son las localidades que presentan menores calificaciones en sus Índices de Desarrollo Humano Urbano, entre los cuales están el nivel de ingresos, el nivel de educación, la sobrevivencia de los niños, la movilizadora y los equipamientos urbanos (Programa de Atención 2010: 10).

reproducción de un doble poder como funcionario y etnógrafo: participé en la elección de los integrantes de los conversatorios, que a la vez pasaron a ser mis principales ‘informantes’. Sin embargo, tal poder no se proyectó sobre nuestra interacción en una sola dirección que me privilegiaba; al contrario, interactuar con ellos me introdujo en el juego que va de los afectos a sus capitales para la guerra, y que será importante para, en el último capítulo, analizar el influjo de sus relatos en quienes los escucharon, en la medida en que yo participé de él.

Ahora, pensando en ese momento, se me presenta claramente la imagen de Elio, uno de los entrevistados que no elegimos. Describirlo ahora carece de sentido pues su apariencia no me significó nada en ese momento; lo relevante es el hecho mismo de recordarlo. Tanto tiempo después es una experiencia un poco abrumadora que ‘vea’ su peso abandonado en la silla mientras su tensión se concentraba en conservar una mochila pegada a su vientre, contrario a las imágenes de los otros entrevistados, que apenas son siluetas contra una ventana. Creo recordarlo porque cuando le preguntaron por cómo se relacionaría con víctimas o población receptora²⁷ dijo, según mis apuntes, que “primero se les va dando la razón, pero por debajo se les va metiendo la medicina...”, porque la gente usualmente no sabe mucho de la guerra. En ese momento tal afirmación me pareció razón suficiente para que no participara en el grupo de conversatorios: contradecía la “disposición de fortalecer procesos de reparación y reconciliación” apuntando más bien a pretender imponer su verdad, su *medicina* a quienes lo escucharán. ¿No eran precisamente las *disposiciones duraderas* configuradas en la participación de la guerra lo que había visto claramente en Marcos y Alonso? ¿Por qué debía esperar otra cosa y, sobre todo, evaluarla? De lo que no me daba cuenta era de lo rápido que yo mismo incorporaba la otra medicina, la de los requerimientos institucionales, y estaba jugando el juego de escuchar lo que quería y desechar aquello que no estaba en consonancia con las ideas previas que el grupo de selección tenía. Nunca volví a ver a Elio, pero ahora percibo como su visión de la

²⁷ *Comunidades receptoras* es el término oficial para referirse a las poblaciones –barrios, cabeceras municipales, veredas...- donde llegan los desmovilizados a vivir, una vez finalizan su estadía en los albergues del Ministerio de Defensa, cuando le es expedido su certificado de desmovilización. En este momento dicha población tiene un documento Conpes, el 3607 de 2009, que asigna recursos para adelantar programas de diagnóstico, formación, intervención y “acción simbólica” entre éstas y sus excombatientes residentes.

reconciliación ilustra tanto las intervenciones institucionales, la construcción de las narrativas de los excombatientes y mis experiencias personales durante estos años, en mi múltiple condición de etnógrafo, funcionario y después amigo de algunos de ellos.

La selección de Sandra, Fabio y Enrique

Sandra, Enrique y Fabio se habían conocido en la sala de espera, siendo los últimos de los excombatientes que se postularon, y comenzaron una conversación que pareció continuar cuando subieron a la oficina a presentar la entrevista, que realizábamos precisamente en grupos de tres. Sus historias y comentarios los dirigían más hacia ellos mismos que a nosotros, muchas veces con referencias graciosas a sus pertenencias a los grupos armados, de modo que, pese a recién conocerse, ya parecían un grupo. Yo anotaba desordenadamente mientras ellos contaban brevemente su ‘historia de vida’, y respondían algunas preguntas.

Sandra, de 30 años, de los dieciséis que estuvo en los paramilitares la mayor parte perteneció al Bloque Norte, con el que se desmovilizó colectivamente. Su papá fue capitán del ejército y no conoció a su mamá. Entró a los 12 años debido a “violencia intrafamiliar”, después de que algunos amigos de su colegio la invitaran a conocer “unos señores” que hablaban de combatir a la guerrilla. “El cuento me gustó” –dijo– por lo que decidió irse, cansada además de los malos tratos. De su pertenencia en el grupo resaltó había trabajado bastante en inteligencia, en lo que las mujeres eran bastante “eficaces”. Estaba feliz con su retorno a “la civil”, sobre todo por volver a ver a su hijo, que había dejado a los seis meses al cuidado de una prima, después de haber ocultado su embarazo por varios meses a su comandante, para evitar que la obligaran a abortar; sin embargo, le era difícil reacomodarse a los tacones y demás características de “la feminidad”. No compartía que los comandantes no contaran toda la verdad dentro de los procesos de justicia y paz, pues creía que “decir la verdad es tratar de resarcir el daño”. Quería participar en los conversatorios para hablar sobre el reclutamiento y evitar que los estigmatizaran como desmovilizados.

Enrique estuvo tres años en las FARC, la mayor parte del tiempo en una red urbana. Entró casi a los 30 años, tras trabajar en el sector público de su región y hacer media carrera profesional. Vino a Bogotá a probar suerte, pues estaba en una difícil situación económica pese a pertenecer a una familia con facilidades económicas, de quienes rechazó siempre su ayuda. Encontró trabajo administrando un albergue para desmovilizados pero lo cerraron, lo que empeoró su situación, pasando dificultades por varios meses. Entre los conocidos que allí hizo, algunos seguían conectados con combatientes activos de las FARC, quienes lo invitaron a entrar a la organización. Su condición universitaria le dio facilidades dentro del grupo, por lo que fue ganando responsabilidades –sobre todo en lo financiero–, hasta que le dieron órdenes que chocaban con sus principios, como hacer inteligencia para poner bombas en Bogotá, por lo que decidió desertar. Sin embargo, en ese momento aún se preguntaba por qué había entrado al grupo. Ahora estaba haciendo otra carrera universitaria apoyado por la ACR, y ya tenía experiencia en conversatorios contando su historia de vida, a los que la misma ACR lo había invitado. Le dolía la estigmatización de los excombatientes en Bogotá, y sostuvo que para poder hacer una verdadera reparación en Bogotá, a los excombatientes los “tienen que ayudar a entrar a la sociedad, no se puede reparar con unos a un lado y otros a otro”. Esta era una idea que estaba en el ambiente del PACPR, y que le valió bastante aceptación por parte de todos.

Fabio, también de 30 años, creció en una región del Valle del Cauca que controlaban los narcotraficantes, y entró a un grupo paramilitar a los 17 años, después de acabar el bachillerato. Su familia era de izquierda y su papá un viejo combatiente de las FARC, acaso de los primeros –decía–, al cual vio poco, y cuando lo veía estaba metido en problemas. Nunca le gustó la guerrilla, acaso por rabia con su padre, por lo que cuando encontró la oportunidad ingresó al grupo paramilitar de la región. Estuvo por más de diez años con ellos, sobre todo en las escuelas de formación y en trabajos de inteligencia. Se desmovilizó individualmente porque su comandante le prohibió desmovilizarse; sin embargo, poco después fue capturado y un fiscal le permitió presentarse al programa de desmovilización. Una vez en él, contactó a su papá para que se desmovilizara también, a lo que el viejo se negó rotundamente –porque él nunca se le entregaría al Estado, decía–,

aunque después aceptó entrar al programa como familiar. También trajo a su hermano, que trabajaba de químico para la producción de droga. Con mucha gracia contó que con ellos armó de nuevo su familia, y aunque su convivencia con su papá era difícil porque, por ejemplo, ver noticias con su papá siempre daba motivos para pelearse, sabía que “ni él ni yo tenemos la razón”. Le preocupaba mucho el reclutamiento de menores, y ahora más que estaba esperando gemelos con su mujer, no quería que ellos pagaran lo que él había hecho.

Después de escucharlos, la discusión de selección entre las funcionarias de la CNRR, la OIM, Sergio y yo pronto desembocó en la posibilidad de que precisamente ellos tres fueran los elegidos. Argumentaban que los favorecía la dinámica entre ellos y particularidades de cada una de sus historias, así como la notoria confianza demostrada entre ellos y hacia nosotros.

También había particularidades de cada uno que eran interesantes para proyectar los objetivos que los funcionarios tenían para los conversatorios. Que Sandra hubiera sido paramilitar por tanto tiempo y que hubiera reflexionado sobre el proceso de justicia y paz, así como por su fuerza en la expresión y que proyectaba ser una “echada pa’ lante”, como dijo uno de ellos. De Enrique les llamó la atención su origen familiar y de clase, así como sus motivaciones económicas para entrar a la guerrilla, lo cual retaba las ideas comunes sobre la procedencia y motivos de los guerrilleros para entrar a aquella. Además, su formación académica era notoria y ya tenía experiencia en conversatorios públicos. Aunque permanecí al margen de esta discusión, cuando dudaron entre elegir a Fabio o a otro excombatiente, me puse inmediatamente de lado del primero. Para mí, el que hubiera reflexionado por los límites de esa reunión familiar y no temer mostrar su inestabilidad mostraba que tenía una relación crítica con su proceso de reintegración. Fueron elegidos ellos tres.

* * *

Aunque el grupo conformado por Sandra, Enrique y Fabio trabajó durante una primera etapa de los conversatorios, hasta finales del año 2008, después de ese tiempo Enrique dejó

el grupo y se involucraron otros excombatientes al proceso, Víctor y Aura. Ello se debió al auge que tuvieron los conversatorios como medida de intervención en la ciudad, que impulsó a las instituciones involucradas aumentar el número de talleristas. No voy a retratar su proceso de selección, pues considero que el ya descrito es suficientemente ilustrativo.

Ellos eran Víctor, excombatiente de las FARC que creció en una región del oriente del país controlada por la guerrilla, a la que su papá ya había estado vinculado. Primero militó en la UP, y ante la persecución estatal –que asesinó a varios de sus compañeros del partido político– esa guerrilla les ofreció protección ingresando a sus filas. Estuvo por más de diez años en la organización, de los cuales una parte importante la dedicó a labores urbanas y de inteligencia. En las negociaciones durante la presidencia de Andrés Pastrana lo mandaron a estar de civil en la zona de distensión, donde hizo una pareja con la que tuvo un niño. Cuando los diálogos se rompieron lo llamaron de nuevo a las filas, y al contarle de su pertenencia a la guerrilla, su pareja lo abandonó. Después de unos años de no saber de ellos se deterioraron sus relaciones al interior del grupo, “me cansé de esa vida”, y decidió desertar y buscar a su hijo. Ahora vive con éste y su nueva compañera.

También entró a participar Aura, una excombatiente también de las FARC, que “entró por amor” a la guerrilla, como solía decir. Después de una juventud “loqueando por aquí y por allá, durante la que había tenido un hijo, conoció a un hombre del que se enamoró. Tuvieron otro hijo y solo después de ello, se enteró que él pertenecía a esa guerrilla. Él tenía que reintegrarse y ella se fue detrás de él, con la idea de que podrían mantenerse unidos. Aunque eso fue así durante un tiempo, gracias al mando que ostentaba su esposo, fueron separados un tiempo después. Él cayó preso por un tiempo, y cuando regresó a la guerrilla se sentía desilusionado. Después llegó una época en la que sus familias se vieron muy afectadas por el conflicto: persecuciones, asesinatos, así como problemas económicos y de salud de varios de sus familiares. Además, tuvieron otro hijo que permanecía, junto con los primeros dos, con los padres de Aura. Los problemas familiares de su esposo lo llevaron a desertar, y aunque estaban separados Aura se enteró y desertó también. Ahora viven con sus tres hijos –el último nació después de desmovilizarse–, y ella se ha convertido en una activa gestora social de una organización de excombatientes.

Mi ingreso al escenario de la política de desmovilización, en un momento de cambio institucional, me mostró su porosidad entre lo legal y lo ilegal, los múltiples lugares de enunciación de los excombatientes respecto de su vida en los grupos armados y en su proceso de reintegración, y la forma en que se ponían en juego sus capitales para la guerra en el mismo. Por último, mi propia integración a la institución local de atención a la población implicó adoptar el juego de enunciaciones y silencios que después se reproducirían en el desarrollo de los relatos de los excombatientes seleccionados por ‘nosotros’ los funcionarios. En el siguiente capítulo abordaré la manera en que estos relatos fueron construidos y dos de los principales contextos institucionales de la reintegración con los que dialogaban: el de la política de promoción a la desmovilización del Ministerio de Defensa y el del Programa de Atención Complementaria al Proceso de Reintegración en Bogotá.

2

La construcción de los relatos autobiográficos de reintegración

A la selección de los excombatientes que participarían en los conversatorios relatando sus experiencias, durante las dos últimas semanas de abril de 2008 siguió un trabajo en equipo para darle a sus relatos una forma y unos énfasis acordes con los lineamientos institucionales, que hasta ese momento eran muy generales. En este capítulo quiero abordar el rumbo que tomaron los relatos de Sandra, Enrique y Fabio al evidenciar sus los vínculos emocionales con la experiencia en los grupos armados, y la manera en que trataban de cobrar sentido en el nuevo contexto de la reintegración. Lo anterior sucedía organizando sus relatos a través de que figuras recurrentes en el discurso militar de la desmovilización, como ‘el camino errado’, ‘los años perdidos en los grupos armados’ y el ‘regreso a la vida con la desmovilización’. Como veremos, este discurso pretende señalar a los excombatientes una ruta moral de la desmovilización, tema que desarrollaré en el segundo apartado de este capítulo.

Por otra parte, el primer ejercicio de construcción de narraciones de los excombatientes fue evaluado por los funcionarios del PACPR, ejerciendo una serie de controles sobre los contenidos y las emociones implicadas en los relatos de los excombatientes. Esta evaluación mostró el marco interpretativo y moral del que se valía el PACPR para convocar a los testimonios como instrumento para comunicar sus convicciones institucionales, que contrastaban tanto con los discursos de la CNRR como con los del ejército, encargado de la promoción a la desmovilización.

Comenzando por un somero panorama del contexto de justicia transicional del proyecto de conversatorios, que ubica el lugar del *testimonio* en esas nuevas formas de administrar el pasado, quiero mostrar como los relatos de los excombatientes se construyeron en relación

con las narrativas militares y las del PACPR acerca del proceso de reintegración. Estos dos contextos serán expuestos separadamente, vinculando sus características con las de las narraciones de los excombatientes, para poner en evidencia las tensiones en las que estaban insertos como narradores de su proceso de reintegración: entre una narrativa militar *execrando* el pasado, que muestra a un desmovilizado engañado por los grupos armados que ahora se reconstituye en la productividad y la familia; y otra del gobierno local *explicando* ese pasado, que muestra a un sujeto condicionado por lo social que ingresa a los grupos armados como una opción y con un presente en el que se reconstituyen los vínculos sociales civilistas. Sin embargo, veremos como ambos discursos son incapaces de tramitar los beneficios, compromisos y fascinaciones de los excombatientes en su paso por los grupos armados, los que se constituirán en una permanente fractura a las narraciones de la reintegración.

El lugar de los conversatorios en el contexto institucional de transición

Diversos factores enmarcan la realización de los conversatorios testimoniales en el proceso de justicia transicional que vivimos en Colombia. Desde una perspectiva institucional, la justicia transicional es el campo de acción encaminado a superar situaciones de violación sistemática o generalizada de los derechos humanos entre naciones o al interior de éstas, principalmente dirigidas a reconocer a las víctimas y promover iniciativas de paz y reconciliación, procesos estrechamente relacionados con la ‘transición’ de regímenes autoritarios a gobiernos democráticos. No es un tipo de justicia, sino los diferentes modos en que una sociedad puede abordar social, jurídica y administrativamente el pasado vivido –con todos sus crímenes y abusos- y a la vez permitir que se de el paso a un nuevo gobierno (Bickford 2004). Por ello se debate entre la consecución de la paz, que requiere de negociaciones que sean favorables para quienes han cometido abusos en el pasado, y la aplicación de la justicia sobre dichos actos, de manera que reconozca los derechos de las víctimas a la correcta aplicación de la misma. También requiere de un proceso social de reconocimiento y dignificación de las mismas, el esclarecimiento de los hechos y el

complejo entramado de verdades implicadas, las cuales pueden ser procuradas o dificultadas por los modos en los que se aplique la justicia (Minow 1998).

Así, un proceso de transición trata de superar un estado de injusticias e inequidades negociando otras: limita más o menos los derechos a la justicia y la verdad de las víctimas para facilitar la paz, o ejerce una justicia tan vertical sobre los responsables ignorando derechos como el debido proceso o la interpretación contextual de los hechos para identificar atenuantes a los actos. Así mismo, en muchos procesos de transición se han relegado también los derechos económicos de las víctimas como resultado del énfasis en la consecución de la paz (Cortés 2006: 86, 105-ss). Podría sostenerse entonces que la justicia transicional propone herramientas para encontrar el punto medio para cada caso específico, pero no puede escapar de su inequidad fundante.

La justicia transicional se ha convertido en un campo de investigación, práctica y gobierno en franca expansión, que ha devenido en lo que Castillejo llamó “tecnologías de transición” (2009: 301), como todo un aparato transnacional para promover la expansión de la democracia liberal y el capitalismo de mercado donde antes habían regímenes diferentes, en muchos casos autoritarios. De una época de la “cultura de la memoria” descrita por Jelin para la década de 1980, hemos pasado al momento de la transnacionalización de los aparatos de transición. La primera, era caracterizada por la emergencia de movimientos sociales que presionaban a los gobiernos posteriores a las dictaduras en el Cono Sur para que constituyeran formas verdaderamente democráticas de Estado, en las que los derechos humanos estuvieran garantizados, se “saldaran las cuentas con el pasado” en la adjudicación de responsabilidades por los abusos de los sistemas anteriores, el reconocimiento social de las víctimas y las garantías para que ello no se repitiera (Jelin 2002: 10-ss). La transnacionalización de sus aparatos ha dependido del cada vez más protagónico papel de la ONU y de la participación de agencias internacionales de desarrollo, que han desplazado la centralidad de las iniciativas sociales en definir los derroteros de esos procesos transicionales. Tal proceso se ha consolidado a través de la unificación, con el impulso de la ONU, de un conjunto de estándares internacionales para la aplicación de la justicia transicional en los conflictos armados contemporáneos insertos en

sistemas políticos y económicos no democráticos para, precisamente, permitir el paso a tal sistema, con el concurso de inmensas multinacionales en los programas de Construcción de Paz Posbélica (CPPB), o *peace building programs*, que son ruedas de negocios donde se reparten las inversiones en reconstrucción de las naciones afectadas por conflictos armados y sociales (Redondo y Sanz 2009). Esto no significa, sin embargo, que los movimientos sociales desaparezcan de la escena política.²⁸

El caso colombiano está inserto en este fenómeno de transnacionalización, aunque con matices derivados de las particularidades de la transicionalidad que se da en Colombia. La ley de Justicia y Paz, la política nacional de reintegración y la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación son sus principales instituciones, pero actúan en un contexto de conflicto sostenido y sin la expectativa de una transición a un régimen político distinto, pues la democracia liberal imperante es el régimen al que los procesos de transición dirigidos siempre llevan. La participación internacional ha sido mucho más modesta que en otras transiciones (Fisas 2010), concentrándose en financiación internacional de EEUU y la comunidad europea, ejecutada principalmente a través de convenios de cooperación internacional entre agencias internacionales e intergubernamentales, como la OIM, la USAID o la GTZ, e instituciones nacionales públicas y privadas, como la Secretaría de Gobierno de la Alcaldía de Bogotá, de la que el PACPR hace parte. Estos convenios, a su vez, contratan operadores locales que realizan las tareas específicas delineadas por la mesa coordinadora de los convenios.

Dentro de este último entronque institucional se ubica la iniciativa de los conversatorios. A principios del año 2008, las instituciones involucradas en el proyecto de los conversatorios exploraban la noción de reconciliación y de pedagogía de la reconciliación. Ello, a través de un convenio interinstitucional que por medio de la OIM canalizaba recursos de cooperación internacional a experiencias de reconciliación en Bogotá, siguiendo los lineamientos

²⁸ Evidencia de ello fueron las presiones de organizaciones civiles –apoyadas por organizaciones internacionales de diverso cuño– para revocar y modificar los proyectos de ley de alternatividad penal que desde el 2003 el gobierno venía presentando al Congreso como herramienta de justicia alternativa para los comandantes paramilitares que se habían entregado. Pese a ello, en el 2005 se sancionó la ley de Justicia y Paz, que pese a sus muchos problemas no pudo ser reversada por tales movimientos.

básicos de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación y las recomendaciones de la OIM, la cual acumulaba mucho poder de decisión así ésta no fuera más que una administradora de los recursos, según me señaló Carmen.

La Comisión de Reparación había definido la reconciliación simultáneamente como una meta y un proceso llevado a cabo por personas e instituciones, con el fin de instaurar “nuevas relaciones de confianza entre los ciudadanos y las instituciones del Estado y entre ellos mismos, así como la profundización de la democracia [que] supone, no el olvido, sino una nueva perspectiva del pasado, de cara a la concepción de un futuro compartido” (CNRR 2006: 12-13). Tal concepción “intenta conjugar pasado con presente y, lo más importante, al hacerlo introduce un elemento axiológico, normativo, que da nuevos sentidos tanto a la valoración del pasado como al futuro” (CNRR s.f.: 2). De modo que planteaba la necesidad de un nuevo tipo de relación del conjunto de la sociedad nacional con el pasado, un nuevo lugar desde el cual mirarlo que fundara nuevos valores compartidos en el que convergieran los diferentes actores sociales del conflicto colombiano facilitando las condiciones para, como era entendida la reconciliación desde el lenguaje de diccionario: “volver a acordar los términos desunidos” (Herrera y Torres 2007: 4-5).²⁹ Los objetivos de los conversatorios compartían parte de ese espíritu de reconciliación, en la medida en que se proponían abrir espacios de *encuentro* –de conversación– entre personas posicionadas en lugares sociales diferentes.³⁰ Por otro lado, supone que tales conversaciones se dan alrededor de un primer movimiento: el testimonio. Al ser testimonio de vida que enlaza un pasado antes y durante el grupo armado, un presente de reintegración y un futuro de esperanza, éste debería establecer, o proponer una nueva forma de relación con el pasado, el presente y el futuro, materializado en el trayecto vital de los desmovilizados. Los conversatorios participarían entonces de las “tecnologías de transición” con las cuales las

²⁹ El documento citado (Herrera y Torres 2007) hace parte de las herramientas usadas por la CNRR para desarrollar su marco conceptual.

³⁰ Decía textualmente el documento de conversatorios: “Generar escenarios tangibles de reconciliación que involucren a los excombatientes y dignifiquen a las víctimas y comunidades afectadas por la violencia con fundamento en los parámetros internacionales sobre derechos de las víctimas (derecho a la verdad; derecho a la justicia; derecho a la reparación)” (Programa de Atención y CNRR 2008: 1).

instituciones transicionales hacen de administradoras de un nuevo pasado oficial (Castillejo 2009: 301-ss).

Ello, desde una perspectiva eminentemente discursiva, dado que la experiencia etnográfica me mostró que los conversatorios, presentados como una unidad, son fisurados por las diferentes visiones sobre el conflicto social y armado que estaban en juego al interior mismo del Estado. Diferentes espacios de gobierno estaba ocupados por diferentes redes políticas, las cuales se disputaban la interpretación y ejecución de esos marcos generales de la transición, en nuestro caso, el de la reconciliación. Así, los funcionarios del PACPR – que como dije antes, eran en su mayoría excombatientes de los diferentes procesos de desmovilización y académicos de las ciencias humanas– no compartían plenamente los contenidos de la reconciliación oficial, diferencias que abordaré un poco más adelante. Pese a que los documentos del PACPR incorporaban los lineamientos de acción de la CNRR sobre reconciliación³¹, sus directivas acababan de descartar la publicación y el uso de un documento sobre pedagogía de la reconciliación que reproducía los lineamientos de la comisión (Suarez y otros 2008).

Por otra parte, la CNRR había recomendado no involucrar víctimas en los conversatorios, porque el modelo de reconciliación que se estaba dando en Bogotá era entre victimarios, así como entre éstos y las comunidades de acogida, solo recomendaba tener en cuenta la dignificación de las víctimas y sus derechos (Programa de Atención y CNRR 2008).³² Pero ese sí era un interés de los funcionarios del PACPR. Ya Carmen me había señalado que ‘víctimas’ y ‘victimarios’ ya estaban conviviendo y resolviendo problemas que las instituciones no se habían ni siquiera planteado, pues, cuando los funcionarios del programa de Bogotá ponían el tema de incorporar víctimas a los procesos, la Alta Consejería y la OIM no les querían apostar. Tal vez por ello lo principal en ese momento era elegir personas que llevaran un proceso adelantado de reintegración y cuya historia de vida objetara las ideas preconcebidas sobre el conflicto armado y las razones por las cuales los excombatientes se involucraban en él. En conversaciones previas, Carmen ya había

³¹ Lineamientos que se pueden encontrar en las “Definiciones estratégicas...” (CNRR 2006: 14-15).

³² Ver cita al pie de página nº 30.

manifestado esa necesidad, señalando que debía irse más allá de las oposiciones tradicionales de ‘víctima’ y ‘victimario’, promoviendo las “reflexiones que quiebren esas categorías que han hecho mucho daño”. Tales nociones estaban en el ambiente del PACPR, en estrecha relación con su labor cotidiana de lidiar con las estigmatizaciones que vivían los desmovilizados y en oposición al discurso de la CNRR que separaba a víctimas de perpetradores (CNRR 2006).

Efectivamente, Sandra, Enrique y Fabio parecían atravesar las categorías sociales con las que usualmente se ordenaba el conflicto armado: una ‘aguerrida mujer entre los paras’, un ‘guerrillero raso de clase media’ y un ‘paramilitar de padre guerrillero’. La apuesta del PACPR, contraria al enfoque convergente de la Comisión, era generar múltiples puntos de vista sobre el pasado, objetar los preconceptos que la gente tiene del conflicto armado, ejes con los cuales yo me sentía identificado. En cierta medida, el PACPR estaba disputándole el lugar a la CNRR como *comisión*, en tanto forma social de administración de la relación con el pasado a través de la reconciliación. Pese a esa disputa, es muy llamativo que el documento que delineaba los conversatorios no enunciara ningún vínculo con los conceptos de verdad ni de memoria, los cuales estaban al margen de la propuesta (Programa de Atención y CNRR 2008). Abordaré en el último apartado de este capítulo el enfoque del PACPR sobre la memoria, y profundizaré en los lineamientos que estableció en la constitución de ésta a través de la regulación de los relatos de los excombatientes, y en el lugar de los testimonios en la formación y legitimación de su saber específico, institucional, sobre el conflicto armado colombiano.

Los primeros relatos

Durante las primeras reuniones con el grupo de excombatientes se nos expusieron, al grupo elegido y a mí, los lineamientos del proyecto. El encargado de ello era Sergio quien, como dije, era el antropólogo contratado por el PACPR para coordinar el convenio con la CNRR. Mi labor implicaba promover la lectura y comentar con el equipo los documentos de

referencia sobre reconciliación, legislación y algunas noticias que yo llevaba para discutir. Sin embargo, el fuerte de las reuniones eran las historias de vida, que se extendían por horas debido a una dinámica de grupo en la que lo contado servía para que otro introdujera sus comentarios o reflexiones perdiendo el hilo inicial, proceso que yo no procuraba controlar; la verdad, usualmente me divertía.

Las indicaciones por parte del programa para desarrollar las historias eran en su mayoría informales, no había un documento que profundizara en ello. Sin embargo, funcionarios del PACPR me recomendó establecer una organización temporal lineal en un *antes*, que recogiera una reflexión sobre las causas y motivos que los llevaron al grupo armado, sobre su familia y la cotidianidad de su región. Un *durante*, sobre la vida dentro de los grupos armados, y un *después*, que reflejara las dificultades, los retos, y cómo se había reconfigurado su relación con su familia, la sociedad y la democracia en el proceso de reintegración. Además debían reflexionar sobre los estigmas que sobre ellos recaían y concretar su papel en la construcción de paz y reintegración. Lo que restaba era iniciar las reuniones preparatorias del “equipo de conversatorios” como comenzamos a ser conocidos dentro del PACPR. Vale decir que no quedó ningún registro audiovisual de esas reuniones, tanto porque los excombatientes sentían que podía ser riesgoso para su seguridad, y yo mismo no insistí en ello porque habría limitado el acercamiento entre nosotros y el desarrollo de las historias. Expondré sus relatos solo en la medida en que sean pertinentes al contenido a desarrollar, de modo que no los he agrupado todos en este apartado.

Lo que hacíamos con Sandra, Fabio y Enrique era un ejercicio de creación de relatos autobiográficos, si entendemos éstos como un género narrativo con el que nos relacionamos con el pasado, o más exactamente, con la memoria (Bruner y Weisser 1995). El relato autobiográfico es central en la construcción del ‘yo’, entidad eminentemente relacional, que se configura en el plexo determinado por esos relatos. Estos relatos permiten explicamos nuestro momento presente apelando al pasado en complicidad con los múltiples ‘otros’ que nos habitan. Así mismo, son relatos para los otros, en la familia, el trabajo, el barrio. Cambian permanentemente según los contextos, las nuevas situaciones o el agotamiento de las explicaciones que nos proveían para seguir adelante.

Fabio contó su historia, salpicada de violencia y placer, sobre su temprana vinculación al grupo debido a la ausencia de su padre, que pertenecía a las FARC, “que cuando lo veía ¡siempre estaba metido en problemas!”. Su expresión era desparpajada e incluso chocante: “en tal municipio hicimos un trabajo bonito ¡oiga!, eso sí fue un trabajo lindo...” refiriéndose a la toma de control de una región de la guerrilla, y que había implicado actividades de lo que llaman limpieza social. Contaba minuciosamente su rol de instructor en las escuelas de formación, recordando las pistas de entrenamiento que diseñaba, así como los castigos que inflingían en las escuelas, muchos de los cuales vivió el mismo y que contaba con inmensa gracia. Sin embargo también gozaba con el reencuentro con su padre y la formación de su nueva familia, en la cual ponía toda su esperanza.

Me quiero centrar aquí en el relato de Sandra, pues nos brinda los ejes de los análisis posteriores. Ella inició su relato diciéndonos que de muy pequeña su mamá la abandonó, y su papá, buscando una mamá para ella y sus hermanos menores, se juntó con otra mujer que a su vez tenía otros hijos. Por esa época cuidaban una finca ganadera, y mientras su papá estaba fuera su madrastra la maltrataba terriblemente. Además de cargarla con toda clase de trabajos domésticos para personas mayores, la golpeaba e incluso la colgaba de los pies para castigarla. Le tomó tanto odio –dijo Sandra–, que comenzó a hacerles a sus hijos lo que le hacía su madrastra: “Así como ella me hacía yo les hacía a sus hijos”, nos contó, refiriéndose a la “sed de venganza”, que desde pequeña decía acompañarla.

Un día su papá regresó temprano del trabajo y vio como la madrastra la golpeaba, por lo que se separó de ella. Poco después se juntó con otra mujer, pero por ello la vida no era menos dura. Tenía que levantarse a las tres de la mañana para dejar desayuno y almuerzo, listos a sus hermanos menores y el aseo. En la tarde, recoger el ganado, que no era poco, y seguir en la casa.

Al dueño de la finca que cuidaban lo secuestró la guerrilla. Ésta no era ajena para ella, ya antes habían pasado buscando personas para que se fueran con ellos, pero nos dijo que desde pequeña no le gustaban, “eso de quitarle a los ricos dizque para dárselo a los pobres no me gustó nunca”, nos dijo, porque “eso no es pidiéndole al dueño a ver si les dan unas

gallinas, no, eso es cogiendo treinta gallinas sin pedir, matando dos cabezas de ganado, así”. Y en esa oportunidad fue aún peor, porque después de recibir el pago por el rescate, entregaron el cadáver torturado del hacendado. Los familiares del dueño acusaron a su familia de “haberlos vendido” a la guerrilla, por lo que tuvieron que irse de la finca, cuando ella tenía unos once años.

Se fueron a la cabecera municipal, donde fue muy duro para ella porque siempre había estado en el campo: la manera de vestir, de comportarse, de caminar, y ella era de pantalones, botas y sombrero toda la vida, “hasta parecía un hombre”. Quería entrar al colegio, lo que su papá rechazaba porque creía que ella terminaría sólo como una jornalera llena de hijos, y todo el esfuerzo para mandarla al colegio se perdería, “...si hubiera sabido en lo que iba a terminar” –solía decir–. Sin embargo presionó hasta que la mandaron, y allí comenzó a hablar de la manera en que la trataban, y sus compañeros le sugerían que se volara de su casa. Pero fue en el camión que los llevaba al colegio donde escuchó de unas reuniones “políticas”, a una de las cuales decidió ir.

Allí, “con lo bonito que hablan esos señores” –dijo irónicamente–, escuchó que las autodefensas se habían formado porque en muchos lugares del país el Estado no estaba, entonces tenían que organizarse para sacar a la guerrilla. “A mí me gustó, yo entré porque me gustó, nadie me engañó...”, nos dijo, acaso tomando distancia de la tradicional versión de los excombatientes de que fueron llevados a través de engaños a las filas. Una vez en el grupo, la formación militar le siguió gustando. Claro, había castigos, pero muchos eran recoger leña o ranchar, lo que para ella era normal. Otros castigos eran terribles, por lo que todos trataban de cumplir las órdenes. En ese punto todos coincidían; presentaban las acciones que atentaban contra la población civil, como los asesinatos y los desplazamientos, como producto de su obligación de cumplir las órdenes, porque “si uno no lo hace, lo hacen con uno”, decían. Pero una vez allí Sandra comenzó a distinguirse por ser “leal, cumplidora, buen gatillo...”, lo que le permitió ir ganando reconocimiento y terminar al mando de una escuadra.

En ese momento, Enrique interrumpió diciendo “es que las viejas sí que son berracas para pelear”, lo que llevó la conversación al carácter combativo de las mujeres dentro de la guerrilla y los paramilitares. “No hay combatiente más bravo que las mujeres...” – continuaba-, fuera el grupo que fuera, ellas son a las que más les gusta “dar plomo”, las primeras en desesperarse cuando no hay combates y las que no dudan en asesinar a una persona, mientras los hombres usualmente se “aculillan”. Fabio y Sandra rompieron en risas y aprobaciones. Sorprendido, les pregunté por la razón de esa diferencia, a los que respondieron profundizando en las habilidades de las mujeres con las armas, sosteniendo que eran además muy organizadas porque sus pagos siempre iban para sus familias, a las que visitaban en las licencias que daban los grupos paramilitares, mientras los hombres se bebían todo en los chongos... —¿en qué? —tenía que preguntarles—. “En los prostíbulos, hombre, ¡en los putiaderos!”.

Como veremos (siguiente apartado y capítulos 3 y 4), las narraciones de excombatientes y el discurso de la desmovilización está atravesado por relaciones de género (Theidon 2009). Estas representaciones de género se volvieron centrales para construir los relatos de Sandra, Enrique y Fabio. Cada vez que contaban un detalle, hacían evidentes las diferencias de acercamiento entre hombres y mujeres; ante todo, les servía para enfatizar un orden moral en el que la mujer poseía, más allá de una poderosa disposición al combate, los valores que le dan unidad de cuerpo al grupo, la ‘moral’ como precisamente decían: la lealtad, el compañerismo, la confianza.

Sandra recuperó el hilo de su relato contando que después hizo trabajo de inteligencia, en lo que también había sobresalido. Una universidad bogotana había sido uno de esos espacios. Destacaba su compromiso con la “causa” paramilitar, y pese a la dureza de esa vida, describía con gusto la vida dentro del monte, las relaciones con algunos compañeros, como su ‘lanza’, su más cercano amigo que fue ejecutado por intentar escaparse, y los combates: el olor, la placentera sequedad en la boca, la adrenalina que se sentía. Pero también las heridas, los disparos recibidos y las improvisadas formas de atenderlos.

Todo ello fue muy intenso, muy comprometido, hasta que quedó embarazada de un compañero. En ese momento, dijo, “comencé a valorar las cosas como distinto”, quería tener el hijo como fuera, por lo que ocultó a todo mundo su embarazo, se alejó del papá del niño y comenzó a hacer todo lo necesario para que nadie se diera cuenta: fajarse, usar las guerreras (chaquetas) más anchas... tuvo suerte de no presentar nauseas, por lo que no despertó mayor sospecha. Varios meses después, cuando el embarazo ya no se podía interrumpir fácilmente se presentó ante su comando quien, muy molesto, la increpó pero le permitió tener el niño acaso por su destacada participación en la organización. Los últimos meses del embarazo los pasó por fuera del área, así como durante los primeros seis meses de vida de su hijo, tiempo en el que “no es que yo me quedara en la cama con el chino, me tocaba trabajar seguido, pero en cosas de inteligencia”.

Cuando pasados los seis meses la llamaron de nuevo a las filas dejó a su hijo con una prima, y pasó casi dos años más dentro, ahora sí evadiendo la vanguardia y las operaciones más riesgosas, hasta cuando sus comandantes dieron la orden de desmovilización colectiva. Ella solo pensaba en su hijo, que era el único motivo para permanecer por fuera, pero aceptaba que los primeros meses de la desmovilización se sentía “en el aire”. Una de las cosas que le dio más duro, dijo, y que acaso la ubicó en su nuevo lugar, fue ver como su hijo casi ni la recordaba, le decía mamá a su prima, lo cual recordaba incluso con algo de rabia, e incluso la rechazaba. El proceso de recuperar a su hijo fue largo pero ahora la hacía feliz, y acaso él era lo único que la mantenía “en la civil”. Usualmente finalizaba contando que de las dificultades en su reintegración, le pesaba mucho no saber manejar “la feminidad”. Decía “Ahora estoy aprendiendo a ser como la mujer de la ciudad, a usar la falda, los tacones, el sentado... suena tonto pero es así”.

* * *

Bruner y Weisser, en su análisis de los relatos autobiográficos, identificaron tres niveles: el de los *anales*, o el listado de sucesos; la *crónica*, en la que tales sucesos son relacionados causal y condicionalmente, tratando de construir un conjunto significativo de sucesos con el que el narrador pueda enunciar lo que implican; y el nivel de la *historia*, en la que se

integran varias crónicas en “...un informe sistemático del carácter moral del orden de las cosas” (Bruner y Weisser 1995: 179). Tal estructura de niveles resulta de organizar una muestra de recuerdos en una matriz de sentido, recurriendo a las convenciones y esquemas compartidos colectivamente, a los que Bruner se refiere como las esquematizaciones culturales, que le dan coherencia, verosimilitud y sentido moral al trayecto vital narrado, finalidades centrales del relato autobiográfico (Bruner y Weisser 1995). En la construcción de narraciones de vida en un proceso transicional, el carácter moral de las narrativas es central. El concepto mismo de reconciliación que lo atraviesa demanda un nuevo horizonte axiológico común que explique y justifique el proceso de ‘reinserción’ en la sociedad civil. Aunque, como mostré, tal horizonte no pueda ser plenamente definido por su carácter mismo –proceso y meta de convergencia de diferentes actores sociales– y que en su exploración las instituciones implicadas tengan visiones diferentes. Pero, ¿cuáles eran los elementos aglutinadores de las narrativas de los excombatientes?

En el nivel de la *crónica*, Sandra articulaba su relato en un trayecto determinado por dos violencias: la violencia familiar y la violencia armada de la guerrilla que afectó a su propia familia. La primera justificaba su ingreso al grupo paramilitar y la segunda alimentaba su permanencia en éste y su entrega a “la causa”.

En el nivel de la *historia*, cumple una función justificadora el cumplimiento de las órdenes, que es uno de los marcos morales más recurrentes del discurso de la reintegración. Éste muestra a unos combatientes obligados de forma inapelable a cumplir cualquier orden dentro de sus grupos, pero que en la narración de Sandra articula su sujeción a la estructura militar con su desenvolvimiento individual: ser “cumplidora” precisamente le permitió destacarse haciendo de la obligación una vocación que la realizó como combatiente y le permitió escalar en la estructura.

Otro elemento del nivel de la historia es que la ruptura del compromiso con el grupo armado se daba a través de la creación de un vínculo familiar o de su anhelo, que objetaba el orden militar y sus valores, a los cuales hasta ese momento estaban ligados. Ello también es central en la narrativa de los demás excombatientes, y lo abordaré más adelante para

mostrar cómo aparece vinculando su experiencia narrada con los discursos militares de la desmovilización, el cual lo integró a su estrategia.

Estos niveles en la estructura temporal recomendada por el PACPR adquirirían una distribución específica, que terminaba por caracterizar moralmente los tiempos de la narración. El *antes* demandado a sus narraciones siempre era referido por ellos a condiciones de violencia, fuera cotidiana –vehiculada a través de la familia–, política o estructural por el requerimiento de explicar y explicarse su pertenencia a los grupos. El *durante* estaba marcado por la insistente figura del cumplimiento irrestricto de la orden, porque “si uno no lo hace lo hacen con uno” –decían todos–. Y pese a que lamentaban muchas de las acciones que habían tenido que realizar dentro de los grupos, y se mostraban capaces de entender el daño que había inflingido, su experiencia era contada desde la vida cotidiana, que rebosaba de placer y la nostalgia en sus recuerdos: la formación, la rutina, los castigos y los premios. Finalmente, el *después*, caracterizado por la incertidumbre de la desmovilización, la dificultad para dejar de lado ciertas formas de ser propias de la vida militar; la reconstitución de los lazos familiares, la búsqueda de bienestar económico por las agobiantes preocupaciones económicas y la integración a un rol legítimo –como ‘mujer femenina’, ‘madre’, ‘padre’, ‘profesional’, en la sociedad civil como dadores de sentido a su proceso de reintegración.

Pero los motivos ordenadores de los relatos de Sandra, Fabio y Enrique no eran producto solo de sus experiencias personales. ¿Cuáles eran sus contextos de formación? ¿Con qué, a su vez, dialogaban los relatos de Sandra, Fabio y Enrique? En los siguientes dos apartados me propongo analizar dos discursos de la desmovilización y reintegración que considero centrales en la formación de las narrativas de los excombatientes, al seleccionar, reforzar y ordenar según ciertos marcos morales sus elementos. También exploraré los puntos de contacto entre esos discursos y los relatos de los excombatientes. El primero es el discurso militar de la desmovilización, en manos del Ministerio de Defensa, y el segundo es el del PACPR, que promovía el proyecto de conversatorios testimoniales. Con ello no quiero establecer una relación mecánica entre las configuraciones narrativas de la política nacional

y los relatos del grupo de excombatientes, sino capturar el panorama en el que se integraba la construcción de sus representaciones.

Narrativas militares de la desmovilización. El *testimonio* como estrategia

En este apartado quiero explorar la forma en que es representado el proceso de desmovilización individual por parte del ejército y el Ministerio del Interior, las cuales están encargadas de su promoción hacia las filas insurgentes, hacia las comunidades con vínculos con los grupos armados y a la opinión pública general. Analizaré como tales narrativas configuran un discurso de la desmovilización usando elementos de las narraciones de quienes recién se desmovilizan enmarcándolas en un orden moral diferente, el cual, en una articulación entre discurso militar y narraciones de excombatientes, incide en la configuración de los relatos que los mismos desmovilizados hacen de su proceso.

Quiero comenzar por una narración de la desmovilización de Víctor, excombatiente de las FARC que se unió al proyecto de conversatorios un tiempo después, en condiciones similares a Sandra, Enrique y Fabio. Su relato nos permitirá observar como se entretajan las causas y motivaciones de la desmovilización en un relato, y será el punto de partida para observar cómo toman forma esas motivaciones en la narrativa militar de la desmovilización y cómo ésta incide en los combatientes de los grupos armados.

Toda desmovilización es una desmovilización narrada: el relato de Víctor

En el relato de Víctor sobre su desertión³³ aparecen los elementos más recurrentes que después veremos desarrollarse en la narrativa militar de la desmovilización, la cual los enmarca en una propuesta de orden moral con la que pretende hacer desertar nuevos

³³ Término que usan regularmente los exguerrilleros para referirse a su salida del grupo armado, dejando de lado el de 'desmovilización'.

combatientes: una guerra psicológica sin cuartel que pretende constituir un sujeto moral desmovilizado, es decir, un modelo del cómo y el por qué actúa, qué principios lo rigen, si actúa autónomamente y cuál es el grado de responsabilidad que le compete por sus actos (Díaz Pintos 1993). Apelando a la narración de Víctor no pretendo ilustrar ni una reproducción mecánica del discurso del Estado en los excombatientes, ni un ámbito completamente autónomo frente a la intervención del Estado. Quiero identificar sus conexiones tanto en las figuras ordenadoras de sus discursos como en los procedimientos militares de intervención que relata y en los que él mismo participó, lo que me permitirá evidenciar cómo la narrativa militar no ficciona unas motivaciones que impone después a los combatientes, sino que toma de sus experiencias elementos de gran poder moral, que vincula con el proyecto hegemónico de sociedad que defiende.

Sin embargo, relato de Víctor no se ciñe a todos los criterios institucionales: no me contó las condiciones inmediatas de su desmovilización ni me la narró momento a momento en una secuencia lineal, sino que recogió una serie de eventos sucedidos en un amplio lapso de tiempo que ilustraban el contenido de su desmovilización, los significados que le confería, marcados por la preposición *entonces*, que conecta no tanto un hecho con otro, sino un conjunto de hechos en los que Víctor se posiciona valorativa y emocionalmente.

“Entonces es como que lo tientan a uno las cosas –decía refiriéndose a las cuñas que emitía el ejército por sus emisoras invitando a la desmovilización–. Nosotros pasamos el 24 de diciembre por tal pueblo, que es zona paramilitar y del ejército. Un 24 de diciembre, uno a las dos de la mañana con 110 libras encima y esa música “chan, chan, chan...”, y uno sudado, cansado... ¿sí? Entonces como que la imaginación a uno se le va para allá. Si no que el problema es que uno... Es como en el ejército: si un soldado se insubordina hay castigo para él. Así pasa en la guerrilla, si a usted le ven como ganas de volarse le colocan la seguidora –un compañero que lo sigue a todos lados–, y cualquiera por ganar puntos lo echa al agua o lo entrega: “mire que es que el man se va a entregar, se quiere ir”. Imagínese cuando yo me vine, es que usted hubiera visto paisano cuando yo me vine... a mí todo esto me echaba sangre –se señaló los bordes externos de los pies–.

— ¿De echar pata? –le pregunté–.

— Y del sudor y el agua. Nosotros caminábamos de seis de la tarde a seis de la mañana, y en el día así, plato [acostado] usted entre la maleza y de noche camina, eso el sudor y todo eso, o se pela uno aquí –se señaló las entrepiernas– las catarolas le echan sangre a uno. Y uno bien cansado y un comandante por ahí bien riato [de mal humor], uno se quedaba mirándolos... ¡No le digo que yo una vez al pié de un batallón en la formación le boté el fusil a un mando! Le boté el fusil y le dije “cójalo”, me quité las pecheras y saqué la pistola: “la pistola no es del movimiento, es mía” –le dije–. Un chino y una muchacha me decían “no haga eso porque lo matan”. El man me insinuó que nosotros éramos flojos, cobardes, que nosotros no hacíamos las cosas con amor sino que las hacíamos más a favor del gobierno. A mí me dio mucha rabia, es que muchas veces lo hieren a uno, muchas veces sin querer a usted lo hacen pensar cosas que ni por la mente se le pasan, usted hace las cosas de corazón y que alguien lo hiera a usted, usted piensa “hombre ¿y por qué no lo hago a ver si es cierto?”. Entonces uno como que se va envenenando, como: “¿qué hace uno aquí?”. Nosotros nos sentábamos a hablar, y la jerga de allá es... la mayoría de guerrilleros dicen “hermano, el fin de nosotros es muertos, ¿cuándo vamos a ver el cambio? ¿Cuándo miramos esa revolución de estar en el poder y mirar que todo esté diferente? Nosotros nos tenemos es que morir. Hoy se murió fulano, ¿pasado mañana a quién le tocará?”. O sea, uno sabe que esa es como la meta de cada uno, y que uno no está haciendo nada, así tenga ideologías bonitas, haga cosas bonitas. Pero allá uno no se puede tomar una cerveza porque en la guerrilla el que se tome una cerveza tiene sanciones, hasta que lo maten tiene. Entonces todo eso son cohibiciones que uno dice “bueno ¿por qué no me puedo tomar yo una cerveza?”, o “¿por qué yo no puedo hablar con ese civil?” porque uno no puede hablar con los civiles, no todos pueden hablar con los civiles. Todas son cosas como que uno dice: “Yo estaba bien ¿y por qué yo estoy aquí? Estamos buscando un cambio, una causa, y me están reprimiendo cosas”. O que para estar yo acá con una muchacha tengo que pedirle permiso a un comandante, que no puedo tener familia o que no puedo tener una novia, porque el único que puede tener mujer es el comandante de compañía en adelante, de ahí para abajo nadie. Entonces uno allá mira, uno allá se hace grupitos, hace montoneritas, y dice “pero bueno, aquí le dicen a uno que todos debemos ser iguales, y aquí hay un sistema que llaman ‘militar burgués’, que las mujeres son libres y los

hombres son libres, pero entonces ¿por qué el comandante de la compañía sí tiene mujer y a la mujer que tiene le hizo dos hijos? Entonces yo no tengo derecho”. Ahí comienzan los problemas, ahí no hay ninguna igualdad, ellos hablan de una igualdad, que todos debemos ser iguales, pero iguales somos los que estamos aquí bajitos, entonces el que tiene su mando puede coger y decirle a usted “vea, se va para misión quince días”, y a la novia con la que usted tenía permiso le dice “usted se queda”, y la coge para él. Allá los comandantes de compañía llegan a una tropa y las viejas no se les niegan, mientras a usted lo mandan por allá a comer mierda quince, veinte días ¿si ve hasta dónde llega? O sea, uno ve eso, las ideas son bonitas: que haya una igualdad, que todos tengamos un derecho, que todos podamos opinar. Entonces uno dice “allá me violan los derechos, me vengo para acá”. El día que yo me vine, yo dije, bueno, yo voy a recuperar a mi hijo y mi esposa, pero yo sé que si no me matan en la salida voy a caer preso, eso fue lo que a mí se me metió en la mente porque yo no creía en el tal programa de reinserción. Aunque ya habíamos tenido charlas con milicianos que habían venido a Bogotá y nos decían “encontramos a fulano, el man está bien”.³⁴

En el caso de Víctor, narración atravesada por la indignación, aunque en muchas otras ocasiones me manifestó –como el resto del equipo– sus propias fascinaciones por la vida en las armas, así como haber operado prolongadamente entre civiles, siguiendo las formas civiles de vida, por lo que su permanencia en la guerrilla no puede ser entendida como un ‘encierro’ en el monte. Ello no obsta para que ponga en perspectiva su desertión, con figuras que se repiten incesantemente en los otros relatos: la dureza de la vida armada, la nostalgia por las formas civiles de socialización, las relaciones afectivas que reproducen los roles de género tradicionales y la familia. La carencia de ‘libertad’ y el desfase entre la ideología y la práctica en la guerrilla.

Sin embargo, no quiero reducir su relato a constatar la presencia de esas figuras reiteradas. Víctor me estaba comunicando el por qué de su desertión, estaba contándome qué era lo que dolía de todo ello: la pérdida del sentido de la vida guerrillera, su disciplina y su

³⁴ De una entrevista grabada con Víctor, excombatiente de las FARC, junio de 2010.

dureza, cuando el ejercicio de la autoridad que le da forma se vuelve humillante, hiriente, desconfiado, lo que hace que se rompa la sensación del *nosotros*, cuando lastima el “corazón”. Es como si la autoridad misma la objetara, les dijera ‘no es de los nuestros’. Tal actitud de la autoridad puso en evidencia el desfase entre la ideología y la institución militar. Ello más parece un efecto que una constatación, pues, o Víctor creía que la guerrilla es la realización de la revolución –lo cual estaría objetado por lo que él mismo dice–, o para él pierde sentido que la revolución sea el producto de la lucha, que dependa de una institución diferente a la promesa, como la democracia puede ser entendida como dependiente del ejército, institución que no es democrática. De modo que aparece o adquiere sentido la nostalgia o anhelo de otro *nosotros*: los espacios de socialización de la vida civil, con sus imágenes predilectas: música, fiesta, cerveza; y muy especialmente, la familia, objetada por las restricciones a las relaciones de pareja, la libertad de unión de las mujeres y las desigualdades que a ese respecto se manifiestan entre los diferentes niveles de la jerarquía.

Ya Castro y Díaz habían puesto de presente el peso del *colectivo* que une intensamente a los sujetos que optan por la vía guerrillera, cuya pertenencia implica identificaciones que los fortalecen a cada uno, pero también “la dispersión de su yo en los otros, diluyéndose la exigua nitidez de los límites personales” (1997: 36). Pero un intercambio que depende de que mantenga su carácter recíproco, pues, como señala Víctor, no soporta la ruptura de una de las partes. Si bien las autoras hacen énfasis en el desplazamiento de lo individual a favor de lo colectivo y la emergencia del primero tras la desmovilización como el centro de su argumentación, el relato de Víctor y sus compañeros excombatientes siempre están marcados por la presencia de sí mismos como quien recibe del grupo, un yo gratificado que puede no tomar decisiones ‘autónomas’, pero que está poderosamente presente como sujeto activo del intercambio, como si su principal acción individual fuera darse, la cual es percibida como acto individual. Acaso por eso, como veremos más adelante, la familia para los excombatientes aparece como la posibilidad del nuevo *nosotros*, en el que un intercambio se renueva en la realización de los roles legítimos, que son roles para los otros y para sí mismos.

Teniendo este punto de vista, quiero aclarar, sin embargo, que el desarrollo de este trabajo no profundiza en el aspecto subjetivo del proceso de militancia y desmovilización, sino en las interacciones alrededor de los relatos construidos sobre esos procesos: no puedo afirmar si el yo individual está o no diluido en su grupo, teórica y metodológicamente más afín al psicoanálisis. Pretendo, más bien, analizar cómo entran a funcionar los enunciados sobre lo colectivo y lo individual en la construcción de narrativas de desmovilización en todos los actores involucrados en esta etnografía que, como veremos, permiten posicionar alternativamente a los sujetos respecto de los grupos armados y las políticas de reintegración para construir los marcos morales invocados para *explicar* o *justificar* al excombatiente, como sucede con los discursos militares y de la política distrital de reintegración.

Una desmovilización es el resultado de un complejo producto de circunstancias, reflexiones, deseos y golpes de suerte. Solo pueden ser reducidos a unos cuantos elementos integrando esa complejidad en una unidad narrativa que, como dije antes, es una forma particular de relacionarnos con nuestra memoria para contarnos a nosotros mismos. Por lo mismo, después de traspasar la línea de fuego y entregarse, o llegar a la mesa donde se hacían los procedimientos burocráticos durante una negociación colectiva, toda desmovilización es una desmovilización *narrada*, y posee todas las características de un relato, tanto para quien lo vivió como para quienes lo escuchan. En éste, las causas y motivaciones para salir del grupo se constituyen el pivote que ubica al excombatiente entre su pasado en el grupo armado y su presente como desmovilizado. No es una descripción de unos hechos, sino que constituye la representación de la capacidad de acción de quien se desmoviliza, de su capacidad de elección y de sus elecciones. Por lo mismo, abre la puerta al universo moral del sujeto: su situación y sus acciones se enmarcan en unas valoraciones de lo que es bueno y justo. Víctor, con su narración, nos da pistas de la manera en que una vida de compromiso con la ‘causa’ se convierte en una de órdenes y abusos, agrupando eventos dispersos que le dan sentido a su sentimiento y a su desertión. También nos muestra su pendular entre la búsqueda de un nosotros –una familia– y de una individualidad

–“la pistola es mía”–, tensión que, como mostraré, aparece en los relatos militares una forma estratégica para promover la desmovilización.

Desmovilizando con plata y sentimientos

A finales del año 2002 una publicación marcó los derroteros de la política de desmovilización a seguir, que implicó un uso particular de los relatos de los desmovilizados. Durante la segunda mitad del año 2002, el Departamento Nacional de Planeación realizó un documento que analizaba la política de desmovilización del último cuatrienio y exploraba los rumbos que ésta podía tomar durante el nuevo mandato. Pretendía identificar cuáles eran las potencialidades en la coyuntura del conflicto y en la política de reinserción para aumentar las desmovilizaciones individuales. Señalaba el aumento en el número de desmovilizaciones individuales, y seguía un estudio del Ministerio de Defensa que, según encuestas, identificaba las “causas” de desmovilización individual: un 37% correspondía a los maltratos recibidos, 19% a la falta de remuneración económica, 17% la privación de la libertad y 16% a las falsas promesas (Pinto 2002: 1, 6).

Para el desarrollo de su análisis solo tuvieron en cuenta las dos primeras causas, e interpretaron los ‘maltratos recibidos’ únicamente como el riesgo de perder la vida en combate. Aplicando herramientas econométricas, pretendieron medir la correlación entre el ‘riesgo profesional’ de ser guerrilleros y las ganancias de los combatientes durante su permanencia en los grupos armados.³⁵ Sus conclusiones fueron que los guerrilleros corrían más riesgo de muerte que el promedio de la población nacional y que sus ingresos no eran más del 5% del ingreso per cápita de la guerrilla (Pinto 2002). Los autores del estudio consideraban que el Estado colombiano podía usar dichas características para presionar la desmovilización, si la oferta económica por desmovilizarse era más atractiva que las hipotéticas ganancias percibidas por el guerrillero dentro del grupo:

³⁵ Para un análisis del contexto e implicaciones de esta lectura en la política general de reintegración, ver Hoyos (2010).

El descontento de los integrantes de los grupos armados ilegales por maltrato y baja remuneración, el reclutamiento forzado (la mayoría menores de edad), han elevado el número de desmovilizaciones voluntarias. Para aprovechar estas condiciones, el gobierno debe generar incentivos para que sean atractivos para un subversivo desvincularse de su grupo armado. Estos incentivos se traducen en ayudas económicas como las actuales, pero fortalecidas (Pinto y otros 2002: 13).

De modo que estaban poniéndole un precio a desmovilizarse, buscando los incentivos que fueran incluso más atractivos que el riesgo de ser recapturados y ejecutados por traición, como lo atestiguan desmovilizados y la normatividad interna de las guerrillas. El DNP puso a jugar los incentivos dirigiéndose específicamente a los intereses inmediatos de los guerrilleros, establecidos según los motivos que éstos le habían dado al ejército para desmovilizarse. En esa misma época le fue asignado al Programa de Atención Humanitaria al Desmovilizado apoyar “la elaboración por parte del Comando General de las Fuerzas Militares y la Dirección General de la Policía Nacional, campañas de acción psicológica dirigidas a incrementar el abandono voluntario de los miembros de organizaciones armadas al margen de la ley” (Ministerio de Defensa 2008: 3). La campaña consistió, en buena medida, en la reconfiguración de las motivaciones expresadas por los excombatientes en un discurso moral dirigido principalmente a través de las historias de vida, volcada en una estrategia propagandística y mediática de gran alcance.

Sólo hasta el 2005 el ejército había impreso 81 millones de volantes que lanzaban desde helicópteros a las zonas de orden público, desde los cuales también perifoneaban las cuñas, música, y mensajes de otros excombatientes. Todo ello acompañado por cientos de comunicados de las desmovilizaciones a la prensa regional y nacional, además de cientos de emisiones anuales de programas dirigidos específicamente a los guerrilleros, cuyo eje son los ‘testimonios’ de sus compañeros fugados (Callejas 2005; Hoyos 2010).

La estrategia general se ha desarrollado respondiendo a las dinámicas de la confrontación bélica. El análisis del DNP sostenía que si el Estado hacía económicamente más atractiva la desmovilización que la permanencia en los grupos armados aumentarían las

desmovilizaciones. Sobre esa base, el primer eje de la propaganda de desmovilización fue el bienestar económico, ofreciendo los beneficios de la política nacional de desmovilización, y las bonificaciones económicas por entrega de armas e información, así como por las recompensas por participar en operativos militares (Hoyos 2010). Una de las primeras acciones fue imprimir 18 millones de volantes facsimilares de un billete de 20.000 pesos que decía “El gobierno lo recompensa, usted obtendrá beneficios”, lanzados desde los helicópteros que sobrevolaban las zonas de mayor presencia guerrillera (Callejas 2005: 56).

Tal estrategia propagandística no habría funcionado, sin embargo, si no hubiera generado opciones reales de ganancias económicas para los combatientes, quienes, según cuentan los informes periodísticos de la estrategia, se presentaban a los batallones con los volantes del billete de 20.000 pesos, y los conservaban tiempo después de entrar al programa de reinserción (Callejas 2005). El Ministerio de Defensa tiene atribuciones legales para ofrecer bonificaciones a excombatientes y civiles por desmovilizar a otros guerrilleros, quienes los contactaban y pactaban las condiciones de salida, recibiendo hasta un millón de pesos por cada desmovilizado. Llamadas, notas con mensajeros, o contactos personales han servido para acelerar las desmovilizaciones, que han comparado algunos con “imanes” en los cuales un desmovilizado atrae a otros (ODDR-UN 2008), y que ha terminado por promover mafias dedicadas a la desmovilización –de verdaderos y falsos– excombatientes con la clara aquiescencia de la normatividad que regula la desmovilización.³⁶

La efectividad en los ataques del ejército aumentó a raíz de los pagos por información y participación de excombatientes en operativos militares contra sus propios compañeros. Ello determinó que la siguiente campaña se centrara en que los guerrilleros no se dejaran morir de hambre o enfermedad en las selvas por la desestructuración de los frentes. Pero tras el estancamiento de la arremetida militar debían probar otros métodos. Por una parte,

³⁶ Durante el mes de marzo de 2011 saltaron a la opinión pública los escándalos por falsas desmovilizaciones colectivas de guerrilleros y paramilitares: El frente ‘cacica Gaitana’ de las FARC presentado por alias ‘Olivo Saldaña’ y con la posible participación del entonces Comisionado de Paz, Luís Carlos Restrepo. Así mismo, la desmovilización del bloque paramilitar ‘Cacique Nutibara’, desmovilizado en Medellín, ha sido objeto de los mismos señalamientos. Sin embargo, estas y muchas otras irregularidades en la desmovilización ya habían sido denunciadas por observadores internacionales y nacionales desde el año 2005 (ODDR-UN 2008, Hoyos 2010).

comenzaron a representar las inequidades al interior de la jerarquía militar de las FARC, entre otros, apelando a volantes trataban el carácter obligatorio y abusivo de las órdenes impartidas. Uno de ellos, bajo la imagen de una marioneta de un combatiente de las FARC manejado por una mano anónima, decía “Usted decide cuándo terminar esta función. ¿Por qué seguir aguantando maltratos, torturas, mala alimentación, humillación? No sea el títere de su cabecilla. Desmovilícese” (Callejas 2005: 54). Pero lo que realmente les pareció efectivo fue apelar a los vínculos emocionales de los combatientes. Encontraron que “la salida era atacar los sentimientos, mover fibras, y eso hicieron. Los volantes empezaron a mostrarles fotos de familias y lugares comunes como los paseos de olla y las fiestas de final de año” (Callejas 2005: 56), según explicaban funcionarios en un informe periodístico que celebraba la estrategia. De modo que se enfocaron, precisamente en los vínculos personales y familiares.

La familia y las relaciones de género como eje de la estrategia de desmovilización

El relato de Víctor está lleno de expresiones emocionales y vínculos sentimentales: nostalgia, rabia, humillación, afecto. La estrategia utilizó esos estados enmarcados en las diferencias de género dentro de los grupos armados para desarrollar sus mensajes, cuyas desigualdades afectan tanto a mujeres como a hombres, y como lo sugería Víctor, en sus propias nociones de masculinidad.

En el discurso militar la familia siempre es representada por un hombre en el centro rodeado de mujer e hijos. Algunos panfletos mostraban la fotografía de una pareja en vestido de baño abrazándose; el hombre detrás de ella, en posición protectora, no era más que una silueta, un vacío que debía llenar el combatiente: “Guerrillero, recupere su lugar...” (Ibid) sentenciaba el volante instando a reproducir la relación masculina tradicional en la pareja, rota para los combatientes rasos dentro de los grupos armados, que no tienen derecho a hacer familia, ni pueden asegurar la fidelidad de sus parejas, al permitirseles tener diferentes hombres. De manera complementaria a la enunciación de ese tipo

específico de masculinidad asociado a la familia, en cuñas y comerciales se ha apelado a las dramáticas historias de abortos obligados y abusos sexuales para promover la desmovilización entre mujeres combatientes. Los relatos hacen referencia a que entraron engañadas, a que se les prohibieron las relaciones afectivas y la maternidad, o que fueron separadas de sus hijos. El lugar de la mujer es el lugar de ser madre. Al celebrar el día de la madre del año 2007, la Séptima División del ejército, envió un mensaje a las mujeres desmovilizadas y a las combatientes, que contenía una definición del ser madre que exaltaba su figura e implicaba un escarnio moral a la que no actuara dentro de tal rol:

Al celebrarse el día de la madre –el ser capaz de dar todo sin recibir nada, que quiere con todo su corazón sin esperar nada a cambio y que hace hasta lo imposible por sus hijos– el Ejército Nacional saluda y destaca el valor, la gallardía y entrega de las 1.893 mujeres que pertenecían a grupos subversivos y que decidieron escapar de sus estructuras guerrilleras para acogerse al Programa de Atención Humanitaria al Desmovilizado.³⁷

Pareciera que toda mujer es madre, y madre que no hiciera lo que fuera por sus hijos, que no sacrificar cualquier cosa por ellos, no lo era. Los mensajes grabados de mujeres excombatientes están prácticamente todos dirigidos a los días de la madre, al interior de la institución familiar:

Yo soy Luzmery, invito a las muchachas que están en embarazo, a las que tienen los niños por fuera, están solas, aburridas por fuera, allá. Lo van a pasar por allá aguantando frío, caminando, al sol y al agua, levantándose a la guardia así, y a todas horas lloviendo, a entrenar así. Entonces las invito que yo ya estoy libre, yo estoy bien, ya para el día de las madres estoy bien, estoy con mi hijo, gozando la libertad con mi esposo, que pensaba que nunca lo iba a tener al lado. Entonces las invito que para el día de las madres se desmovilicen, que llegar a la libertad es lo más bonito. Uno no lo creía porque está cerrado de la cabeza allá y lo otro por la ideología que le meten allá, el miedo que le meten allá.³⁸

³⁷ Disponible en <http://www.septimadivision.mil.co/index.php?idcategoria=191811> (Consultado el 14-01-2011).

³⁸ Mensaje de alias Luzmery en el mes de las madres. 13 de mayo de 2008. Disponible en <http://www.ejercito.mil.co/?idcategoria=201956> (Consultado el 6-01-2011).

Otro pareciera ser el punto de vista de Aura, excombatiente de las FARC que también nos acompañó en los conversatorios. En una entrevista que tuvimos, puso en perspectiva esa concepción de familia tradicional proyectada por el discurso militar cuando reflexionó sobre sus expectativas familiares al desmovilizarse. Aunque su esposo también era guerrillero y tenía varios hijos con él, no planteó una ruptura con la organización armada que pasara por conformar una familia. Me decía que “yo, primero que todo, cuando me independicé no pensé en hijos ni nada, sino que me independicé para ser libre, para de pronto ayudar a la sociedad a cambiar su forma de pensar, no en el sentido de... el hecho de que yo esté aquí no es que yo haya cambiado mi forma revolucionaria, porque yo me siento izquierdista y yo en todo lado lo discuto y lo digo, yo digo ‘si la guerrilla admitiera nuevamente la gente, les perdonara la vida y cambiara los estatutos y que se hiciera lo que dicen los estatutos de las FARC, créame que yo me devolvería, pero como eso no va a pasar, entonces a uno le toca luchar desde acá afuerita. Aparte de eso pues mis viejos, que ellos son los que más han pagado los platos rotos de toda esta situación, porque mis hijos... así suene amarillista u ordinario o como se quiera llamar, a los hijos los coge el Bienestar Familiar y allá les dan comida, les dan psicólogo, educación y todo, ¿pero los viejos? Entonces más que todo por eso: mi libertad y mi papá y mi mamá. Y yo desde que a mí me mandaron para acá a Bogotá, inclusive desde el mismo batallón, yo desde el día que me entregué pensé ‘bueno, ¿cómo vamos a arreglar? yo necesito plata para mandarle a mi mamá, a mi papá’. Ya estando aquí en el albergue, yo pensaba ‘bueno, mi papá y mi mamá...’. Y siempre mis expectativas fueron mi casa, tener todas mis cosas, porque yo llegué con la muda de ropa que tenía puesta, y yo dije ‘bueno, si se va a formar una familia, así esté sola o acompañada, la idea es salir adelante, no quedarnos pues con un televisorcito y la camita, la cucharita y el plato’. La idea es salir día tras día adelante, porque entonces ¿a qué se vino? Uno allá no tenía nada, cargaba todo en la espalda, y entonces ¿aquí va a seguir uno peor?”³⁹

Mi lectura no pretende desestimar las experiencias de violencia y maltrato que viven los y las combatientes dentro de las organizaciones armadas, ni negar su incidencia en el

³⁹ De la entrevista con Aura, excombatiente de las FARC, mayo de 2010.

agotamiento frente a la participación de los mismos, sino señalar que son interpretados y recontextualizados por el discurso militar, que no da cuenta de la combinación de factores de esas experiencias, las simplifica y manipula. Si bien algunos análisis testimoniales de mujeres combatientes y excombatientes en Colombia enfatizan la violación de los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres (Schwitalla y Dietrich 2007, Ramírez Parra 2010), otros hacen visible la condición ambigua de la participación de la mujer en los grupos armados, las cuales expresan la tensión entre la militancia como una oportunidad para objetar los roles femeninos tradicionales de la sociedad patriarcal, pero al interior un nuevo modelo de relaciones verticales masculinizadas donde la discriminación se oculta bajo la ideología igualitarista o la negación de los conflictos internos de género⁴⁰ (Lelièvre y otras 2004, Rodríguez Pizarro 2004, Londoño y Nieto 2006).

Tales experiencias son simplificadas por los ejecutores de la política de desmovilización para reforzar los vínculos emocionales que implican las relaciones tradicionales de género y familia, y que en últimas refuerzan el orden social imperante: La retórica visual y verbal del discurso militar sobre las relaciones familiares y de género instauro un marco moral en el que los valores patriarcales de la sociedad nacional son la norma, donde al hombre se le asigna diferencialmente el papel proveedor y a la mujer el de abnegado reproductor. Es más, se podría decir que las relaciones de género son inscritas como posibles sólo al interior de las relaciones familiares: La libertad y el amor de pareja solo se desarrollan al interior de la institución familiar.

Si regresamos al relato de Víctor que abrió este apartado, vemos expresado su deseo por una familia constituida en las relaciones de género tradicionales: tener una mujer y ‘hacerle’ dos hijos –como le envidiaba a su comandante–. Las expectativas de los combatientes y los ofrecimientos del discurso militar responden el uno al otro, de manera

⁴⁰ No quiero perder la oportunidad de citar a María Eugenia Vásquez, excombatiente del M-19, que desnuda la forma en que se le presenta tal tensión. Dice “Es una carga cultural que llevamos a costas, muy difícil de liberar. Tendríamos que preguntarnos por qué, cuando se firmaron los Acuerdos de Paz, muchas compañeras decidieron tener hijos, construir una familia... porque era algo que no habían hecho, como si la realización de las mujeres estuviese en el acto de procrear. Y resulta que, en muchísimos casos, tuvieron los hijos y siguieron sintiéndose incompletas, porque es otra cosa lo que les hace falta. Lo que les hace falta es la esencia, el sentido de la vida.” (citado en Hoyos y García 2001).

que reduce la complejidad e las relaciones de género dentro y fuera de los grupos armados, pero alimenta el deseo presente.⁴¹ Abordaré este entronque de experiencias, disposiciones y discursos mediante el concepto de hábitos. Ello, al final del tercer capítulo, cuando trabaje las interacciones de los excombatientes y sus escuchas alrededor de los relatos de vida, donde podré profundizar en el lugar de la familia más allá del discurso militar. Por el momento seguiré con las formas en que el Ejército captura las narraciones de los excombatientes y los reconstituye en sus relatos oficiales.

Construyendo testimonios de guerrilleros libres capturando sus relatos

En un texto ya clásico sobre el testimonio en el contexto literario latinoamericano, John Beverley lo define como una narración contada en primera persona por un narrador que es a la vez el protagonista (o el testigo) de su propio relato. Su unidad narrativa suele ser una "vida" o una parte significativa de ella, relacionada comúnmente con condiciones sociales (militancia política, encarcelamiento, etc.). La situación del narrador en el testimonio siempre involucra cierta urgencia o necesidad de comunicación que surge de una experiencia vivencial de represión, pobreza, explotación, marginalización, crimen, lucha. Tal situación hace que el testimonio sea una "narración de urgencia" que nace de esos espacios donde las estructuras de normalidad social comienzan a transformarse por una razón u otra (René Jara, citado por Beverley 1987: 9).

Es particularmente llamativo que en el contexto latinoamericano la literatura testimonial haya sido promovida por las luchas sociales y revolucionarias a partir de la década de 1950: gran cantidad de testimonios de excombatientes de Cuba, Venezuela, incluyendo el caso paradigmático del Che Guevara, con sus diarios. De hecho, dice el autor, el auge del

⁴¹ Se podría considerar que aquí se expresa el tipo de relación que Roseberry ha conceptualizado como *hegemonía*, entendiéndola no como consenso ideológico sino como regulación lingüística y discursiva. Sin embargo, opto por la noción de hábitos por implicar las expectativas y deseos interiorizados de los sujetos, producto de sus lugares sociales. No son solo espacios de representación, sino formas de percepción y categorización que inducen a la acción, pero que a la vez categorizar a quien las ejecuta: no son la historia representada sino la incorporada. Debo esta discusión a la cuidadosa lectura y los comentarios de Maite Yie.

testimonio y la forma que ha tomado tiene una estrecha relación con el desarrollo de lucha armada en todo el Tercer Mundo, pudiéndose encontrar una rica literatura testimonial palestina, vietnamita, angoleña, toda relacionada con sus conflictos armados (Beverley 1987). Colombia también ha hecho parte de ese movimiento testimonial vinculado con el surgimiento y consolidación de las guerrillas. Escritos desde diferentes enfoques, los testimonios e historia de vida de combatientes y excombatientes han servido tanto para justificar su proyecto, construir sus sujetos ideales o incluso condenarlos.⁴²

En el caso de los excombatientes desmovilizados durante los últimos años, el testimonio toma una forma y un uso institucionales promovidos por el Estado, en el marco de su estrategia de desmovilización. Aunque no es reproducida en los círculos literarios comerciales, salvo algunas contadas excepciones (p.ej. Molano 2009, Rueda 2009), si tiene una capacidad de reproducción mediática central para sus objetivos. El ejército emite dos millones de cuñas radiales al año (Callejas 2005), y graba –al calor de la desmovilización– relatos de excombatientes sobre su desertión, algunos en el tensionante contexto de los batallones donde se entregan. Estos relatos, así como los que componen los conversatorios, son llamados *testimonios*. Supe de ellos por Víctor quien me contó de ellos y de cómo él mismo había participado en una de esas cuñas.

—“Uno [en la guerrilla] escuchaba la emisora de la policía, y comenzaba a boliar toda esa buena música: vallenato, merengue... musiquita de ambiente, y muchas veces uno escucha a los mismos compañeros de uno que se habían ido: “que los invitamos, que tal...”. Yo tengo allá una cuña del día que me vine.

—¿El mismo día que se vino hizo una cuña allá? ¿Qué dice en la cuña? –le pregunté–

—No, eso yo casi no pude ni hablar, ¡yo hablé más mal en esa cuña! Un policía vino, y era de la emisora de la policía, el policía se sienta ahí y ¡hágale!, comience a grabar: —“Diga cómo fue el trato en el momento en que lo recibimos?” ¿Y qué me tocó decir? “invito a mis compañeros que están allá... –yo me dirigía a mi compañía de una vez– ...que están en

⁴² Vélez Rendón (2003) hace un panorama de esa literatura. Sin embargo, con ello no quiero reducir la literatura testimonial colombiana a su vínculo con las guerrillas; hay una extensa literatura testimonial de actores no armados y víctimas de la guerra, como la novela sobre la violencia de los años 50, que es una forma testimonial de denuncia.

la compañía tal que es una gran mentira que aquí a uno lo maltratan o que lo meten preso, a mí me recibieron bien, le dan buen trato a uno, no le colocan esposas y va uno para un proceso de reintegración, de reinserción entonces los esperamos aquí con los brazos abiertos, aquí está la policía para que se deserten”. Allá lo ponen a uno a hablar de un proceso de reinserción que uno ni sabe cómo es. El caso es que al otro día mis compañeros ya sabían “uy, allá está fulano, ya está en la base”.

Tales relatos circulan en cuñas o programas para atraer a otros guerrilleros del mismo frente, usualmente compañeros del mismo desertor. En otras ocasiones realizan entrevistas para programas como *Amigo guerrillero*, *Renacer* o *Héroes de guerra*, dirigidos a todos los frentes. De enero de 2008 a diciembre de 2010 el ejército ha publicado en su portal de Internet 116 historias de desmovilización,⁴³ siendo sólo una fracción de la totalidad de la campaña, que además cuenta con una red de 182 emisoras en todo el país, por las que circulan diariamente cientos de éstos mensajes (Callejas 2005). En todas ellas el lugar de los testimonios es central.

Estas entrevistas son dirigidas por periodistas u oficiales expertos en comunicación, dirigiendo sus preguntas y comentarios a reforzar específicamente las ideas que ya están en los volantes: las contradicciones entre la ideología de la guerrilla y el trato a sus combatientes, los castigos y las prohibiciones –sobre todo a las relaciones afectivas– así como las carencias materiales que vivían dentro de los grupos. Nuevamente, el tema de los vínculos familiares también es central en la entrevista, siempre preguntando al desmovilizado por las expectativas de ver a su familia o constituir una.

En el desarrollo de las entrevistas, muchas de las preguntas realizadas por los comunicadores del ejército sugieren las respuestas de los entrevistados, quienes llegan a adoptar las mismas imágenes que usan los primeros:

Locutor: “Hoy, como siempre, en nuestra mesa de trabajo nos acompaña un testimonio, un testimonio de vida de una persona que en algún momento equivocó su camino, ingresó a un

⁴³ Información disponible en <http://www.ejercito.mil.co/?idcategoria=200020> (Consultada el 17-12-2010).

grupo armado ilegal, pero que también en algún momento corrigió ese camino que llevaba y ahora se encuentra en el programa de desmovilización del gobierno nacional. Le damos la bienvenida a Joaquín. Joaquín, bienvenido.

Joaquín: Muchas gracias por encontrarme aquí con ustedes, compartiendo y dándonos a conocer en muchas cuestiones que de todas formas, de una u otra manera... sí, lo que usted decía es muy verdad, son caminos equivocados que uno coge cuando está joven y no conoce el engaño de la vida.⁴⁴

Los volantes y los programas radiales no son los únicos medios para reforzar tales mensajes. Lucio, otro excombatiente de las FARC, me contó como durante los hostigamientos los policías o militares les gritaban cosas como “guerrillero, ¡desmovilícese! ¡Su familia lo espera!”. Aunque a Lucio le parecía risible tal estrategia en medio del fuego cruzado –burlonamente decía que ellos respondían “yo no tengo familia ni dios, hijueputa!”–, sí evidencia cómo cada intercambio posible era marcado con la retórica de la desmovilización, proveyendo una y otra vez las imágenes que después se convertirían en las motivaciones para la deserción corroboradas por las narraciones de los desmovilizados. El momento de la entrega también estaba estratégicamente marcado por frases de los militares con los que tienen contacto, y que recuperan en muchos casos los entrevistadores para reforzar su poder, poniéndolas nuevamente en boca del desmovilizado:

Locutor: Al entregarse ¿cuál fue la primera frase que le dijeron?

Excombatiente: “Pelao, usted tomó la mejor decisión de haberse desmovilizado porque vuelve a la civil, volvió a nacer, mejor dicho.”⁴⁵

El análisis anterior nos permite identificar una serie de figuras alrededor de las cuales se agrupa la propuesta moral del discurso militar. Ello, porque aunque la actividad de contar y

⁴⁴ “Cuando me fugue de las Farc volví a nacer”. Testimonio de Joaquín, desmovilizado de las FARC, 28 de abril de 2008. En: Testimonios de fugados, portal del Ministerio de Defensa. Disponible en <http://www.ejercito.mil.co/?idcategoria=201806> (Consultado el 3-01-2011).

⁴⁵ “No se dejen convencer, no es vida estar en las FARC”. Testimonio de Luis, desmovilizado de las FARC, 12 de marzo de 2008. En: Testimonios de fugados, portal del Ministerio de Defensa. Disponible en <http://www.ejercito.mil.co/?idcategoria=200436> (Consultado el 20-12-2010).

seguir un relato consista en poner acontecimientos unos detrás de otros, también elaboramos con éstos “totalidades significativas” que le dan perspectiva, unidad, a los acontecimientos sucesivos, a lo que Ricoeur ha llamado *dimensión configurativa* (1999: 197). ¿Qué elementos permiten esa dimensión configurativa en el caso que abordamos? Hemos visto hasta el momento que los ‘beneficios’, la ‘libertad’ y la ‘familia patriarcal’. Tales temas han pasado a guiar la promoción de las desmovilizaciones y han pasado a ser parte de los discursos tanto para la opinión pública de los mismos desmovilizados, generando una relación circular entre éstas y los relatos de desmovilización que presentan diversas instituciones del Estado.

Estas figuras vienen acompañadas de la repetición puntillosa de otras frases, que aparecen ordenando las narraciones, agrupando sus elementos y atribuyéndoles un significado, o son desesperadamente buscadas por los entrevistadores en el relato de los excombatientes. Tales repeticiones se pasan a ser otras dos imágenes que tienen también una función configurativa en el discurso militar sobre la desmovilización, y que establecen una temporalidad moral: los *años perdidos* en el grupo armado y el *renacimiento* tras la desmovilización. Si en la cita anterior vemos como el momento de la entrega aparece marcado con la primera, aquí veremos como en la entrevista se construye la otra:

Locutor: ¿cuáles son sus aspiraciones?

Excombatiente: estudiar y salir adelante, y pues pensar muchas cosas y no volver a hacer lo que hice todo ese tiempo, porque la experiencia que tuve ya fue muy grande, estudiar y salir adelante, ser alguien en la vida.

Locutor: Eso quiere decir que el tiempo, esos dos años y medio que pasó allá, fue un tiempo... ¿qué?

Excombatiente: “pues... perdido, perdido porque perdí unos años allá para nada, para volver a cero, fueron perdidos y arriesgando mi vida.”⁴⁶

⁴⁶ Ibid.

La dimensión configurativa del relato “convierte la serie de acontecimientos en una totalidad significativa que depende del hecho de “considerar conjuntamente” (Ricoeur 1999: 197-198). Ricoeur ve dicha totalidad –aprehendida por el relator y su audiencia– expresándose en figuras como la parábola, el proverbio, el aforismo o la moraleja, que condensa el carácter moral de las fábulas. En nuestro caso, las interacciones entre combatientes que se entregan y los militares están marcadas por la repetición de fórmulas narrativas puestas en el lugar de la moraleja, de la síntesis moral de la desmovilización: “usted volvió a nacer”, “esos años fueron perdidos”.

Si bien el combatiente se desmoviliza, su relato parece ser *capturado* por la inteligencia militar a través de una insistente valoración de lo sucedido que marca los momentos centrales de la confrontación y la entrega: moraleja a priori de la historia que será contada, en adelante, dentro de esa matriz interpretativa que imprime el orden moral a lo contado por el desmovilizado.

El conjunto de relatos analizados configura entonces una *narrativa*, una estructura de acontecimientos, temas y tramas, organizados en un orden moral que le da sentido a la producción de nuevas narraciones al interior de esa estructura (Prince 1987, Ricoeur 1999). Su continuación a lo largo del proceso de reintegración de los excombatientes es el acucioso uso que la ACR ha hecho de sus relatos materia prima de sus programas de radio, televisión, crónicas y cientos de comunicados de prensa anuales.⁴⁷ Sus historias usan estrategias similares a las del ejército, como preguntas que dirigen la respuesta e introducciones a los testimonios que predefinen la valoración de lo que se va a narrar. Preguntas como ¿usted cree que perdió su infancia? ¿Cómo le cambió la vida desde el momento en que entró al proceso de reintegración? hacen parte recurrente de la estructura de las entrevistas.⁴⁸ Intervenidos por una política de DDR que les financia su sostenimiento y en un medio de comunicación de la institución encargada de hacerlo, no encontré excombatiente que respondiera cosa contraria a lo que la pregunta implicaba.

⁴⁷ La ACR posicionó tan sólo en el 2009 más de trescientas noticias en diferentes medios escritos.

⁴⁸ Las preguntas citadas aparecen en diferentes relatos emitidos en las *microhistorias*, espacio radial de la ACR.

Otro de los frentes narrativos de la ACR son las tituladas ‘historias exitosas’, que otra vez recurren a la imagen de los años perdidos en el monte y al renacer, la nueva oportunidad de vida que esta vez se resume en el éxito de los proyectos productivos. Ello, a través de una figura retórica que funde en una sola imagen sus productos comerciales con sus vidas y sus cuerpos. De Aurora, excombatiente de las FARC dedicada ahora a un taller de confección, dicen que “en los últimos tres años, de la mano del Gobierno Nacional, doña Aurora ha podido reconstruir el hilo de su vida...”, que “Álvaro Pérez confecciona una nueva vida en la legalidad” con su sastrería propia, después de haber sido por muchos años sastre de las FARC, o que “Carmelo Piña descongeló su vida” al reabrir un negocio de pasabocas congelados, una vez el bloque paramilitar al que pertenecía se desmovilizó.⁴⁹

Testimonio y parábola

Los ‘testimonios’ de deserciones y de las vidas de excombatientes pretendían promover, mediante una agresiva campaña en los medios, una opinión pública favorable a la política de desmovilización, y en el marco de la propaganda del ejército, la desmovilización de combatientes de las guerrillas. En su conjunto, dichos testimonios fueron centrales para posicionar la política de desmovilización y reintegración como uno de los ejes principales de la seguridad democrática, seleccionando ciertos elementos específicos de las experiencias de los combatientes que se desmovilizaban para constituir una imagen de su ‘transformación’ durante el proceso de reintegración. Pero ¿por qué precisamente relatos de vida? Una sugerente respuesta la dio un locutor de la emisora del ejército:

Ya vamos metiéndonos en el desarrollo de estas historias que son historias que realmente conmueven al país, primero por lo que ellos vivieron, y segundo por la decisión que ellos

⁴⁹ Hacen parte de algunas de las “historias exitosas” publicadas por la ACR en su portal de Internet. Los textos completos están disponibles en <http://www.reintegracion.gov.co/Es/prensa/cronicas/Paginas/cronicas.aspx> (Consultado el 17-12-2010).

tomaron, que cambiaron de vida por su propia decisión, y hoy en día nos dan toda la alegría a todos los colombianos porque dejan las armas y están con sus familias.⁵⁰

Pese a los evidentes recursos y condicionamientos para construir los relatos, al ser invocados como ‘testimonios’ son presentados como narraciones transparentes del pasado, reflejos verbales de lo vivido, y de lo vivido en primera persona. Tal apelación predispone tanto al narrador como al escucha: la disposición a contar la ‘verdad’, así como la disposición a tomarlo como verdadero. Tales consensos hacen del testigo un narrador, del escucha un testigo (Rejas Martín 2009), y permiten que entre los dos se instaure una relación de credibilidad. Más allá, ésta es condición misma para crear un efecto de ‘verdad’. La naturaleza del relato autobiográfico, en la que hay una coincidencia entre el héroe, el narrador y el autor, provoca una ilusión de referencialidad que constituye parte del poder del género en representar como veraz lo verosímil (Beverley 1987, Bruner [1999] 2006). Tal coincidencia sumada a la aparente transparencia de su construcción es lo que asegura su eficacia y permite los procesos de identificación entre quien escucha y quien narra. Esos procesos los analizaré en el siguiente capítulo, que dedico a la puesta en marcha de los relatos en el contexto de los conversatorios.

Las narrativas de la desmovilización no sólo cumplen la función de testimoniar algo que pasó sino de algo que vivió quien lo cuenta y de la transformación que operó en él. Pero puede ir más allá al combinar el poder referencial con un encadenamiento moral de los ‘hechos’. Al hacerlo, el testimonio también invita a seguir el ejemplo, es ejemplificante:

Les damos la bienvenida a *Renacer*, este programa que pretende guiar el camino de aquellas personas que se encuentran en este momento en los grupos armados ilegales. ¿Y cómo guiamos este camino? Simplemente con el testimonio de alguna persona que en algún momento perteneció a algún grupo armado ilegal pero que ya se encuentra en el programa de desmovilización del gobierno nacional, disfrutando de todos los beneficios que este programa ofrece: beneficios educativos, beneficios laborales, también beneficios de

⁵⁰ Programa del 13 de marzo de 2008. Disponible en <http://www.ejercito.mil.co/?idcategoria=200439> (Consultado el 8-01-2011).

recomposición social, y por supuesto el mayor beneficio: la reunión nuevamente con sus familiares y amigos que algún día dejaron por irse a un grupo armado ilegal.⁵¹

El lugar del testimonio en la política desmovilización establece permanentes vínculos con el discurso cristiano y su moral: ‘Renacer’, ‘guiar el camino’, y de nuevo ‘beneficios’ y ‘familia’. En el mismo sentido, el testimonio en la religión católica está presente como ‘evidencia’ de transformación de vida, y es considerado por la teología cristiana contemporánea como un signo de la revelación, y en tanto testimonio de lo vivido por un testigo, el fundamento de la credibilidad en tal revelación; es decir, es una narración de una *ruptura* entre la ignorancia y el conocimiento de dios y, por tanto, el fundamento de la *evangelización* (Pié i Ninot 1996: 366-ss).

Si vemos estos elementos a la luz de los años perdidos y del volver a nacer, me remiten a la parábola bíblica del hijo pródigo. Ello, tanto en su contenido como en su forma, dado que el relato de un trayecto de vida se convierte en figura de una moral, la cristiana, y de un poder, el del padre y su institución. El hijo menor que se aleja de su padre –patriarca, con riquezas, hijos y criados a su servicio– tras demandarle su parte de la herencia para sumirse en el error, el pecado, y quien regresa con las manos vacías pidiéndole no ser más que uno de sus sirvientes. Sin embargo el padre ordena: “Sacad de inmediato el mejor vestido y vestidle, y poned un anillo en su mano y calzado en sus pies. Traed el ternero engordado y matadlo. Comamos y regocijémonos, porque este mi hijo estaba muerto y ha vuelto a vivir; estaba perdido y ha sido hallado.”. Al reconocerlo como hijo, en lugar de reprenderlo o negarlo, ante todo se reconoce a sí mismo como *padre* y reinstaura el orden del patriarca, quien provee los bienes y regula las relaciones al interior del grupo doméstico. No se trata, pues, de que el contenido de la parábola sea que el desmovilizado es un hijo perdido que regresa, sino que su ‘regreso’ reinstaura la relación patriarcal entre el Estado y éste, así como entre él y sus inmediatos.

⁵¹ Programa del 1 de junio de 2008. Disponible en <http://www.ejercito.mil.co/?idcategoria=202254> (Consultado el 3-01-2011).

La narrativa de la desmovilización, así decodificada, nos muestra como los relatos de desmovilizados y desmovilizadas, aunque aparezcan ante nosotros como *testimonios* – testimonios de lo que sucedió–, cumplen la función de *parábolas* en las que, más allá de su condición ficcional, lo importante es que sean verdaderas en el orden moral que las constituye. Con sorpresa, encontré representada una suerte de parábola del hijo pródigo en la reseña de una entrevista del ejército a un padre de un recién desmovilizado.

Don Rosendo, un padre de familia con 63 años de edad, cuenta cómo sufrió y se desvelo durante siete años, tiempo en el que su hijo menor estuvo en las Farc. Recuerda que un domingo Alonso le pidió que le regalara 50 mil pesos para devolverse a la casa y hasta ahí supo de él (...). Así pasaron ocho años, hasta hace dos meses que recibió una llamada de su hijo diciéndole que se había fugado de las Farc y se había entregado al Ejército, que le estaba hablando de la emisora en la base militar y que lo querían entrevistar. Fue la sorpresa más grande en mucho tiempo, además porque pensaba que tal vez ya estaría muerto o muy enfermo. Don Rosendo afirma que no solo su hijo volvió a la vida con escaparse de las Farc, si no que él también, pues él también volverá a dormir tranquilo.⁵²

El Programa de Atención Complementaria al Proceso de Reintegración de Bogotá: una política pública contestataria de la memoria

Las figuras del camino errado y del regreso a la vida de la narrativa militar de la reintegración implican el rechazo del pasado y la renuncia a aquello que lo justificó: Mirar hacia atrás es ver solo errores, engaños y fracasos, configurándose una narrativa que execra el pasado y celebra el presente de la desmovilización, una narrativa que se posiciona en el orden de los valores. El programa de atención de Bogotá se oponía a ese tipo de discurso, haciendo énfasis en una narrativa en el orden de la explicación, apelando a los contextos y

⁵² “Mi hijo volvió a su casa”. Historia de Rosendo, padre de un desmovilizado de las FARC, 13 de marzo de 2008. Disponible en <http://www.ejercito.mil.co/?idcategoria=200441> (Consultado el 6-01-2011).

condicionamientos de los excombatientes para haber entrado a los grupos, posición tampoco exenta de complejidad.

Como en el caso de las narrativas capturadas del ejército, la iniciativa de narrarse no partía de Fabio, Enrique y Sandra. Habían sido convocados por el PACPR en calidad de ‘desmovilizados’ para contar sus ‘historias de vida’ con el fin de adelantar procesos sociales de ‘pedagogía de la reconciliación’ en Bogotá, debido a que tenían un proceso adelantado de ‘reintegración’. Ello, por un pago que era casi el doble de la mensualidad que reciben del gobierno. Hasta el momento, el construir los relatos había sido un ejercicio cálido e intenso, y no habíamos estado expuestos a ningún escucha. Pero fue hasta el conversatorio de evaluación frente a los funcionarios del PACPR, que se hizo evidente el poder institucional que pretendía darle forma al lugar social de los desmovilizados a través de sus narraciones. En éste, las agudas demandas a ellos y a sus historias de vida se hicieron evidentes.

En este apartado me centraré analizar lo sucedido en ese primer conversatorio, cuyo fin era poner a prueba al grupo de excombatientes, y a mí como su acompañante, frente a los funcionarios del Programa de Atención. En primera instancia, se pensaba que ese fuera un conversatorio de ‘fogueo’, pues ninguno de nosotros habíamos trabajado en esto antes. Sin embargo, los comentarios y recomendaciones hechos por nuestros escuchas revelaron la forma en que consideraban debía abordarse los relatos y la memoria de los excombatientes.

La memoria de los desmovilizados como una valiosa –y nociva– materia prima

El equipo del PACPR para esa época estaba conformado en buena medida por excombatientes de diferentes procesos de desmovilización. Su director provenía de las desmovilizaciones del M-19 de la década de los 90, así como Ana, la encargada de al área de empleabilidad y uno de los gestores locales, los cuales trabajan en las localidades de Bogotá adelantando procesos de apoyo a desmovilizados y a sus comunidades de acogida.

Guillermo, desmovilizado del ELN, Nohora, proveniente del EPL y Javier, exparamilitar. Carmen, Sergio y Héctor, antropólogos, y algunos otros funcionarios con experiencia en excombatientes u otras poblaciones ‘vulnerables’. Éramos nuevos, de modo que no había mucha cercanía con ellos, lo cual aumentaba nuestro nerviosismo, aunque contábamos con que la condición de excombatientes de la mayoría de ellos permitiera narraciones más abiertas. Cuidadosamente vestidos, Sandra, Fabio y Enrique esperaban su momento para contar las historias de vida. A un extremo del salón estaban ubicadas cuatro sillas, las nuestras, y al otro se sentaron los funcionarios. No había nadie más en la sala.

Después de una breve presentación de mi parte, Sandra inició su relato poniendo nuevamente como causa de su ingreso la violencia intrafamiliar, y relató la forma en que conoció el grupo, ingresó y fue ascendiendo dentro de éste, dando más detalles de sus funciones, tanto en el combate como en inteligencia. Iba ganando seguridad su relato con cada momento que pasaba, y aunque no penetró en los detalles que había expuesto durante nuestras reuniones previas, marcaba con mayor seguridad los momentos centrales: poco describió el maltrato recibido en su familia, y tampoco profundizó en su embarazo dentro del grupo, pero le dio más énfasis a que la desmovilización se unió a un anhelo de “volver a la civil”, principalmente por su hijo, que había dejado al cuidado de una prima a los seis meses, así como por volver a ver a su padre. Se mostró dispuesta a aceptar las responsabilidades por lo que había hecho y deseaba aportar a la reconciliación, en lo que una de sus metas era llegar a participar en un encuentro con víctimas, aunque aún no se sentía preparada.

Fabio comenzó por hablar de la pertenencia de su padre a las FARC, de cómo la ausencia de un padre en la vida cotidiana de los hijos facilitó que hubieran participado de la ilegalidad. Enfatizó en que su buen desempeño lo llevó a ser encargado de la formación de los reclutas en varias escuelas de entrenamiento, donde, según él, “el trabajo fue excelente”. Contó también que se desmovilizó después de que lo capturaron recogiendo dinero y una carga de droga, y que el fiscal le permitió ingresar al programa a cambio del dinero que llevaba. El reencuentro con su padre, las contradicciones entre ambos, el intento por reconstruir su relación y la posibilidad de hacer una familia fue lo que le permitió la

desmovilización y lo que agradecía. De hecho, habló muy bien del programa, de sus ventajas económicas y en educación, esperando que desde esas oportunidades pudiera aportar a las comunidades.

Para ese momento quienes nos escuchaban se veían incómodos, algunos tomaban notas y otros no ocultaban sus caras de desaprobación. Yo, por una parte consideraba que era necesario mostrar la vida dentro de los grupos armados, incluso si ello implicaba que no se mostraran como víctimas, que contaran sus funciones dentro de las organizaciones como experiencias vividas, y que hablaran de lo que valoraban de esos días. Por otro, me debatía en medio del conversatorio en sí la forma en que lo estaban haciendo no era demasiado explícita, acaso presionado por el creciente rechazo que percibía en el auditorio.

Enrique, de voz fuerte y segura, inició su relato. “Buenas tardes, soy excombatiente de la guerrilla de las FARC, mi expresión de la historia de vida yo la he enmarcado en un antes, un durante y un después de haber pertenecido a la guerrilla. Yo provengo de una familia de un estrato medio alto de la sociedad colombiana. Desde muy pequeño a mí se me inculcó en mi familia que mi papá se había ido de la casa desde los ocho años y que él solo había logrado ser una persona importante dentro de la sociedad, mi papá fue gerente de un banco a nivel departamental. Y entonces yo desde muy pequeño me pegué a la idea de que si mi papá fue capaz de hacer eso yo también tenía que ser capaz de hacer lo mismo, o de superar lo que hizo mi papá. Así fue que a los 16 años yo terminé el bachillerato y me fui a pagar servicio. Y antes de irme a pagar servicio fue la primera cosa que pasó con mi papá, que me dijo que yo me tenía que ir a pagar servicio y que no me iba a pagar la libreta, como sucedió con un hermano mayor que yo tenía. Y yo le dije que no, que yo iba a pagar servicio, que no era si me tocaba, que yo me iba a pagar servicio. Y comenzó mi etapa de rebeldía, yo me fui regalado a pagar servicio, y el día que me fui a pagar servicio yo le dije a mi papá que yo no iba a volver a la casa, que de ahí para adelante yo iba a hacer la construcción de mi vida solo”.

“Mi familia vivía en el mismo Ibagué y yo preferí irme a donde nadie me conociera, pero no darle el gusto a mi papá que me viera que yo estaba mal, entonces como no conseguí

trabajo en Ibagué decidí venirme para Bogotá. Estando en Bogotá, conseguí un empleo con una cooperativa en un albergue donde iban de paso las personas en proceso de desmovilización. Ahí tuve contacto por primera vez con población desmovilizada, con excombatientes, y en el transcurso de ese trabajo, duré tres meses trabajando, no conocía Bogotá. Yo llegué y comencé a trabajar en el albergue de desmovilizados y prácticamente yo no salía del albergue, yo vivía dentro del albergue, entonces yo no conocía Bogotá. Cuando sucedieron los hechos de la época en que los albergues estaban en el sector de Teusaquillo, en Bogotá, que hubo una bomba, y el señor presidente tomó la decisión de acabar los albergues, yo me quedé sin trabajo”.

“Así fue que yo duré cerca de cuatro meses sin conseguir empleo, a mí nadie me conocía en Bogotá, y yo había conocido dentro del albergue personas que estaban activas dentro de la guerrilla. Llevaba ocho días sin probar alimento cuando me encontré una persona que conocía, que sabía que estaba dentro de las FARC, y me propuso irme a trabajar dentro de la guerrilla. Entonces yo no lo pensé dos veces en ese momento, yo tomé la opción por solucionar un problema que tenía en el momento. Fuera de eso, la persona que me llevó a las FARC, me dijo que yo podía tener muchas oportunidades porque yo había estudiado ocho semestres de derecho, entonces que podía tener un poco más de facilidad para escalar dentro de la jerarquía de las FARC. Así fue que, por decir algo, hoy me propusieron y al otro día me recogieron y yo me fui a hacer el entrenamiento que hace toda persona dentro de la guerrilla. Estuve en el monte, hice la instrucción militar normal, pero realmente tuve la gran ventaja porque las personas que están dentro de la guerrilla, en un setenta por ciento, si no es más, son personas que tienen un nivel académico demasiado bajo. Entonces la persona que tiene un nivel académico superior tiene las posibilidades de tener algo mejor dentro de la guerrilla. Así fue como a los tres meses a mí me ascendieron dentro de la organización, y yo pasé a ser algo así como un jefe financiero dentro de la estructura a la que yo pertenecía. Entonces ya no era el guerrillero común sino que ya no tenía que ir a cocinar, prestar guardia, sino que ya yo tenía una especie de mando”.

“Ahí fue cuando la guerrilla exige niveles de compromiso con la causa. Si bien es cierto que yo en ningún momento me fui por compatibilidad ideológica, sí tenía que demostrar un

nivel de compromiso con la organización. Entonces me pidieron venir, desplazarme hacia Bogotá, y por mi nivel educativo en cuestiones de derecho comencé a ser abogado de los milicianos en Bogotá. Yo los sacaba de las diferentes cárceles cuando podía hacer algo, no tenía que ir a juicio sino que se podía arreglar de otra manera, con una consignación o algo. Los sacaba de las inspecciones de policía y todo eso. Entonces para mí al principio no fue tan complicado hacer trabajos para la guerrilla porque igual eso era lo que yo había estudiado, entonces no vi incompatibilidad hasta ese momento. Cuando va avanzando el tiempo entonces van habiendo más exigencias hacia compromiso hacia la organización, entonces me pidieron hacer cosas como labores de inteligencia y cosas así por el estilo, y a pedirme cosas que iban en contra de mi ideología propia. Entonces fue cuando yo comencé a tener problemas con la organización, hasta que llegó el punto en que yo no aguanté más porque me estaban pidiendo hacer actos que iban en contra de la población civil y que iban a resultar personas completamente inocentes involucradas, muertas o lesionadas por cosas que me estaban pidiendo”.

“Entonces ese fue el momento en que tomé la decisión de entregarme, de dejar las armas. Yo tuve la oportunidad de estar infiltrado entre las altas esferas de organizaciones gubernamentales y políticas del país. Entonces para mí fue más fácil tomar la decisión de entregarme e ingresar al programa de desmovilización de la Presidencia de la República. En la actualidad estoy estudiando en la universidad nuevamente. Estoy cursando periodismo, comunicación social y relaciones públicas. Tengo un proyecto de vida estable, tuve la oportunidad de volverme a encontrar con mi familia y reconciliarme con mi familia, pero la reconciliación no ha sido completa porque yo no he estado en la capacidad emocional de contarle a mi familia que yo pertencí a un grupo armado ilegal. En este momento mi familia no sabe que yo pertencí a un grupo armado ilegal”.⁵³

Las preguntas y comentarios debían seguir inmediatamente después, como serían en adelante los conversatorios, pero el silencio se iba prolongando. Sólo después de un tiempo una funcionaria del área administrativa les preguntó —¿Qué fue lo más duro del paso por

⁵³ Del conversatorio de septiembre 16 de 2008.

los grupos armados? ¿Cómo perciben que van superando las dificultades del proceso de reintegración? Y ¿cómo aportar a las víctimas desde el Estado? —“Lo más duro fue cumplir ciertas órdenes, como *ultimar* a ciertas personas por colaboradores, sin haber corroborado, y en general, tener que cumplir las órdenes a toda costa...” —respondió Sandra— “...siento que perdí mi juventud, mi vida en el conflicto. Como proyecto de vida quiero realizarme como mujer y madre, y superar dificultades que tengo como cambiar mi forma militar de hablar, que todavía se me sale mucho”. Enrique prefirió concentrarse en la última pregunta para decir que “es muy difícil aplicar los principios de verdad, justicia y reparación. La ‘verdad’, sólo hasta cierto punto, mientras no profundice las heridas, la ‘reparación’ es casi imposible porque la plata no repara, y la ‘reconciliación’ debe tener en cuenta a las víctimas, los excombatientes y las comunidades”.

Estas respuestas hicieron que las preguntas y comentarios se desbocaran ¿Como hacer el testimonio pertinente, que prevenga el reclutamiento en vez de estimularlo? —preguntó un funcionario no excombatiente—. El director del programa, señaló al respecto que “hay mucha seguridad en lo que se dice, que eso no se convierta en altisonancia. Esa seguridad se puede tornar ofensiva, la reflexión debe ser social pues hay que decirles a las personas que participen en los conversatorios que lo que pasó no se puede repetir, los conversatorios no pueden mostrar dudas frente a volver a los grupos armados...”. —Escuchar sus testimonios me dio rabia, porque me sentí como víctima, aunque fui combatiente... —dijo Ana.

—Se debe tratar con tacto la identificación entre excombatientes y jóvenes —continuó otro de los directivos del PACPR, cuya intervención determinó el contenido de las siguientes— no es suficiente mostrar que se pasó por los grupos armados y ahora están acá. Es necesario problematizar el contexto porque desde la perspectiva individual, que fue exitosa, no se puede prevenir el reclutamiento, hay que ponerle un trasfondo de país, desde las privaciones sociales, que son el motivo de muchos para ingresar. —Hay que entender las lógicas de por qué se cometen ciertas atrocidades en la guerra... —demandaba Héctor— ...estos conversatorios deben ayudar a entender por qué el conflicto se da en Colombia y por qué se da como se da.

Ante lo que ahora me parecen pretensiones maximalistas del relato y la memoria, anoté nerviosamente en mi libreta “siento que no ha sido suficiente todo lo que hemos hablado en las reuniones”, y lo encerré en grandes corchetes cuadrados para asegurarme de verlo después. La desaprobación de lo que consideraba poner en escena lo que era la participación en un grupo armado, con sus complejidades y contradicciones, me hacía perder la confianza en la libertad en la que los había dejado para narrar sus historias. Fabio, Enrique y Sandra se escurrían en sus sillas.

El dilema institucional de los capitales y afectos cultivados en el conflicto

Más allá de lo incómodo que era el momento, la discusión alrededor de las narraciones de Sandra, Enrique y Fabio hacen evidente las ambigüedades del lugar social de los desmovilizados y de los funcionarios del Programa. Muestran que, más allá de escoger a excombatientes que objetaran las categorías sociales convencionales del conflicto armado, y sus figuras una y otra vez repetidas en la narrativa del ejército, los funcionarios del convenio interinstitucional habíamos seleccionado a tres excombatientes que ingresaron voluntariamente y sin engaños a sus grupos armados ilegales, que fueron eficientes y ascendieron, ganando recompensas que marcaban sus emociones, que consiguieron algún tipo de mando dentro de las organizaciones y a quienes les fueron encomendadas labores de inteligencia. Los tres, aunque mostraban una relación de ruptura con su pasado, dejaban ver sus afectos hacia éste y veían su presente como un cambio a circunstancias diferentes que también encontraba sentido por las posibilidades inmediatas que les brindaban. Habían sido combatientes competentes y sus propios capitales, muchos de ellos cultivados en medio del conflicto, fue lo que precisamente los hizo elegibles, los cuales ahora les objetaban.

No se trataba de actitudes mezquinas. Creo que los funcionarios del PACPR se enfrentaban, sobre todo aquellos que no pertenecieron a grupos armados y quienes fueron más activos en sus críticas, a los dilemas producidos por la política de reintegración y los procesos de

justicia transicional en general. Como señalé, éstos aplican procedimientos jurídicos alternativos y el reconocimiento de beneficios a los perpetradores para permitir que las víctimas accedan a los derechos a la verdad, la justicia, la reparación y la no repetición, lo cual deja en vilo, tanto la aplicación de la justicia ordinaria como de la verdad histórica. De modo que uno de sus dilemas estaba en demandar de las narrativas de los desmovilizados un sentido por fuera de tales contradicciones: verosímil y coherente con las nociones institucionales de “lo social”, que explicaran por qué entraron a los grupos armados y por qué quienes los escucharan no deberían entrar a los mismos, sin reproducir la sonada sentencia de que el crimen sí paga. El otro dilema consistía en luchaban contra la imposición de la historia del ‘perpetrador’, dándole la voz a sus sujetos de intervención – excombatientes–, ubicados en el complejo lugar de perpetradores específicos.

La evaluación de sus narraciones se desenvolvía como la imposición de un tipo de vínculo con el pasado, de las convenciones que dieran forma a la “matriz de sentido” que organizara la colección de *ciertos* hechos y le imprimiera el carácter moral de lo vivido, en palabras de Bruner, y que superara tales dilemas. Decantando las afirmaciones de ese día, tal matriz consistía en excluir cualquier representación dignificada de la participación del narrador en su pasado, incluyendo, anular la memoria conmemorativa, aparentemente característica del vencedor en la historia, acaso porque “lo que hace sospechosa la conmemoración reverente es su afinidad con la historia de los vencedores” (Ricoeur 1996: 910). Así mismo, ocultar las transacciones interesadas de los desmovilizados con los grupos armados y con el programa de reintegración, así como el goce que les supuso vivir dentro de aquellos. Postulaba un sujeto desmovilizado completamente *condicionado* por “lo social”, en el que lo individual parecía ser leído como la expresión de intereses y valores egoístas que distorsionaban el entendimiento. Y en tal orden, lo social consistía ante todo en las desigualdades sociales, en “las privaciones” y el “contexto de país” que *explicaba* el ingreso de muchos jóvenes a los grupos armados ilegales. A su manera, desde la propuesta del PACPR, la complejización de la frontera entre víctima y victimario de la que me había hablado Carmen debía expresarse, en el caso de los conversatorios, en mostrar la cara oculta del victimario, su condición de víctima, no sólo de los actos violentos sino de

condiciones estructurales que lo mostraban dentro de una situación que los superaba. Esto implicaba, en cierta medida, negar su agencia.

Tal enfoque implicaba una delicada selección de los hechos y del modo de conectarlos. Acaso por ello Ana nos invitó a reflexionar sobre qué del pasado debía recuperarse y a pensar en “qué se honra”; y otra gestora señaló que el testimonio era “un proceso de construcción de la memoria con el que hay que tener mucho cuidado”, por lo que se debían privilegiar las causas estructurales del conflicto colombiano. La memoria de Sandra, Enrique y Fabio parecía un recurso, una materia prima de naturaleza nociva que debía ser cuidadosamente seleccionada, manipulada y depurada, hasta extraer aquello que sirviera para la alquimia del tiempo que proponía el concepto de reconciliación.

El perfil académico del PACPR y los trayectos de vida de muchos de ellos dentro de grupos armados, se concretaba en una forma específica de saber que se oponía a la visión militar de la reintegración. Una forma de *explicar* el conflicto, que, no dudando de sus buenas intenciones ni de su compromiso con la superación del mismo, procuraba imponerse sobre los procesos narrativos de los excombatientes seleccionados, de forma no exenta de violencia. De hecho, “los testimonios de vida de los jóvenes en proceso de reintegración” (Acosta y otros 2007: 54) recogidos a través de entrevistas, ya habían sido usados por otro equipo del PACPR en el marco de los ‘estudio de caso’, para analizar las experiencias de jóvenes excombatientes en Bogotá. Ese informe establecía que “la mayor fortaleza de la metodología de estudio de caso es que mide y registra la conducta y apreciaciones que el sujeto joven tiene en particular sobre el fenómeno estudiado. También posibilita un análisis detallado de las relaciones entre el entorno y la realidad de los jóvenes y permite indagar sobre las relaciones predominantes entre las variables analizadas”. (Acosta y otros 2007: 55). Ya había, pues, un enfoque estructural de los relatos en su forma y positivo en sus contenidos. Más allá de las propositivas intenciones del equipo del PACPR, una forma de saber se estaba apoderando de la discusión, lo que devino en la franca desconfianza acerca de lo contado.

Efectivamente, la narración de Enrique parecía ser la que más chocaba con los criterios morales y epistémicos demandados por la institucionalidad. Varios funcionarios objetaron que su historia parecía “oportunista” sugiriendo que se había aprovechado de la guerrilla y ahora lo estaba haciendo del programa. —¿Ello implicaría que en caso de ser necesario se aprovecharía de un reingreso? ¿Con ello no se pierde el horizonte ideológico de las organizaciones armadas? —le preguntaba un gestor exguerrillero—. Enrique respondió que reconocía que se había aprovechado de las circunstancias en las FARC y ahora quería aprovechar el programa de DDR para construir mejores condiciones de vida. “El testimonio de Enrique puede ser muy polémico —dijeron— es necesario hacer una elaboración de él, de sus decisiones de ingresar al conflicto, complejizarlo. ¿Cómo se plantean las personas que ingresan a la guerra la construcción de país? ¿Cómo se toma esa decisión que también es política? Tal vez hay que enfocarlo en cómo la frustración de no haber podido ser parte de un proyecto de nación influyó su decisión de ingresar al conflicto”. La oposición excluyente entre lo individual y lo social hacía que el interés individual fuera rechazado, no podía ser *causa*, por lo menos visible, del involucramiento en el conflicto armado.

A estas objeciones se le sumaron las dudas acerca de la versión de Enrique, argumentando que no coincidían los acontecimientos con los que construía su narración con la temporalidad en la que lo enmarcaba. Enrique vaciló al responder. A partir de ese momento fue señalado en los corrillos del Programa como “cañero”, falso desmovilizado e incluso como infiltrado.

Pero ¿quién les quita lo bailao?

Las figuras del camino errado y del regreso a la vida de la narrativa militar de la reintegración implican el rechazo del pasado y la renuncia a aquello que lo justificó: desde ese lugar, mirar hacia atrás es ver solo errores, engaños y fracasos, configurándose una narrativa que execra el pasado y celebra el presente de la desmovilización, una narrativa que se posiciona en el orden de los valores. La propuesta de la PACPR se procuraba distanciar de ello para producir, a través de los relatos, una explicación del pasado, instalándose en el orden de la justificación, y rechazando cierta celebración del pasado implícita en las actitudes de Sandra, Enrique y Fabio. Aunque ambas propuestas tenían de la otra en su haber, es notoria su oposición, que puede haberse debido a la preeminencia de la narrativa de la política oficial de DDR, a la cual el programa distrital pretendía objetar, como la ha objetado en otros ámbitos (Programa de Atención... 2010). Yo definiría esta postura contrastante al interior del mismo Estado como una política pública contestataria, que se construía en ese contraste con la oficialidad de nivel nacional.

Por ello, la oposición en la que se construyeron las narrativas del ejército y del PACPR está necesariamente cruzada por un marco político, que las puso a un lado y otro del proyecto gubernamental de seguridad democrática. Por un lado, mientras el ejército hacía énfasis en los motivos de la desertión, el PACPR lo hacía sobre los de la vinculación a los grupos; el ejército instauraba un orden valorativo que pretendía dar sentido a la reintegración, el PACPR un orden explicativo que pretendía darle sentido a la militancia; el ejército invocaba lo individual a través del modelo religioso del testimonio, mientras el PACPR invocaba lo social a través del modelo científico del relato. El ejército y la ACR buscaban proyectar un sujeto inserto en lo productivo y patriarcal en su proceso de reintegración, mientras el PACPR un sujeto politizado. La CNRR una reconciliación sobre lo convergente, el PACPR una sobre lo diverso. En últimas, el discurso gubernamental pretendía mostrar la estructura injusta de las FARC, el PACPR lo pretendía hacer con la de la sociedad en su conjunto.

Una execrando el pasado y la otra explicándolo, una que muestra a un individuo engañado por los grupos que ahora se reconstituye en la productividad y la familia, otra que muestra a un sujeto condicionado por lo social que ingresa a éstos como opción, pero ambas incapaces de tramitar con los beneficios, vínculos emocionales y fascinaciones de los excombatientes en su paso por los grupos armados.⁵⁴

Pero pese a todas las diferencias entre las posturas del gobierno nacional y del local, comparten procedimientos de construcción de los relatos y marcos morales: La selección de ciertos atributos en detrimento de otros, el ordenamiento de los relatos en una temporalidad moral. Por otra parte, en ambos casos hay un desplazamiento de las responsabilidades de los desmovilizados, en uno, mostrándolos como personas ‘engañadas’, ‘obligadas’, ‘presas’ de la organización armada; en otro, condicionadas por entornos sociales deprimidos. En ambos, las particularidades de la experiencia del combatiente y sobre todo sus capitales para la guerra son enunciados para legitimar la política de reintegración que los interviene, pero quedan relegados como un elemento nocivo para el tipo de ‘desmovilizado’ que se pretende enunciar.

Además, ambas narrativas resultan ocultando las complejas transacciones económicas que implica la política de desmovilización: el ejército anulaba de las narraciones los ofrecimientos económicos que mediaban la desmovilización, y el PACPR, consideraba que los intereses individuales eran nocivos para la explicación, y un mal ejemplo para los jóvenes.

Pero más allá de los capitales y las transacciones, hay algo que los dos discursos se esmeran ocultar: el poderoso vínculo emocional de las y los desmovilizados con sus experiencias en la guerra. Unos, para imposibilitar la comprensión de la guerrilla como una comunidad, y los otros para evitar celebrar el pasado. Pero ¿quién les quita lo bailao? Las constricciones

⁵⁴ En este sentido, me llama la atención una cita de Castro y Díaz, en la que León Valencia, excombatiente de viejo cuño podía decir “Durante décadas nosotros trasegamos la violencia, la urdimos con paciencia de relojero, la vivimos con pasión, supimos de sus amarguras y también (digámoslo sin rubor) de sus conquistas” (1997: 46). Acaso eran otros tiempos, cuando el discurso institucional de la transición no pretendía establecer su autoridad sobre la enunciación del proceso de reintegración, y era la vergüenza el límite de lo decible y no la denegación.

morales del contexto transicional no son suficientes para reprimir que tales vínculos emocionales se manifestaran en sus narrativas y en sus cuerpos. La puesta en marcha de los conversatorios en espacios diferentes a la oficina del PACPR, se convirtió en un escenario en el que la dimensión emocional y corporal de sus narraciones tomó centralidad, como lo abordaré en el siguiente capítulo.

3

Poniendo en marcha los relatos

La forma en que se dieron los conversatorios puede mostrar cómo la construcción de los relatos por parte de los excombatientes se da en las interacciones y significaciones con sus escuchas, los cuales hacen parte de un amplio proceso de constitución de sus experiencias, y rebasan las constricciones institucionales con las que se enfrentaron. He insistido en que su discurso no hace eco mecánicamente a los lineamientos identificados, sean del Ministerio de Defensa o del PACPR de Bogotá; quiero recuperar el lugar activo de los excombatientes en esa construcción, que a veces, se presenta en los análisis académicos como opacada por las constricciones sociales y de las instituciones encargadas de asegurar la gobernabilidad del Estado en relación con los procesos tanto de desmovilización como de administración del pasado (Castillejo 2009). Sin embargo, esa recuperación no implica pensar a éstos sujetos como autónomos o imbuidos en procesos emancipatorios de representación. Siguiendo a Bourdieu, no son meros objetos de las estructuras sociales o cognitivas, pero tampoco sujetos racionales cuyas acciones son libres y autónomas ([1980] 2007: 86-ss). El seguimiento y participación en la constitución y desarrollo de sus relatos me mostró el entramado de formaciones discursivas, posicionamientos y acciones que los constituyen siendo, ni altavoces de los enunciados del Estado ni contestatarios actores en oposición a ellos. Más bien, en sus relatos podemos ver que es un proceso de *reintegración* a las dinámicas de representación y práctica que reproducen los órdenes sociales, tanto con sus estrechas relaciones de poder como en los márgenes de acción que su interiorización permite. De modo que estos relatos entretejen tanto sus respuestas a las presiones institucionales para regular sus relatos, a mi propia intervención institucionalizada, a sus interacciones con los participantes de los conversatorios y a sus propias experiencias cotidianas, más que todo familiares, en una relectura permanente que modificaba la incidencia tanto de unas como de otras.

Los relatos de los excombatientes, relatos instalados en la representación de la ruptura, nos mostrarán en esa dinámica de construcción aquello que integran, aquello que silencian y aquello que brota como filtraciones de esos silencios cuando deberían ser mantenidos. Nos muestran como postulan dos tiempos (el pasado y el presente) y dos órdenes sociales (el de la guerra y el de la vida civil) que le dan sentido personal, institucional y social al proceso de reintegración como tránsito entre esos tiempos y esos órdenes, pero que se juegan entre el ocultamiento y la presentación de las continuidades entre esas oposiciones que no son más que ilusorias.

Relatos entrelazados para configurar un horizonte moral

El conversatorio de prueba con los funcionarios del PACPR de Bogotá nos había dejado sacudidos. Los excombatientes se sentían confundidos, no comprendiendo bien lo que les estaban pidiendo, y molestos por los ataques a lo que habían dicho. “Esperábamos poder hablar más abiertamente y mayor comprensión; al fin y al cabo casi todos son desmovilizados también”, decía Sandra. Yo albergaba una sensación muy ambigua pues creía que darle la espalda a sus emociones frente al pasado solo serviría para reforzar un teatro de reintegración, pero a la vez me parecía que las críticas que habían hecho eran razonables, teniendo en cuenta la diversidad de públicos con los que nos íbamos a encontrar. Además, consideraba a algunas de las objeciones que le habían hecho a Enrique como válidas, sobre todo el desfase entre las fechas y los hechos que refería en su proceso de ingreso y desmovilización, sin embargo decidí no actuar como gendarme de la verdad. Consideré que mi función era retomar las historias para darles más contexto, y confiar de ahí en adelante, construir el grupo, no entrar a dudar ni escarbar en el pasado de cada quien a ver si era verdad, porque –pensaba– todos tendrían seguramente muchas cosas acomodadas. De modo que durante varios días nos sentamos a retomar cada historia; yo hacía preguntas más frecuentes, en lo que en ese momento consideraba era la necesidad de sacarlos del relato más inmediato, y siguiendo las recomendaciones del grupo de

funcionarios, tratar de darle más contexto. Sin embargo, no creía que era simplemente evidenciar sus carencias y obligaciones, simplemente quería que me respondieran desde ellos. Creencia que pronto demostró ser falsa al abordar, más que los deslices en el relato de Enrique, las motivaciones que le daban sentido.

En la reunión siguiente, procuré hacerle preguntas que le permitieran revisar lo que decía e identificar las motivaciones en su historia, las cuales era evidente que no tenía claras, como de hecho había sostenido en la entrevista de selección al decir que no sabía por qué había ingresado al grupo. Le pregunté en aquella reunión si no había sido el orgullo, al rechazar a su familia en dos oportunidades, el principal motor de su ingreso a la guerrilla, lo que en ese momento aceptó sin problematizar. De ahí en adelante comenzó a repetirlo insistentemente en los conversatorios, como la causa central de su involucramiento al grupo armado, tanto que acuñó una expresión que repetiría constantemente y que por el desfase emocional entre esa expresión y la forma en que antes había narrado sus acciones, sembró en mí la desconfianza que antes no tenía por su historia. En adelante, diría en los conversatorios que “con lágrimas de sangre aprendí que el orgullo no sirve para nada”.

Ante la urgencia de un motivo moralmente aceptable para ingresar a la guerrilla, pues la necesidad económica inmediata a un sujeto con estudios superiores le fue sancionada por los funcionarios del PACPR como incapaz de explicar tal decisión, Enrique adoptó la figura del orgullo como medio para interpretar su accionar, que además ligaba las decisiones familiares de su pasado con su ingreso a la guerrilla. Habíamos hablado del contexto político, tal y como habían sugerido los funcionarios del PACPR, pero esta fue la idea que el capturó, acaso por su carácter moralizante, que se tradujo en un repetido mensaje a los jóvenes que lo escuchaban, en el que enfatizaba que no debían tomar decisiones por sentimientos como el orgullo.

Una semana después comenzamos el ciclo de conversatorios. Debíamos hacer 20 en el lapso de dos meses, preferiblemente en colegios, universidades y organizaciones sociales. Yo los gestionaba contactando a las directivas de la institución, especificando que estaban

dirigidos principalmente a estudiantes de noveno grado en adelante, aunque el colegio podía establecer a qué cursos dirigirlo teniendo en cuenta sus propias prioridades.

Ya en los espacios, yo realizaba una introducción a la política de desmovilización y señalaba los objetivos institucionales de los conversatorios, para dar paso a los testimonios y por último una ronda de preguntas de los asistentes, que podían hacerlas públicamente o escritas en papeles que nos enviaban. Entre todos los que realizamos, los primeros dos fueron bien significativos para los excombatientes, pues les permitieron reacomodarse, más bien, recuperarse, de las presiones iniciales del PARPR, y posicionarlos frente a los escuchas, de quienes comenzaron a integrar comentarios e interpretaciones que hacían después de los conversatorios a sus relatos, elementos que pusieron al servicio de su posicionamiento moral.

* * *

Nos encontramos en una de las entradas de las residencias Antonio Nariño, en cuyo teatro un taita llamado Orlando Gaitán realizaba unas “mingas de pensamiento”, a la cual asistieron unas 40 personas, la mayoría seguidores de su filosofía y sus terapias chamánicas.⁵⁵ Ese espacio fue contactado por una de las funcionarias de la CNRR, quien era novia del taita. Las historias de vida del equipo fueron nerviosas y esquemáticas, en las que faltaba la naturalidad y el desparpajo de su primera experiencia, y de las que habían eliminado las expresiones y apartes objetados por el equipo del PACPR. Pero pronto se encontraron con la escucha y los aplausos de los presentes, lo que cambió sus semblantes. Orlando inmediatamente se puso al lado de Sandra, Enrique y Fabio, diciendo que “conciente o inconcientemente todos hemos hecho lo mismo, salir de un conflicto para entrar a otro, sin embargo –recalcó– una cosa es leerlo y otra es tenerlos aquí presentes. Todos somos guerra, todos tenemos de guerreros; todos tenemos adentro un para o un guerrillero, un violador... todos tenemos las condiciones para hacerlo...”. Orlando también usaba, como yo mismo, la idea del germen de violencia que está en todos para abordar las

⁵⁵ Orlando Gaitán ha tenido mucha presencia en los círculos chamánicos y alternativos durante los últimos años. Antes era conocido como un importante líder campesino de la región de Cimitarra, y cofundador de la fundación Carare, que recibió el premio Nobel alternativo de paz en 1990.

vidas de los excombatientes. Las personas, ensimismadas, cerraban los ojos mientras hablaba.

Después de los relatos seguía una ronda de comentarios y preguntas de los asistentes. Era parte de la propuesta de los conversatorios y así se hizo en los restantes. Los comentarios de agradecimiento, felicitación y ánimo por lo que estaban haciendo no se hicieron esperar. Un hombre joven que se presentó como profesor de la Universidad Pedagógica, les dijo sentidamente “agradezco que compartan sus experiencias con nosotros y les quiero decir que no tenemos que pedir disculpas ni pedir perdón por los actos cometidos, todos somos humanos. Yo, personalmente, no tengo nada que juzgar, porque a partir de la diferencia somos uno. En mi universidad he visto como los estudiantes se encapuchan y tiran bombas molotov y en mi región los que eran mis compañeros de colegio ahora son militares en zonas de orden público. Las decisiones que se toman no se pueden juzgar”. Otro joven preguntó. “Desde la posición en la que se vieron arrastrados, en ese rol como víctimas de la sociedad que los empujó a vincularse a la guerra, pero que a la vez fueron victimarios, verdugos, que les ordenaban ser asesinos, y pensando que matar es morir un poco ¿qué es para ustedes la vida, la justicia y la paz?”. Enrique respondió que la justicia terrena no funcionaba y que le tenía más miedo a la “de arriba”, a la de dios, en lo que coincidió Sandra. Y Fabio dijo que para él la vida era volver a nacer. Un hombre llamado Rodrigo les preguntó por las consecuencias internas que ellos sufrían ahora, qué antivalores les daban y cómo al salir hacían para transformar esas secuelas. Sandra dijo que “uno ve la película de nuevo y se da cuenta que podría borrarlo todo. Falté a todos los principios, allá la vida no vale nada”.

Al final, Orlando retomó la palabra. Sostuvo que Colombia era un laboratorio de guerra, donde la sociedad desarmada y la armada eran la misma cosa y que, más que los fusiles, era “el dedo acusador” el que más víctimas ponía, pues la gente señalaba a sus semejantes por nimiedades o intereses personales. Señalaba con su índice al aire con un gesto similar a un arma. Los ideales eran “pajazos mentales” que justificaban un compromiso que usualmente resultaba en problemas. Deseaba que el equipo hiciera un proceso de perdón, el cual siempre comenzaba por cada uno de ellos, y que después lo hicieran con sus familias, paso

que era el más difícil. Por último, Orlando propuso acompañarnos a otros espacios con sus seguidores para “blindarnos con el pensamiento” contra los ataques de personas intolerantes.

Más allá de la agudeza o desvarío de los comentarios de Orlando y su grupo, lo relevante es la manera en que sirvieron para que Sandra, Fabio y Enrique se reacomodaran en su propia situación –incómoda e insegura después del conversatorio de prueba–, e integraran elementos de éstos a sus propios relatos. Al salir del teatro y caminar durante un rato, su actitud era completamente diferente. Reían, se burlaban de su propio temor y, sobre todo, elogiaban y agradecían la comprensión de Orlando.

También es llamativo que su enfoque acerca de los excombatientes no era sino otra modalidad del descentramiento de la responsabilidad –del yo a los otros o a lo otro–, esta vez a la falible condición mental humana. Por una parte, ello los reconfortó emocionalmente y les permitió darle nuevamente sentido a narrar sus historias. Pero también nos señala que ésta parece ser una lógica común a las diferentes formas de darle sentido al trayecto de los desmovilizados que hemos visto, provengan del gobierno central, de sus instancias locales o de movimientos civiles.

La emergencia de los relatos de ruptura

Al día siguiente iniciábamos un ciclo de conversatorios en un colegio distrital al norte de la ciudad, el primero de los cuales fue en un curso de la jornada nocturna. Nuevamente en varias oportunidades retomaron las imágenes oficiales de la desmovilización, pero me llamaron más la atención varias expresiones que había escuchado en el conversatorio anterior, pero de Orlando y su grupo. Siguiendo a éstos, Fabio concluyó que “aprendí más antivalores que valores, como el rencor, el egoísmo... y Enrique se refirió al perdón en la forma en que lo había hecho Orlando: “tengo muchas heridas, pero primero tengo que curarlas conmigo mismo para después comenzar un proceso con los demás”.

Pero de estas incorporaciones de figuras y ordenaciones morales a sus narraciones la que acaso más me chocó fue cuando Sandra retomó un comentario de Orlando Beltrán para justificar ciertas acciones de los grupos paramilitares. Algo más de un mes después a esos primeros conversatorios, en el mismo colegio, los estudiantes estaban preguntándoles sobre la vida cotidiana en los grupos armados, sobre lo que se aprendía, los procedimientos para patrullar y los castigos. Ellos iban sintiéndose cómodos en los detalles, hablando con fascinación. Yo sentía que no se estaba reflexionando sobre el para qué de la formación militar: la muerte sistemática. De modo que les pregunté que si bien estaban hablando de la formación, la inteligencia y la tecnología de los grupos armados ¿por qué entonces era la población civil la que ponía la mayoría de las víctimas? Sandra tomó la palabra diciéndome “mira Juan, te digo una cosa, eso es por el “dedo acusador”. La gente se acusa una a otra porque no le cayó bien, o porque quiere conseguir la tierra de un vecino, entonces lo acusa de guerrillero o de paramilitar y lo matan... ¿ves?”. Yo contrapregunté que si eso quería decir que la población civil era la causante de su propia victimización, a lo que me respondió que en la mayoría de los casos sí, levantando su ceja como diciendo ‘¿me entiendes, nene?’. Yo, molesto, le dije entonces ¿y los positivos que se simulan para los comandantes de los batallones? Me respondió con suficiencia que para nadie era un secreto que esos vínculos existían.

Si la principal función de los relatos autobiográficos es ubicar al sujeto respecto de su sociedad y su cultura (Bruner y Weisser 1995) lo que estaba haciendo el equipo de excombatientes era descifrar el código moral que les permitiera ser aceptados socialmente. En nuestro caso, los relatos autobiográficos de los excombatientes y sus respuestas a los auditorios se iban configurando como un entretejido de figuras o imágenes provenientes de la mirada moral de los otros, tratando de conciliar los diferentes puntos de fuga en una sola perspectiva, en una sola superficie. No es difícil imaginar la complejidad de ese ejercicio. ¿Cómo hacer una sola historia que permita ser y a la vez ser todo lo que los otros quieren que seas? Identificaron la lógica común con la que parecían proceder todos esos diversos marcos morales: Todos desplazan las responsabilidades de los hechos de quien enuncia a un otro que en ese momento no tiene voz, sea la familia, el grupo armado ilegal, la

sociedad, las víctimas, y se organiza en un tipo específico de narrativa que representa un presente de posibilidades escindido del pasado que se execra, que yo llamo una narrativa de ruptura.

Dichos relatos de ruptura en la representación de los excombatientes cumplen la función, entonces, de integrar en una unidad coherente los trayectos vitales de la desmovilización y la reintegración con elementos en las que se pone en juego la representación del ‘desmovilizado’. Elementos y lógicas de los discursos oficiales entran a jugar en sus relatos, pero también los de los receptores activos de éstas, los cuales se amalgaman en un inestable producto narrativo, en el que, como veremos más adelante, el aprendizaje de los silencios necesarios es también central. Bruner y Weisser concluyeron que debido a que el narrador organiza su pasado recurriendo a criterios organizativos y morales tomados de su contexto, el relato autobiográfico tiene la capacidad de ubicar a su autor respecto de su contexto social, y se le convierte en una “hoja de ruta” que lo posiciona y a la vez le da una dirección, o le brinda puntos de referencia para encarar nuevas situaciones –en términos coloquiales, su futuro–. En ello consiste, y coincidiendo con muchos otros autores, la instancia curativa del relato, más que en hacer una arqueología de lo que pasó en el pasado, en construir uno nuevo que le de sentido al porvenir (Bruner y Weisser 1995, Ricoeur 1999 y 1999-b).

Sin embargo, no podemos esperar que en la puesta en marcha de los relatos tal procedimiento produzca más que precarias estabilizaciones de las narrativas y, por tanto, de las formas de sentirse integrados al conjunto de la sociedad imaginada. Ello en dos sentidos. Primero, mostraré que fue la interacción con el público la que objetó y desestabilizó tales características de los relatos, haciendo mucho más complejo su funcionamiento que lo que enuncian Bruner y Weisser. Y segundo, profundizaré en el modo en que los relatos están integrados con la reproducción de patrones sociales interiorizados más complejos que las explicaciones morales y las hojas de ruta, en los que participan los excombatientes, los receptores de los relatos y las políticas de Estado alrededor de la desmovilización, tomando como eje de análisis el lugar de la familia en sus narraciones.

Las narrativas de ruptura en un orden social de continuidades (silenciadas)

Después del conversatorio con Orlando y su grupo, la mayoría de los siguientes los realizamos en colegios, buena parte de ellos de públicos y localizados en sectores populares de la ciudad. Unos pocos colegios eran privados y de clases sociales acomodadas. Como ya había señalado, al PACPR y a las entidades financiadoras les interesaba hacer presencia en las localidades donde se concentraban el mayor número de excombatientes debido al amplio y económico mercado de vivienda, la consiguiente presencia de éstos en los colegios de las localidades, una economía informal que les brinda oportunidades de trabajo, anonimato y movilidad poblacional (Programa de Atención... 2010). Así mismo, por las concepciones institucionales acerca de la conflictividad de las mismas, y una creciente sensación en los gobiernos nacional y local de que el conflicto se estaba trasladando a los sectores urbanos, entre otras razones, relacionado con la presencia de excombatientes en esas zonas. Las localidades en las que trabajamos eran Ciudad Bolívar, Rafael Uribe Uribe, San Cristóbal, Bosa, Negativa, Suba, Santafé y Candelaria, las cuales, según un informe del PNUD del año 2008, eran las localidades que presentaban menores calificaciones en sus Índices de Desarrollo Humano Urbano, como los niveles de ingresos y educación, la sobrevivencia de los niños, la movilidad poblacional y los equipamientos urbanos (Ibid).

En los colegios de dichas localidades, tras la presentación de las historias de vida, los y las estudiantes en los espacios abiertos al público felicitaban y reforzaban las narrativas de ruptura que los desmovilizados exponían. Podían hacer preguntas abiertas, que yo recogía en mis anotaciones, o enviárnoslas escritas en papeles. En ellas, usualmente manifestaban agradecimiento e incluso admiración a los excombatientes y a sus historias de vida. Una estudiante de once grado escribió “Quiero felicitarlos porque están tratando de hacer una Colombia mejor con este proceso de desmovilización y al venir y hablar con nosotros”. Una de sus compañeras se levantó y dijo “admiro la berraquera de que así como se fueron, tomaron esa decisión de irse, ahora están aquí, compartiéndonos sus experiencias”. El valor, la confianza en la capacidad de cambio de los excombatientes y la admiración por su

fuerza era comúnmente celebrada por los estudiantes. Sin embargo, al evaluar los conversatorios los excombatientes señalaban diferencias en las preguntas entre los colegios y en los momentos en que eran realizadas, evidenciando una interacción de los estudiantes mucho más compleja con las narraciones y sus narradores.

Por lo general, luego de los conversatorios me reunía con ellos para evaluar su desarrollo, cuando les preguntaba a los excombatientes cómo se habían sentido, qué problemas identificaban y cómo percibían las preguntas de los estudiantes. En una evaluación de los conversatorios que grabé, Sandra respondió identificando, inmediatamente, las diferencias de clase de los estudiantes. “Dependiendo –dijo Sandra– porque los chicos que van a pensar una cosa en la Candelaria, no es lo que van a pensar los del San Bartolomé.”⁵⁶ Por ejemplo, los del San Bartolomé nos hicieron preguntas más reflexivas, más de contexto país, más generales, no que “uy, usted cuántos mató”, sino “usted qué opina de las políticas del presidente?”, cosas a gran escala. No se pegan solamente de lo pequeño, sino “¿Cómo ve la atención a los desmovilizados?”, no tanto en la parte morbosa como “¿Ha matado a alguien? ¿A cuántos ha picado? ¿La castigaron?”

—¿Con que tendrá que ver esta diferencia? –pregunté–.

—Quizá en el ambiente en que ellos han crecido, tanto de un lado como de otro. Hay chicos, que por ejemplo, en sectores de la ciudad, no sé o mantienen más ocupados o en las cosas de la casa, y no miran de pronto Internet, no les interesa las noticias... cosas, no sé como se podría explicar. Muy diferente dar un conversatorio en la Gaitana a darlo en el Mazuera.

—Pero ¿cómo los caracterizarías?

—Por ejemplo en el Mazuera preguntaron más que “es que a mí me comentaron que les pagaban... que uno llega y tiene mando, a mí me comentaron, que la guerrilla piensa así”. Todo se reduce a que les comentaron, a que tengo un amigo, a que escuché. Pero lo chicos

⁵⁶ IED la Candelaria, colegio público de la localidad de la candelaria, que en su mayoría son estudiantes de bajos recursos económicos; San Bartolomé la Merced, colegio privado de la orden religiosa de los jesuitas, con un altísimo porcentaje de estudiantes de familias acomodadas económicamente.

de la Gaitana⁵⁷, por ejemplo decían “es que la lucha armada no nos va a llevar a ninguna parte, llevamos 60 años en esto y no se han visto avances de ningún tipo”. Son tanto más reflexivos. En el Mazuera yo noté que a los chicos los rodea un ambiente más peligroso, como que si ya les hubieran ofrecido cosas, como que “uy, esta vieja o este man me puede sacar de dudas de que esto que me están diciendo es cierto”, queriendo darle claridad a un sinnúmero de preguntas que tienen y que ninguna otra persona le puede decir..., la parte más vivencial de alguien, tener en carne y hueso un excombatiente y decir “juemadre, este man me puede aclarar muchas cosas”.

—Y esas preguntas del Mazuera era en público o privadas.

—No, es que las grandes preguntas, las que lo dejan a uno pensando así, muchas cosas, normalmente son de los grupitos que se le acercan, de los chicos que están interesados en saber una cosa o la otra.⁵⁸

Las interacciones más personales, las preguntas directas, realizadas usualmente después de las sesiones, hicieron evidentes para los excombatientes las continuidades entre los grupos armados a los que pertenecieron y los contextos sociales en los que exponían sus relatos, de una manera diferente según el involucramiento de estos últimos en el conflicto. Estas continuidades desestabilizaban a los excombatientes, tanto porque objetaban sus propias versiones sobre la vida en los grupos como porque los regresaba emocionalmente a su vida cotidiana dentro de los mismos. Como respuesta a estas continuidades los excombatientes, por una parte, ocultaban ciertos elementos de sus experiencias que consideraban podían atraer a los jóvenes. Por otra parte, reforzaban en sus narrativas las razones por las cuales creían que era mejor permanecer en la vida civil antes que integrarse a un grupo armado.

Uno de los elementos que ocultaban era el de la paga de los combatientes. El equipo de excombatientes llegó a un acuerdo informal para decir que no se les pagaba, por el temor a que ello promoviera un posible ingreso de los jóvenes a los grupos. Los excombatientes de la guerrilla podían decir con claridad que la guerrilla nunca pagaba ni lo prometía, aunque

⁵⁷ EL IED Fernando Mazuera se encuentra ubicado en la localidad de Bosa; EL IED la Gaitana en la localidad de Suba. Ambos son colegios públicos.

⁵⁸ De la entrevista con Sandra y Víctor, noviembre 25 de 2009.

ocultaban las ganancias por otras vías, pero para los excombatientes de los paramilitares las cosas eran un poco más enredadas. Terminaban por decir solamente que los engañaban.

Esa práctica de ocultamiento llegó tan lejos, que ni siquiera Sandra quiso que quedara consignado que sí había y hay paga para los reclutas de los grupos paramilitares durante una entrevista que le hice para evaluar los conversatorios. Le pregunté entonces: ¿Cómo reciben los estudiantes los conversatorios?

—Muy bien —dijo Sandra—, por ejemplo en los colegios hemos encontrado chicos que están más de acuerdo con la derecha o con la izquierda. Y escuchar las historias de vida de personas que han estado tanto en un sitio como en otro, y de poner de pronto, para poder compararlos, y a la vez de que le den respuesta a muchas preguntas que ellos tienen, eso ha sido muy bueno, enriquece, los chicos salen tocados

—¿Cómo vez cómo percibes que salen tocados? ¿Lo supones?

—No, porque ellos nos hacen los comentarios, se acercan y nos dicen “oiga pero es que a mí me habían dicho que en la guerrilla era una cosa, a mí me habían dicho que los paracos era esto, lo otro, ¿no es cierto?”. Un chico me preguntó un día “o sea que si yo tengo aquí de amigo a un comandante, y él dice que yo voy a entrar como comandante allá... no es cierto? ¿Y les pagan? Porque a mí me habían dicho que les pagan”. Entonces es uno ponerlos a pensar, se van tocando y los ponen a dudar sobre muchas cosas, a reflexionar sobre muchas cosas.

—¡Pero les pagan!!! —le dije yo—.

—Les pagan... no pagan, el delito no paga, el crimen no paga...”.

En ese punto tuve que detener la grabación para asegurarle a Sandra que no iba a ser reproducida en la oficina del PACPR. Tuve que darle mi palabra. Después continué:

—Pero les pagan dinero...

— ¿A quienes? —me volvió a preguntar, evadiendo el tema—

—Pues a los combatientes que se van.

— A los que se están devolviendo, mmhhh... he escuchado por comentarios de muchachos que se han ido y se han vuelto que sí les están pagando. A un combatiente raso le están pagando un millón, le dan viáticos, les dan dos permisos al año, cada seis meses les dan un mes como si estuvieran en el ejército. Por eso es que tanta gente se está yendo, porque si aquí, en esta vida civil, si es tan difícil para un profesional conseguir trabajo, qué será para alguien que hace poco salió del monte, que acabó una primaria, un bachillerato, si mucho. Si es berraco para alguien de aquí de la ciudad... ¿qué es lo que saben hacer los desmovilizados... qué sabemos hacer? Gatilliar.⁵⁹ Necesitan gente con experiencia, que haya estado volteando.⁶⁰

Algo entraba en profundo conflicto para Sandra, ciertas cosas no podían ser enunciadas así fueran evidentes para todos, como los mismos estudiantes lo señalaban. No podían mostrar el vínculo entre las actividades delictivas y los intereses personales, tanto por el riesgo de promover el ingreso a los grupos ilegales como por transgredir la lógica que impera en la narrativa de la desmovilización, que desplaza las responsabilidades del sujeto a su contexto. En este caso, cuando tuvo que aceptar que sí había paga, ella recurrió a explicarla de la misma manera.

El mismo silencio y la misma lógica explicativa usó Aura, cuando la entrevisté también para evaluar los conversatorios. Indagando sobre si creía que sus relatos atraían a los jóvenes a la guerra, me dijo "...que les atraiga, no creo. El problema es que hay pelados que no creen. Creen que uno se monta en una película, pero que les atraiga, no creo, porque si nosotros les contáramos, digamos, en el caso mío, que a mí me sacaban para las ciudades y me daban ocho, quince millones de pesos, cada tres cuatro meses, y yo le hacía llegar plata a mi mamá, y yo me mandaba una farra un fin de semana y ahí sí iba a hacer lo que me tocaba, pues claro, les atrae. Dirían "no, yo también voy, me mato tres meses y salgo". Pero como que al decirles "no, es que uno va a comer es de la buena", como que nos les atrae mucho, el sufrimiento no les atrae, a no ser que ya estén pasando por unas

⁵⁹ *Gatilliar* o *dar gatillo*, son expresiones coloquiales para referirse a un asesinato, y metónimicamente a la actividad del sicariato o a un operativo que implique el asesinato.

⁶⁰ De la entrevista con Sandra y Víctor, noviembre 25 de 2009.

circunstancias en su familia terribles, que no tengan con qué comer, que el padrastro, la madrastra, los hermanos... bueno, tantas cosas que suceden a nivel familiar.⁶¹

El otro procedimiento para conjurar la familiaridad de los jóvenes con el conflicto armado, era reforzar en sus narrativas las razones por las cuales creían que era mejor permanecer en la vida civil antes que integrarse a un grupo armado. En general, valoraban la independencia, la libertad personal, la familia, las posibilidades de profesionalizarse y “ser alguien”, las cuales no estaban contempladas dentro de los grupos armados, por oposición a esa vida dura o a las condiciones socioeconómicas que los habían llevado allí. Pero nuevamente los estudiantes objetaban tales afirmaciones y mostraban como, si esas posibilidades estaban por fuera de la órbita de la vida en los grupos, también lo estaban por fuera de las condiciones sociales y familiares que los habían llevado a los mismos, situación en la que los alumnos señalaban también encontrarse.

Al respecto, Víctor me contaba que “al uno ir y llegar a decir en el conversatorio por qué es que estuvo uno allá y qué es lo que se vive adentro, entonces algunos estudiantes dicen ‘el problema no es por qué se fue o qué se vive adentro, la problemática es que no hay una forma de empleo’. A mi me han dicho jóvenes ‘el problema de este país no lo vamos a arreglar con un conversatorio...’.

— ¿Se lo han dicho? ¿Cuándo?

—Después de las preguntas –me respondió–. Un alumno me abordó y me dijo ‘¿usted cree que viniendo a hablar acá va a cambiar la situación del país? Los gobernantes son dueños de nosotros y día por día la pobreza crece más. Entonces la única forma es ir a coger las armas’. Entonces uno les decía que el problema es que uno se afecta a uno mismo, porque uno pierde su libertad, afecta uno a su familia, pone en riesgo muchas personas... una cantidad de cosas que se generan en daño a la sociedad. Pero me decía ‘si, allá se sufre, hay problemas, se mueren, pero es que no hay otra opción, y yo no creo que usted con

⁶¹ De una entrevista a Aura, diciembre 8 de 2009.

ponerse a hablar y a ‘sembrar semillas’ –ironizando con uno de los lugares comunes de los excombatientes en sus relatos– esto va a cambiar”.⁶²

En un IED de una localidad del centro de Bogotá, en la jornada de la noche, escucharon las historias de vida un grupo muy diverso hombres y mujeres mayores, desmovilizados, una gran mayoría de jóvenes y algunos niños. Después de las intervenciones de la personas mayores, los jóvenes comenzaron a hablar, esta vez no en los corrillos después de la actividad. Un muchacho les preguntó “¿por qué se tomaron tanto tiempo en tomar la decisión de salir?” Ninguno de los excombatientes había estado por menos de doce años en el grupo armado, se dirigía a la contradicción entre el tiempo de permanencia y la descripción de la dura vida al interior de los grupos armados. Sin embargo, no esperó su respuesta, les dijo “yo a veces me visto como ñero y me detienen, la violencia está aquí y ahora, nos quitan todo ¿cómo no pensar en meterse en esas güevonadas?”. Mientras el los demás excombatientes se incomodaban, Sandra apeló a una trillada frase: “uno no debe quedarse en los problemas sino buscar soluciones...”. Varios le respondieron, desnudando que su respuesta coincidía precisamente con la forma en que ellos actuaban: “Mi familia también me daba leña y con mis amigos encontré como choriar y protegerme ¿quién más lo iba a hacer?”. “Quiero hablar por los jóvenes de aquí, de este sector –dijo otro tomando una vocería que nadie objetó–. Nos sentimos presionados porque no hay qué hacerle, uno desesperado acepta quitarle a la gente que tiene plata y hasta les pega un tiro... la verdadera matanza va a ser aquí en la ciudad, pues llegan desmovilizados que saben de táctica militar y forman grupos...”. No resulta fácil imaginarse una situación en la que, durante el día un desmovilizado le ofrece a un joven trabajo rentable en la delincuencia y en la noche otro lo conmina a no aceptarlo porque el crimen no paga.

⁶² De la entrevista con Sandra y Víctor, noviembre 25 de 2009.

Dos paradojas de la intervención social a través de los testimonios

Los muchachos ponían en evidencia dos paradojas del intento institucional de intervenir las localidades seleccionadas a través de los testimonios de excombatientes, y de los criterios morales con los que tales testimonios habían sido configurados.

Por una parte, mostraban que la presencia en sus sectores de los desmovilizados como representantes de la institucionalidad distrital, interesada en prevenir los reclutamientos y facilitar la reintegración de los desmovilizados en las comunidades de acogida –esos barrios donde se daban los conversatorios–, no podía desligarse de la presencia de otros excombatientes en los mismos sectores integrándose a las redes delincuenciales.

Esa posibilidad no era extraña al interior mismo del grupo de conversatorios. En varias oportunidades tuve que enfrentarme con las opciones, abiertas o soterradas, de que algunos de ellos participaran en actividades ilegales mientras estaban en los conversatorios. La fluidez entre lo legal y lo ilegal en el contexto de la reintegración, que exploré a través de los encuentros con Marcos, estaba siempre presente en nuestro trabajo. Algunos de los excombatientes recibían llamadas de sus antiguos comandantes para ofrecerles la posibilidad de reintegrarse a los grupos armados. Otras veces los contactaban proponiéndoles negociar desmovilizaciones o hacer negocios aprovechando tanto sus contactos con los grupos armados como con su acceso a los recursos que se pueden encontrar en la ciudad.

Yo usualmente me sentía como un pararrayos, escuchando tanto sus insistentes quejas por las dificultades económicas como sus dilemas ante los ofrecimientos que recibían. Desde el principio de nuestro trabajo me había hecho a la idea de que no eran angelitos y no esperaba que lo llegaran a ser, pero les resumía mi posición diciéndoles que “no jueguen a varias bandas, mientras hagan conversatorios no se metan en nada. Y si se van a devolver, no los utilicen para encubrirse”. Ignoro si se apegaron a mi petición, pero muchas veces se acercaron para contarme sobre las posibilidades los rondaban, “... es que el diablo es cochino”, me decía Sandra reflexionando sobre los tentadores ofrecimientos que les hacían.

Una de esas ocasiones puso de presente como los excombatientes del grupo estaban en el punto de articulación entre lo legal y lo ilegal, y de alguna manera vinculaba el ámbito de los conversatorios y el de los conflictos sociales en los lugares donde los realizábamos. A mediados del 2008, antes de entrar a un conversatorio Fabio nos contó a Enrique y a mí que había conocido a un exguerillero que lo impresionó por su formación política y militar. Vivía en Santa Cecilia, el barrio de la localidad de Usaquén donde habían sido nuestros primeros conversatorios en colegios. En aquella oportunidad nos habíamos enterado por las profesoras que el sector vivía una confrontación entre dos pandillas, algunos de cuyos integrantes estudiaban en aquel colegio. Nosotros lo tuvimos presente, pero no era nuestra intención tocar ese tema abiertamente en los encuentros con los estudiantes, pues creíamos que podía empeorar la situación. Fabio, quien sabía de esa situación, escuchó del exguerillero que el conflicto en el barrio era realmente grave y que “a los polochos los reciben sin jueguitos”. También que él había avisado a la policía de los posibles atentados en ese sector pero que lo ignoraron, y ahora que las cosas estaban peores lo buscaban para proponerle que organizara un grupo para hacer una “limpieza” en Santa Cecilia. Le decía que como era una pandilla dura y la policía no se acercaba por allá, un coronel había pedido que hicieran “limpieza”. El exguerillero le propuso a Fabio que hiciera parte del grupo.

“Eso suena bueno –decía Fabio– porque es legal, es por orden de la policía...”, me dijo. Yo no oculté mi molestia y lo interpelé diciéndole “¿cómo así hermano? Un día les da charlas a esos pelados de Santa Cecilia para prevenir el reclutamiento y para que acepten a los desmovilizados... ¿y después le pega un tiro a uno de ellos? ¿Eso es legal?” Continué diciéndole que si no le parecía muy loco que, en vez de seguir un proceso, la policía llamara a los desmovilizados a hacer el trabajo sucio como cuando los paramilitares trabajaban con el ejército. Se quedó callado un momento y después me respondió “hasta sí... ¿no?”, y me sostuvo que a la larga él entendía más a los pelados pandilleros que a los policías, porque estaban tan jodidos como él pues nadie respondía por ellos, y que hasta le daban ganas de ir y unirse a la pandilla de muchachos.

Fabio ponía de presente la movilidad de sus marcos morales –y de los de la policía–, como desde su lugar podía transitar entre su propia posición como excombatiente ejemplar, como

mercenario inserto en el mercado de la guerra y como pandillero cuya acción estaba justificada en sus condiciones sociales. Tal movilizadora no dejaba duda de la conexión que los jóvenes habían hecho entre el excombatiente que los conmina a no usar la violencia y el que se las propone: ambos están parados en el beneficioso lugar de la tutela del Estado y de su articulación con lo ilegal que éste mismo, en el cuerpo de sus instituciones— facilita.

Pero también nos acerca a la segunda paradoja de la intervención social a través de los testimonios. Cuando Fabio se identificó con las acciones de los pandilleros por sus condiciones sociales, entraba en el nebuloso terreno en el que las condiciones sociales no solo *explicaban*, sino que *justificaban* —para sí mismo y para los otros— las acciones violentas.

En los conversatorios, esa paradoja se daba cuando la narrativa de los excombatientes conjugaba los condicionamientos sociales y los intereses individuales para explicar alternativamente la participación en el grupo, la permanencia en la vida civil y la prevención al reclutamiento. ¿Cómo sostener que la familia o el estudio eran motivos para no irse a un grupo armado cuando los jóvenes percibían que sus condiciones sociales estaban marcadas por la precariedad —si no la violencia misma—, causas esgrimidas por los mismos excombatientes para haberse incorporado a los grupos? Fabio parecía pensar en el fondo lo mismo. ¿Por qué no pensar entonces que, dadas las condiciones sociales era legítimo participar en el grupo de ‘limpieza’?

A un nivel más general, estas paradojas evidenciaban la contradicción entre las dos lógicas institucionales de los relatos de vida. Por un lado, la lógica valorativa, execradora del pasado del discurso militar, donde los combatientes eran objeto de los grupos armados, mientras celebraba del presente individualista, productivo y familiar, presente en el discurso militar de la desmovilización. Por otro, la lógica explicativa del PACPR que justificaba las acciones a través de las condiciones sociales, pero que era incapaz de integrar los réditos individuales de la participación en la guerra, que emergían tanto en la selección de excombatientes narradores —con sus capitales útiles para los conversatorios

forjados en la guerra— como en las interacciones con unos jóvenes familiarizados con el conflicto armado y sus ganancias.

Estas paradojas puestas en evidencia por los jóvenes no solo objetaban la solidez de los relatos de los excombatientes y de las intervenciones institucionales, sino la misma capacidad de esos relatos para darle sentido y lugar a los excombatientes y su proceso de reintegración. Además, dejaba al descubierto la contradicción entre los dos principales objetivos institucionales de los conversatorios del PACPR, en tanto pretendían ser conseguidos con estrategias narrativas y morales en tensión. Primero, al intentar facilitar la reintegración de los excombatientes por medio de la desestigmatización, que implicaba condenar las condiciones sociales y no los sujetos y, chocando con el segundo objetivo, que era prevenir el reclutamiento, el cual parte de la base de que la persona elige, entrando en contradicción con la determinación del sujeto por las condiciones sociales que lo rodeaban.

¿Cómo intentaban conciliar los excombatientes en sus relatos esas dos lógicas, y más allá, cómo darle sentido a sus acciones en medio de esas dos tensiones, entre ser objetos y sujetos sin intereses personales? Tal vez el intento más evidente de ello era el lugar que le asignaban a la familia en sus narraciones y en la comprensión de su propia situación. A través de éste sustraían su ámbito de acción de lo social a un espacio mediado por relaciones de una naturaleza no transaccional —y como ello se ve nuevamente objetado—, proceso que analizaré a continuación.

La familia como *hábitus*: las causas sociales para ingresar a la guerra y las motivaciones personales para permanecer fuera de ella.

Como vimos, la presión de las instituciones por darle forma a las narrativas de los desmovilizados no se disolvió con el transcurso de los conversatorios. En ellas se manifestaba una tensión entre lo individual y lo social, entre la valoración y la justificación, entre el sujeto pasivo del grupo armado que se libera con la desmovilización tras los “años

perdidos” y del sujeto activo que ingresó al grupo armado como respuesta a sus condiciones sociales, modelos del discurso militar y del gobierno local respectivamente. ¿Cómo resolvían esa tensión en sus narrativas? Una primera respuesta está en, como vimos, el uso de la lógica común a ambos enfoques: el desplazamiento de las responsabilidades, lo cual ellos y ellas incorporaron a sus narrativas. Otra de las figuras privilegiadas donde abordaban esa tensión era su representación de la familia, el lugar que le daban en el trayecto de ingreso, permanencia y salida del grupo armado, y la forma en que convierte en una figura privilegiada para darle forma a sus relatos de ruptura.

A lo largo del texto hemos visto como en varias oportunidades la familia hace de eje del proceso de reintegración, sea del discurso de promoción de la desmovilización como del proceso mismo de vivir en la vida civil. Recapitulando los elementos analizados sobre el lugar de la familia en el discurso militar de la desmovilización, ésta aparece en la forma que toma bajo el poder patriarcal, en la que se proyecta la realización de hombres y mujeres en sus roles sociales diferenciados bajo la tutela del Estado. Por otra parte, ya Varela (2008: 64-ss) había mostrado la centralidad de la constitución de una familia en el concepto psicosocial de reintegración que la ACR proponía. Siguiendo su análisis, la familia hacía parte del proceso civilizatorio –concepto que utiliza de guía– en que el Estado procura encausar a los excombatientes, y donde los vínculos de dependencia construidos al interior de la familia sirven para contener los impulsos violentos de los individuos y designar roles para que aquellos se reintegren al orden social de una manera natural (Ibid: 73). De hecho, muestra cómo la ACR desarrolló una herramienta para evaluar los “indicadores de reintegración”, con la que pretendía calcular los ‘progresos’ o ‘retrocesos’ de los excombatientes en su proceso. Las variables utilizadas en tal herramienta evidencian como la constitución de una familia y el establecimiento de los vínculos afectivos, sociales y económicos que ésta implica es tenido por la Consejería como un indicador decisivo de su reintegración: Considerarse y ser considerado por otros una “persona valiosa”, apersonarse de las responsabilidades económicas que implica la familia hace parte de la reintegración, mientras permanecer soltero reduciría la posibilidad de reintegración.

Sin embargo, no sería más que un reduccionismo sostener que las perspectivas institucionales sobre la familia se reflejan mecánicamente en los excombatientes y en sus narrativas. Tanto las narrativas de los excombatientes como sus vidas cotidianas están signadas por el deseo, la presencia y la crisis de sus familias. Ello me mueve a preguntar ¿por qué existe una coincidencia tan fuerte en las directrices institucionales –sea de las fuerza armadas o del PACPR– y las experiencias de los excombatientes, que precisamente los obligan a conciliar sus posiciones? Para abordar esto antes es necesario mostrar en qué formas y con qué funciones aparece la familia en la narrativa, y cómo interactúan con sus experiencias cotidianas. Con tal fin, las analizaré a través del concepto de *hábitus* desarrollado por Bourdieu, el cual procura resolver la dualidad entre objetivismo y subjetivismo, entre agencia y estructura, en el que, en cierta medida, parecieran verse atrapados los excombatientes por las demandas narrativas de las instituciones.

* * *

Fabio era uno de los más firmes promotores de la familia como motivo para permanecer al margen de los grupos armados. Acaso no era coincidencia que durante el tiempo que permanecí más cerca de ellos su familia estuviera a punto de sumirse en la violencia por los problemas económicos, las diferencias con su mujer y las dificultades con su papá y su hermano, todos los cuales vivían juntos. Su estado de ánimo cambiaba permanentemente, y siempre jugaba con un posible regreso a los paramilitares como solución a sus problemas. Pese a ello, más que ningún otro de los excombatientes hacía de su familia el eje de su narrativa. “Buenos días –comenzaba sus relatos–. Voy a comenzar una historia, un relato de mi historia de vida. Bueno, mi comienzo fue: yo ingresé a los doce años de edad. Las causas o motivos de mi ingreso... ingresé porque mi padre pertenecía a las FARC. Los motivos, las causas, más que todo fueron familiares, puesto que mi papá nunca se mantenía en la casa, y no conocí a mi mamá de verdad, entonces permanecía con una tía que es maestra, ella fue la que me crió y todo eso”⁶³.

⁶³ Del conversatorio en el colegio Gimnasio los Andes, septiembre 16 de 2008. Este fue uno de los pocos conversatorios que pudieron ser grabados.

Sandra también recordaba la violencia familiar como un motivo para su ingreso a los paramilitares, y Enrique, aunque sostenía que su ingreso había sido por cuestiones económicas, después de integrar el elemento del orgullo a la cadena de acontecimientos, hizo de éste el eje de la relación con su familia, de modo que fue el rechazo a pedir ayuda a ésta lo que, sostenía, había terminado por ponerlo en el vulnerable lugar que motivó su entrada a la guerrilla.

Fabio continuaba en los conversatorios: “En el transcurso de mi vida fui tomando determinadas decisiones, decidí irme a las autodefensas, transcurridos los doce a los dieciocho años trabajé como urbano, ese tiempo ingresé a una escuela y trabajé ese tiempo, y a los dieciocho años exactamente comencé ya a trabajar en el monte, en el “área”, como llamamos y como llaman también los militares. Conocí muchos amigos, pero hay que ver que ingresé y perdí a mi familia. [...] Ahora estoy aquí en el programa, tratando día a día de aportar para los colegios, universidades, que día a día el conflicto está en nuestras casas, está en nuestros colegios. Que detrás de una guerra debemos pensar primero en nuestras familias, pensar primero que si hay conflicto lo podemos resolver con nuestros profesores, nuestros hermanos, nuestros familiares. Día a día se ven peores cosas pero debemos saber cuál es nuestra identidad, tratar de luchar por lo que queremos hacer día a día. Ahora convivo... mmmmh, es un caso raro: convivo con mi papá; mi papá nunca se desmovilizó, nunca estuvo de acuerdo con el gobierno. Bueno, convivo con mi papá, con un hermano y mi esposa. Hoy en día llevamos una vida digna, una vida de padre e hijo, pues gracias a dios estoy estudiando, capacitándome, tratando de aportar mucho más para que la juventud hoy en día trate de mirar y no se deje llevar por el reclutamiento y las cosas que son facilistas. La única cosa que es fácil es el amor que tenemos por nuestros padres, por nuestros hijos. Gracias”.⁶⁴

Bourdieu, siguiendo a los etnometodólogos anglosajones, ha llamado *family discourse* a la representación que hacemos desde lo cotidiano de la familia, es “el discurso que la familia dice de la familia” (Bourdieu 1997: 128), y que le postula una serie de atributos

⁶⁴ Ibid.

permanentes: se la considera como una realidad trascendente a sus miembros, concebida como un universo social separado de los demás y dirigido a conservar dicha separación, dentro de la cual los valores no siguen las relaciones interesadas del ámbito económico, suspendiéndose la transacción y el interés por los del don, la solidaridad, la confianza. Tales valores son extrapolados para construir modelos ideales de las relaciones humanas – en el que se integran otros conceptos como la ‘fraternidad’, ‘respeto’, ‘unidad’...–, que tienden a funcionar como principios de construcción y de valoración de toda relación social (Ibid).

La forma en que aparece representada la familia en el relato de Fabio, en el que priman los afectos y la posibilidad de comunicación, reproduce esa idea de la familia como el santuario de los valores, y que se contrapone a las relaciones interesadas y engañosas de la ilegalidad. El ejemplo que los excombatientes pretendían proyectar a los estudiantes era que se podía evitar el “camino de las armas” y superarse a través de la consagración a la familia⁶⁵ y a sus ámbitos complementarios, como el trabajo y el estudio –en el sentido en que garantizan el sostenimiento y la reproducción de la institución familiar–, ámbitos de la vida que habían quedado suspendidos durante su permanencia en los grupos armados, y que ahora se convertían en motivos centrales de permanencia en la vida civil y espacios privilegiados para transformar las condiciones que vivían. Una primera función de la familia en su discurso sería, entonces, reconciliarse con la institución que modela las relaciones sociales, encontrar dentro de ella el rol legítimo, de padre, madre, hijo, que rompiera con las ideas del combatiente, aislado de los vínculos de ese tipo.

Pero la familia aparece en otra posición en los relatos: también es central al ser el espacio en el que se ejerce la violencia o se vive la ausencia que empuja al grupo armado. Sin embargo, el mensaje central de Fabio era rescatar su lugar en la configuración de sentido por fuera de los grupos. No es contradictorio si atendemos a que representa a la familia casi como el único espacio en el que pueden actuar, es decir, tener un rol activo como sujetos. Esa representación se alimenta de la oposición familia-sociedad propia del

⁶⁵ Esto se puede identificar también en la cita de Víctor, en la página 63.

discurso familiar, que la opone a las relaciones marcadas por la racionalidad económica. Tal oposición les permite pensar en construir un espacio relaciones diferentes a las determinadas por sus condiciones socioeconómicas. Así, pueden considerar que dentro de la familia consiguen actuar sobre sus parientes a través de valores, afectos y comunicación: pasar de un sujeto estructurado a un estructurante. A través de esa representación de familia intentaban conciliar los modelos individual y social impuestos por las instituciones oficiales, la militar y la PACPR respectivamente, y en cuyo marco construyeron sus narrativas. Esa es la segunda función de la familia en sus representaciones de ruptura: identificar un espacio en el que son actores de su propia realidad, por oposición a la representación de objetos de las instituciones militares que los formaron, pero no para vehicular sus intereses particulares condenados por el PACPR, sino para encontrar una comunidad al margen dichos intereses.

Bourdieu propuso el concepto de hábitus, entendido como los sistemas de percepción, valoración y producción de prácticas, adquiridos en la experiencia duradera de ciertas condiciones sociales. Los hábitus participan de la experiencia subjetiva al ser las categorías mentales a través de las cuales percibimos y ordenamos la experiencia –disposiciones cognitivas–, las evaluamos –disposiciones valorativas– y actuamos según ellas –disposiciones prácticas– proceso que experimentamos como individual. Así mismo, participan de las estructuras objetivas porque se formaron en la socialización en posiciones específicas en el mundo social, sometidas a relaciones objetivas, estructurales, que no dependen de nuestras concepciones (Bourdieu 1988, [1980] 2007). Son entonces sistemas de disposiciones para categorizar la realidad social que a la vez nos categorizan, que enuncian el lugar social en el que nos constituimos como agentes sociales: “nada clasifica más a alguien que sus clasificaciones”, dice el autor (1988: 135). Por lo tanto, para que los hábitus se reproduzcan necesitamos procesos continuados de representaciones y prácticas en juego, aunadas a los condicionamientos producidos por el conjunto de relaciones sociales en las que estamos insertos, configuradas por los capitales económicos, sociales y simbólicos que poseemos. Los relatos de los excombatientes están insertos en esos procesos continuados de representaciones que reproducen los hábitus.

Desde esa perspectiva, la familia es un hábitus, que funciona como un “principio de construcción de la realidad social que ha sido socialmente construido” (1997: 129) que modela el conjunto de relaciones sociales porque hemos sido socializados en las relaciones no modificables al interior de ella: el poder sobre mí de aquello llamado como ‘padre’ y ‘madre’, que se establecieron vínculos de dependencia y afecto, que fueran el garante inmediato de mi existencia. “Así, la familia como categoría social objetiva (estructura estructurante) es el fundamento de la familia como categoría social subjetiva (estructura estructurada), categoría mental que constituye el principio de miles de representaciones y de acciones (matrimonios por ejemplo) que contribuyen a reproducir la categoría social objetiva. Este círculo es el de la reproducción del orden social. La sintonía casi perfecta que se establece entonces entre las categorías subjetivas y las categorías objetivas fundamenta una experiencia del mundo como evidente, *taken for granted*. Y nada parece más natural que la familia: esta construcción social arbitraria parece situarse del lado de lo natural y de lo universal” (1997: 130).

Por ello “la única cosa fácil es el amor que tenemos por nuestros padres, por nuestros hijos”, pues la interiorización ya realizada de la familia se instala como un hecho dado, que nos supera, y que rige nuestras representaciones y prácticas, así como del posicionamiento en el rol social legítimo, que se opone a la condición del excombatiente cuando no tiene a nadie más que a sí mismo. El seguimiento etnográfico mostró, sin embargo, como esa construcción discursiva se veía amenazada por los permanentes cambios y tensiones en sus relaciones familiares. Sin embargo, quiero mostrar como precisamente gracias a esa amenaza les fue posible identificar las relaciones de poder en las que estaban insertos dentro de la estructura familiar que idealizaban, y como al enfrentarse a ellas pasaron a ser agentes activos, más que por reproducir sus formas estereotipadas.

Del “espíritu de familia” al ‘campo de poder’

A principios del 2009 Fabio tuvo una época especialmente inestable. Permanecía desencajado, no mirando a los ojos, quejándose de todo: de su casa, del programa de reintegración y sus incumplimientos, de la política nacional. Respondía a todo con frases dichas en voz baja, agresivas, mientras se encajaba una gorra todo lo que más podía en el cráneo. Por esa época comenzamos un nuevo ciclo de conversatorios, esta vez en un colegio de Bosa. Nos encontramos en la oficina para que nos llevara la camioneta del PACPR, y al preguntarle por cómo le iba consiguiéndose la plata para pagar salud y pensión y poder iniciar el contrato, me dijo que estaba cansado, que hasta “me le iba a escapar hasta a usted, Juan”. Quería botar todo a la mierda y largarse al grupo. Durante el trayecto a Bosa destiló ponzoña. Nos contó que su mujer estaba enferma, con “maluqueras” y cuando el chofer le preguntó si no estaba embarazada, Fabio respondió que si era así pues él mismo le sacaría la criatura. Durante el conversatorio habló poco y evitaba responder las preguntas, que, como hizo notar Enrique cuando almorzábamos, era el signo de los días en que Fabio estaba peor. Mientras él hablaba durante el conversatorio, Sandra me pasó un papelito que decía “Juan Felipe: Imagínate, ¡Fabio quiere devolverse! No me quedé yo! Este chino esta loco.” Le había pedido a Sandra que lo contactara con personas de la región donde había operado, porque no quería volver donde él lo había hecho.

Con el paso de los meses su situación familiar deterioró aún más. En varias oportunidades llegó con evidencias de agresión por parte de su esposa; le siguieron amenazas de separación, después breves etapas de mejoría para comenzar los problemas de nuevo. Solíamos sentarnos en una panadería a escucharlo y azuzarlo a que se separara, en la medida en que veíamos que su situación no tenía mejora. Acaso como respuesta a su momento, en sus relatos insistía cada vez más en la importancia de la familia pero, haciendo evidente la contradicción entre lo que vivía y lo que predicaba, comenzó a incorporar en los relatos su drama personal. Reflexionaba sobre sus últimos conversatorios diciendo que “siempre en las historias de vida se toca el tema familiar, desde nuestra familia, casi todos los problemas son por problemas sociales, económicos y familiares, entonces eso implica que la mayoría de los estudiantes tengan esos mismos problemas, y

ellos se caracterizan por esas mismas historias de nosotros, y ellos de una vez entran como a tomar conciencia y se preguntan sobre ellos. Porque uno los ve muy callados, pensativos, pero con esas historias de vida los jóvenes se caracterizan. Yo ahora les toqué el tema primordial, el tema de mi familia. Porque hoy en día se puede decir que no tengo una familia estable, en el momento estoy separado. ¡Yo les toqué ese tema!, les dije “yo en el momento estoy separado, pero mire, pónganse en mis circunstancias: estoy separado, no tengo mamá, poco hablo con mi papá, el único hermano que tengo está en silla de ruedas, y a mis hijos mi esposa se los va a llevar, no sé si los pueda visitar sino cada seis meses, y económicamente yo no tengo una situación buena, no los puedo visitar cada mes. Pero siempre hay una esperanza, una luz pequeña, pero siempre se va a agrandar. La esperanza es lo último que se puede perder. ¿Qué podemos hacer? Miren, si ustedes estudian y se capacitan, si se sientan cinco minutos en casa a pensar realmente qué es lo que quieren, ustedes hablan con sus papás, tíos, profesores, porque los colegios y nuestros profesores son nuestro segundo hogar, ustedes van a tomar buenas decisiones”.⁶⁶

¿Por qué el ideal de familia, esa representación que rezuma del discurso familiar, en lugar de ser objetada por las experiencias de Fabio y su identificación de la crisis que atravesaba tanto a su familia como la de los jóvenes, se convertía en su tabla de salvación, en esa ‘luz pequeña que no se apaga’? ¿Por qué se siente el eco del discurso oficial de la desmovilización, con su hiperbólico uso de la institución familiar como eje? Porque tal relato es, ante todo, el relato de un *hábitus*. Ello, en el sentido en que es la representación de la familia como categoría organizadora de las relaciones sociales, que al definir tácitamente prescribe lo que no se ajusta a tales definiciones, y la hace aparecer al modelo propuesto como su expresión *natural*. La circulación de tal hábitus es tan poderosa que el hecho de que sus familias de origen no coincidieran con ese modelo era entendido por ellos –y por el Estado, como aparece reiteradamente en sus documentos⁶⁷– como la razón para

⁶⁶ Entrevista con Fabio, diciembre 3 de 2009.

⁶⁷ Por ejemplo, el documento Conpes 3554, que establece los lineamientos de la política nacional de reintegración, sostiene que “En su gran mayoría, los desmovilizados poseen atributos psicosociales y valores que limitan su posibilidad de interacción social; en otras palabras, no se encuentran preparados para vivir dentro de un conjunto de reglas sociales en coordinación con el presupuesto de la legalidad. Las características psicológicas de las personas en proceso de reintegración son resultado de la interacción en

una existencia fallida, para un descarrío vital: la familia real es el modelo representacional, y todas sus otras manifestaciones se deben ajustar a ella. Y en el otro punto del trayecto, éste mismo hábitus se instala como el modelo a seguir que garantizará –como realmente puede llegar a hacerlo, en virtud de sus poderosas formas de constitución de relaciones de poder en lazos afectivos– el no ingreso o regreso al grupo armado.

Sin duda, el Estado y sus intervenciones tienen una participación central en la reproducción del discurso familiar, como señalaba al principio de este apartado remitiéndome al trabajo de Daniel Varela (2008). Sin embargo, teniendo en cuenta el concepto de hábitus, la eficacia del Estado reside, más que en imponer cierto discurso, en recoger lo que ya está establecido en el hábitus estructurante que va más allá del Estado, pues en aquel todos hemos sido socializados. El poder simbólico del Estado está en que construye sus categorías sociales sobre la base de distinciones objetivas. Es decir, que enuncia relaciones sociales que ya están funcionando en la práctica para instituir grupos que antes no estaban enunciados o reproducir otros, y sobre tal etiquetación construir y perpetuar relaciones de control (Bourdieu 1988). Tal forma de relación es precisamente la que parece revelarse detrás del lugar de la familia en el discurso y la narrativa de la desmovilización, y de allí su fuerza para constituir un orden moral. De hecho, para Bourdieu la familia es una “ilusión bien fundada” (Bourdieu 1997: 138), un constructo social nombrado desde el Estado, pero cuya solidez se debe a la reproducción circular entre las formas que la familia toma para el sentido común y las políticas e intervenciones materiales y simbólicas que se llevan a cabo desde el Estado para reforzarla.

En ese sentido, además de instaurar el discurso moral sobre la familia como el lugar natural de los sujetos reintegrados, desde el Estado se han establecido políticas de beneficios económicos que reforzaban las relaciones desiguales que ésta implica bonificando económicamente a los desmovilizados según el número de hijos que tengan (lo que provocó que muchos presentaran hijos ajenos como propios para aumentar sus ingresos), o

contextos familiares, sociales, culturales, económicos y políticos, caracterizados por la violencia, injusticia e inequidad que dificultan la posibilidad de generar alternativas para la satisfacción de sus necesidades básicas.” (DNP 2008: 20).

concentrar los beneficios sobre el padre cabeza de familia reproduciendo la dependencia de la pareja a ellos, mientras reducía los apoyos a la reintegración familiar. Los proyectos productivos solo podían ser propuestos y gestionados por el desmovilizado, y rara vez se tenía en cuenta a sus redes familiares inmediatas. Las parejas e hijos de desmovilizados tampoco podían acceder a formación técnica ni formación para el trabajo (Hoyos 2010).

Por ello son particularmente significativos los intentos de las mujeres excombatientes en modificar tales relaciones desiguales al interior de sus familias, pues nos permiten ver como ésta funciona como un campo social, nuevamente en el sentido que le da Bourdieu, en el que los diferentes agentes están ubicados desigualmente en relación con sus capitales económicos, sociales y simbólicos, y dentro de éste campo se producen conflictos y acciones realizadas por aquellos que pueden reproducir o alterar dicho orden (Bourdieu [1980] 2007: 132). En el caso de los excombatientes, me resulta también significativo que la lucha por evitar la reproducción de los patrones militaristas dentro de sus relaciones familiares venga aparejado con un intento por alterar las relaciones económicas, como mostraré ahora, evidenciando como los capitales de la guerra inciden dentro de la familia para constituir las relaciones de poder. Además, la confrontación dentro del campo familiar les daba luces sobre su propia capacidad de acción al interior de éste. En ello, nuevamente los ejemplos más relevantes son los de las mujeres, Aura y Sandra, en el que su condición desigual de género en términos económicos implicaba ya una tensión con la representación tradicional de la familia.

Sandra, como madre soltera rodeada de hermanos pertenecientes a las fuerzas militares, tenía que luchar permanentemente tanto por que tales patrones sus hermanos los reprodujeran dentro de su casa, como por evitar que la tutela que éstos hacían sobre su hijo se tradujera en una socialización infantil en lo militar. Una ocasión fue precisamente cuando sus hermanos se enteraron que ella había sido paramilitar. Seguramente ya venían dudando de ella, porque al parecer le tendieron una trampa. Dos de sus hermanos estaban en su casa, acá en Bogotá, y todo el tiempo se la pasaban hablando de operativos, armas, códigos, mientras ella se “aguantaba” para no meterse en la conversación, hasta que uno de ellos habló de un radio -del que ella me dio el nombre y especificaciones con detalle, cosa

que no recuerdo- y que cuando iba a “chuzar” la frecuencia de la guerrilla, ese radio tenía un “botoncito a un lado...” dijo dubitativamente uno de sus hermanos, a lo que Sandra respondió entusiasmada con el nombre del botón, con que se tenía que abrir el radio por detrás y hacer ciertas cosas para mejorar la señal. Los dos hermanos la miraron fijamente y le preguntaron “bueno Sandra, ¿usted fue guerrilla o paraca? Diga a ver, porque usted sabe de esto y aquello, y no ha hecho curso militar y en un curso de escolta no se aprende de tanta vaina...”. Quedó fría.

Después de un silencio uno de los hermanos le dijo “júreme que no fue guerrilla”, insinuando que sería el peor de los golpes para ellos. Ana les confesó que había estado en las autodefensas, comenzando por decirles “¿ustedes se acuerdan cuando eran chiquitos y yo aparecía cada mil años y después iba y me desaparecía de nuevo?”, bueno, pues que de “tal a tal año, en tales y tales lugares yo pertencí...” . Parece que no hicieron aspaviento, casi lo único que le dijeron fue que “con razón tiene esa espaldota, que ni nosotros... se nota que le toco cargar harto morral”. Bajo la sospecha se adivinaba cierta complicidad, hasta admiración manifiesta en las marcas corporales de la vida militar. Después le hicieron una pregunta que le molestó: “Bueno, ¿y le gustó?” Ella les respondió que eso no era cuestión de haberle gustado o no, que claro, que todos ellos llevaban “la milicia en la sangre” al haber sido su papá militar también, y que le gustó probarse que como mujer podía hacer lo que hacía un hombre, pero que se habían cometido muchas “cagadas”. Entonces aprovechó para contarles de los operativos, de las nóminas, de los falsos positivos... yo creo que ellos se estaban haciendo los locos. Ana también les demandó que en su casa no volvieran a hablar de operativos, heridos, armas, códigos militares, que no le volvieran a decir a su hijo que tenía que ser general, que lo dejaran sano, que quería que su hijo no creciera entre eso, y que si le llegaba a gustar fuera porque le hubiera nacido a él. De hecho, me dijo, gracias a su relativa estabilidad económica y a sus vínculos institucionales sus hermanos le habían propuesto pagarle el colegio militar al niño, a lo que ella se negó rotundamente, no quería que él viviera en ese mundo.

Aura también tuvo que enfrentar su propia condición dentro de su familia, pues su marido, quien también había sido guerrillero, tras desmovilizarse se había dedicado a realizar

operativos para las fuerzas militares, lo que les significaba un sustancial ingreso económico adicional a las mensualidades del programa. En ese momento Aura permanecía en su casa al lado de sus hijos, pero esas actividades de su esposo generaban terribles incertidumbres en todos, dado el gran riesgo que corría.⁶⁸ Esto me dijo Aura sobre el conflicto que las actividades de su esposo le generaban y como su ingreso a un trabajo le permitió presionar a su esposo a que abandonara los operativos. “Yo me le opongo a los operativos, porque él cada rato se me iba, me dejaba una carta escrita “no, es que te quiero mucho y yo sé que tu no entiendes...”, y él ya en tal lado y yo como una loca me iba para el terminal [de transporte intermunicipal], y para saber a dónde se iba ponía un denuncia de desaparecido, y me decían “no, es que acaba de salir para tal ciudad”. Entonces a lo último yo le dije “bueno hermano usted se vuelve a ir y esta vaina se acabó, yo no comparto eso, no comparto eso”. [...] Ya cuando yo le vuelvo a decir “qué pena pero si usted se vuelve a ir esta vaina se acaba”, ahí es donde yo tomo la decisión y paso la hoja de vida para Misión Bogotá”.

“Entonces yo ya entro a trabajar –continuó Aura– y yo le digo “usted se tiene que poner a estudiar”, porque él llegó con un tercero de primaria que hizo en la cárcel, y ya está en octavo, noveno; y él ya ha cambiado... él dice que sí, que los operativos, pero yo le digo “¡qué tristeza con usted! ¿Qué le puede exigir usted a sus hijos? ¿Qué autoridad moral tiene usted para sus hijos, de decirles que no sean agresivos, que no maten, que no roben...?”. Entonces me dice –“ahh, ya viene usted con sus terapias, la madre Teresa de Calcuta”, yo le digo “no soy la madre Teresa de Calcuta pero es que si uno se viene para acá... o si no ¡devuélvase! En las AUC le deben pagar bien a usted, porque usted tantos años, tantos muertos, usted sabe matar de esta, de esta, de esta manera, entonces pues ¡devuélvase!” Eso como que se queda callado”.

— ¿Muchas familias están en ese círculo de operativos y operativos? –le pregunté–.

— ¡Claro! hay desmovilizados que se mantienen allá, que se traen treinta, veinte palos...

⁶⁸ Una exposición y análisis de los fundamentos normativos, políticos y del impacto de la participación de los desmovilizados en operativos de las fuerzas militares, en los cuales se enfrentan a estructuras de la guerrilla está en Hoyos (2010).

— Se los gastan y después vuelven a otro...

— ¡Claro!⁶⁹

Bourdieu llama “espíritu de familia” a la disposición que se cultiva en cada miembro de la familia a tener un vínculo afectivo con los demás, que deviene en ocultar su condición de *campo* y presentarla como un *cuerpo*, una unidad. Sin embargo, es tal condición de campo la que les permite, en último caso, actuar sobre sus propias condiciones y las relaciones que están por ellas determinadas. El mismo Bourdieu señaló la necesidad de no pensar los hábitos como estructuras inmodificables, sino como disposiciones que permiten gran libertad de acción dentro de las posibilidades que brinda la estructura interiorizada, es decir, que sus acciones buscarán la modificación de las relaciones dentro del campo pero no la disolución del campo mismo. Es tan poderosa la construcción del mundo social a través del modelo familiar, que sus modificaciones se dan en tanto éstas permitan acercarse más al modelo de la representación. Así, representaciones en los relatos, prácticas cotidianas y discursos e intervenciones del Estado entran a jugar un juego de relaciones complementarias para que, efectivamente, la *familia* se convierta en el eje moral de los relatos, en la disposición que guía la acción y en la institución que refuerza el Estado.

Me permitiré citar un tramo extenso de una conversación con Aura para ilustrar como se amalgaman el discurso institucional con los ámbitos del trabajo, el estudio y la familia para establecer un campo en que consideran los excombatientes pueden ejercer su libertad, en una ambigua oposición a su experiencia en el grupo armado. También como, nuevamente, encuentra en las tensiones familiares el espacio –el campo– de acción, sin ser por ello un proceso emancipatorio; todo lo contrario, implica una actualización del modelo que define el conjunto de relaciones sociales, pasando por la aceptación, e incluso la demanda, de las intervenciones institucionales en el ámbito familiar y emocional de los excombatientes. En esa ocasión le preguntaba a Aura por qué fracasaban los proyectos productivos que les financiaba la ACR a los excombatientes, a los que me respondió:

⁶⁹ De la entrevista con Aura, excombatiente de las FARC, mayo de 2010.

— Hay algo en que sí he estado de acuerdo con la ACR, y es que el desmovilizado no quiere estudiar, quiere ir por firmar y ya. Y uno para estar en todo ámbito, comunitario, social, así sea con la misma familia, uno tiene que estudiar. Y el individuo o el ser humano... yo misma, porque yo he vivido el cambio de una persona que pasa de ser analfabeta a ya tener educación más adelantada.⁷⁰ (...) Yo lo veo más desde la parte del desmovilizado que no quiere capacitarse porque no más va sino a firmar, creen que toda la vida les va a llegar la ayuda y que con 380.000 pesos, con eso van a sobrevivir, y eso es lo más triste, que en estos momentos yo tengo compañeras desmovilizadas que no tienen una cuchara, que todavía viven arrimadas en una casa de tres y cuatro desmovilizados. Y todavía están viendo la situación, como está el país, la ciudad, la comunidad donde viven y todavía no se ponen a pensar en un futuro, como que dejan que pasen y pasen las cosas.

—¿Por qué se da el caso de esas compañeras tuyas a diferencia de su caso, por ejemplo?

—Ah no, es que cada uno tenemos un pensamiento diferente, cada ser humano pensamos, sentimos y expresamos diferentes las cosas. Y yo, primero que todo, cuando me independicé no pensé en hijos ni nada, sino que me independicé para ser libre, para de pronto ayudar a la sociedad a cambiar su forma de pensar, no en el sentido de... el hecho de que yo esté aquí no es que yo haya cambiado mi forma revolucionaria, porque yo me siento izquierdista y yo en todo lado lo discuto y lo digo, yo digo ‘si la guerrilla admitiera nuevamente la gente, les perdonara la vida y cambiara los estatutos y que se hiciera lo que dicen los estatutos de las FARC, créame que yo me devolvería, pero como eso no va a pasar, entonces a uno le toca luchar desde acá afuerita. Aparte de eso pues mis viejos, que ellos son los que más han pagado los platos rotos de toda esta situación, porque mis hijos... así suene amarillista u ordinario o como se quiera llamar, los coge un Bienestar y allá les dan comida, les dan psicólogo, educación y todo, pero los viejos... entonces más que todo por eso: mi libertad y mi papá y mi mamá. Y yo desde un principio, que a mí me mandaron para acá a Bogotá, inclusive desde el mismo batallón, yo desde allá desde el día que me entregué ‘bueno, como vamos a arreglar, yo necesito plata para mandarle a mi mamá, a mi papá; ya estando aquí en el albergue, yo ‘bueno, mi papá y mi mamá...’. Y siempre mis expectativas fueron mi casa, tener todas mis cosas, porque yo llegué con la muda de ropa

⁷⁰ Se refiere a su esposo, quien salió del grupo armado sin haber acabado la primaria.

que tenía puesta, y yo dije ‘bueno, si se va a formar una familia, así esté sola o acompañada, la idea es salir adelante, no quedarnos pues con un televisorcito y la camita, la cucharita y el plato’. La idea es salir día tras día adelante, porque entonces ¿a qué se vino? Uno allá no tenía nada, cargaba todo en la espalda, y aquí va a seguir uno peor.

— ¿Esas compañeras tuyas cómo se explican esa situación?

— ¿No... es que con trescientos ochenta mil pesos que me llegan para pagar arriendo, que la ropa de los niños, que no sé qué...’ y ya. Pero yo lo veo sobre todo desde la parte de ser sinvergüenzas. Es que les llegan los 380 y van y se meten cien en ron o en cerveza. Ahora, si están estudiando en la Unad, porque mi amiga está estudiando allá los sábados no más, ¿por qué no trabaja de lunes a viernes así sea en una casa de familia, que no tienen necesidad de decir quién soy ni para dónde voy? O estudió lo de belleza, entonces ‘no, yo me voy a un salón a cepillar...? Son como personas que no aspiran nada en la vida. Pero con llorar y llorar, como la víctima, como el desplazado, que entonces ‘yo voy y pido a la UAO, voy y pido a la UAO...’ pero, venga ¿usted qué está haciendo por salir adelante? Yo he visto desplazados bien, que llegaron acá sin nada. Entonces es como su manera de pensar cada uno o su visión de vida.

— ¿Y eso viene desde antes del grupo o se formó en el grupo?

— Mire que para mí, en el grupo fue que yo aprendí a valorar todo. Porque yo antes... a uno no le importaba nada, uno sabía que en cualquier momentito lo mataban, y ya. Pero uno allá, lo que uno le dice a los pelaos en los conversatorios creen que es mentira, que uno allá no tiene tiempo para un día de la madre, para una navidad, es que ni con su pareja, porque yo estaba con mi marido y estaba aquí sentada con él cuando un día ‘bueno, se va...’, y él no tenía que decirme ni para dónde iba ni nada, a nadie le interesa nada, allá cada uno es independiente y ya. Entonces ya uno como que aprende a valorar las cosas: su familia, la plata, porque yo allá llegué a pagar por una bolsa de pan que aquí está costando dos mil pesos, veinte mil. Y era guardando la bolsa de pan entre el equipo y comiéndome de a pedacitos por ahí porque si me veían todos, me llegaban como pirañas y se me comían todo! Y hasta los cigarrillos, yo allá mantenía mis decenas de cigarrillos y me tocaba era caletadamente porque si no, pues a uno le da vaina decir no. En cambio una aquí ya valora, el poder estar uno afuera es un cambio total, sino que la gente, yo no sé qué le pasa. Creo

que más es la autoestima, o sea, muchas cosas que hay que trabajar con los desmovilizados. Creo que deberían colocarles como obligación... que se oye feo pero así debe ser, como unos talleres de formación, de manejo de emociones.⁷¹

⁷¹ De una entrevista a Aura, diciembre 8 de 2009.

4

Entre el reconocimiento y la violencia simbólica: Interacciones entre estudiantes y excombatientes más allá del relato

En este capítulo quiero abordar el modo en que se dieron las interacciones entre excombatientes y escuchas, principalmente estudiantes, más allá de los contenidos de los relatos, y como de esas interacciones surge un reconocimiento mutuo entre excombatientes y estudiantes que enriquece su experiencia, pese a las interpelaciones de unos a otros. Tales reconocimientos implican, sin embargo, intercambios simbólicos desiguales entre los excombatientes y sus escuchas estudiantes, alrededor de la fascinación compartida por apariencia, la guerra y el poder que en ella se proyecta.

Por ello la *presencia* de las y los excombatientes como narradores frente a sus escuchas toma un carácter central: articula sus hábitos y los de las y los estudiantes que los escuchan, determinando el surgimiento desigual de complicidades, admiraciones y atracciones de los estudiantes hacia los excombatientes. Tales intercambios hacen del reconocimiento de los excombatientes el resultado de una transmutación de relaciones de poder en relaciones afectivas, que da lugar a una sutil violencia simbólica al interior de los conversatorios (Bourdieu 1997). Por último exploro la aparición reiterada del procedimiento de desplazar la responsabilidad del excombatiente a su contexto social, como piedra angular de los marcos morales de los diferentes actores involucrados en este trabajo. Su articulación en las interacciones descritas antes, me permite postularlo como un hábito que está emergiendo en medio de las relaciones sociales enmarcadas en el proceso transicional.

La identificación y el reconocimiento desigual entre excombatientes y estudiantes

Las continuidades entre los órdenes de la guerra y de la vida civil develadas en las interacciones entre excombatientes y estudiantes no implicaban, sin embargo, una recepción negativa de los testimonios por parte de los escuchas, al contrario, y como señalaba anteriormente, siempre fue positiva. En el capítulo tres había señalado algunas de las manifestaciones de admiración y agradecimiento que los estudiantes les brindaban, generalizadas en las actividades que realizábamos. El agradecimiento y la aceptación percibidas por los excombatientes era una de las motivaciones para su trabajo, además de su sensación de estar realizando una labor importante al informar a esos muchachos de las formas de involucramiento en la guerra. No era menor el valor que le daban a las preguntas e interpelaciones que les realizaban, considerándolas, sin excepción, un importante aprendizaje para sus vidas y su proceso de reintegración. Más de una vez Sandra y Fabio sostuvieron que su permanencia en “la civil” se debía, en parte, a haber participado de los conversatorios.

Durante los encuentros se daban procesos de identificación mutua: los excombatientes se veían a sí mismos en los estudiantes, o veían reflejados a sus hijos, a víctimas y a posibles victimarios. Los estudiantes y profesores los veían como ‘humanos’, como ‘personas’ iguales a ellos, según se expresaban en conversaciones informales que sostenía con participantes después de los conversatorios. Tales relaciones se daban en ese pequeño espacio abierto por los conversatorios y alrededor de ellos, que conseguía, según la experiencia de excombatientes y alumnos, acercarlos y reconocerse. Para el grupo de excombatientes siempre era muy reconfortante que identificaran su humanidad, que los vieran como personas normales, “es rico sentir que se acercan a ti y te miran como persona, que te hablan...”, me decía Sandra en una ocasión.⁷²

Sin embargo, no podría considerar que en tal escenario se dan esos reconocimientos que permiten en la cotidianidad –como lo hacen ciertas antropologías fenomenológicas–, en el

encuentro con el otro, reconstituir el tejido social, “donde se moldean nuevas relaciones de proximidad, alteridad y reconocimiento; donde se deshacen las modalidades de negación de ese otro, que son el centro de la guerra” (Castillejo 2009: 298). Al contrario, las interacciones que presencié estaban atravesadas por la sustitución de unas relaciones de poder por otras, donde ese reconocimiento suspende la negación del otro pero le da forma a una aceptación a través de la fuerza de los capitales para la guerra que los excombatientes poseen, y de las fascinaciones por el poder de la misma que los estudiantes experimentan.

Le pregunté a Víctor por los aportes que le dejaban los conversatorios, y me respondió que “en mi proceso de formación ha sido un 90% de cambio para mí mismo, porque es encontrarse uno con la historia de vida que uno ha pasado y de pronto con alumnos que... por ejemplo me pasó con las alumnas que son hijas de ricos. Que es cuando ella me llama y me dice “¿le puedo hacer una pregunta? Cuando usted habla en su historia de vida dice que la sociedad, que los ricos los ven a ustedes como un objeto. Yo no lo miro como un objeto, yo lo miro como una persona que está aportando y que nosotros como personas que usted ve de una forma que somos distintos, no somos distintos”. O sea, ya entraron a hablar con más confianza, y uno mira la sociedad como algo que le hace daño a uno, lo mismo que ellos lo ven a uno como que uno le hace daño a ellos. O sea, hay una parte que cuando uno se ha criado en una zona marginal, de una u otra parte el mismo Estado ha generado una guerra, entonces uno mira esa gente que está acá como la persona enemiga, mala, la que no sirve, y de pronto ellos lo ven a uno lo mismo. Pero entonces al interactuar uno con ellos, entonces de pronto la forma de ver de uno cambia, de pronto al expresarse, de muchas cosas en la vida o en la globalización, sí me ha servido para mí. Dando la historia de vida mía yo aprendo más de los alumnos para mi formación”.⁷³

El proceso de “humanización”, de normalización de los excombatientes por parte de los estudiantes y profesores se daba con un reconocimiento de la normalidad de quien se ha considerado un criminal, y con posteriores sentimientos de gratitud y admiración hacia los excombatientes. La profesora Luz Lozada, quien estuvo en uno de los conversatorios en el colegio Luis López de Mesa señaló que “a veces nos insensibilizamos tanto porque uno está

⁷³ De la entrevista con Sandra y Víctor, noviembre 25 de 2009.

aquí y la noticia es del Caguán o de los llanos, pero tú no estás involucrado ahí. Entonces a veces los chicos piensan que no existe. Si uno como adulto no se siente tocado a veces por el asunto, pues los chicos que viven con su cabeza en otro lado, más. Entonces cuando tú los ves y los escuchas y son personas comunes y silvestres, no necesitaban nada especial, y se vieron involucradas en el conflicto como lo mostraban desde diferentes perspectivas, yo veía que los chicos estaban muy interesados en el asunto, que los tocó ese asunto de escuchar qué pasó”.⁷⁴

Tal reconocimiento como humanos parece tener como base la aceptación del discurso de los excombatientes sobre la responsabilidad, en el que las condiciones sociales los llevaron a ingresar a los grupos, y sus acciones fueron obligadas dentro de ellos. Para Luz ello también era uno de los mensajes centrales de los conversatorios, decía: “importantísimo es que los victimarios... que se pudiera pensar que los victimarios del conflicto también terminan siendo víctimas, entonces cuando en las narraciones de tus compañeros uno decía ‘pero si esta persona era de la guerrilla o si era de las autodefensas esta persona no se mandaba sola, y esta persona hizo muchas cosas obligada por tener que obedecer’. Entonces esto también que la obediencia no siempre es buena, porque tus compañeros hicieron mucho énfasis en que ellos obedecían órdenes”.⁷⁵

Cindy, una alumna de ese mismo colegio, me permitió grabar sus percepciones sobre uno de los conversatorios. De manera similar a la profesora Luz, el reconocimiento de los excombatientes iba acompañado de una concepción de la responsabilidad coincidente con la de éstos. Decía que “es algo que uno no se imagina, pero uno al escuchar las experiencias de vida de esas personas, uno dice ¡tenaz! porque ellos no eligieron ese camino, pero pues les tocó, y uno no es nadie para juzgar a las demás personas y por lo menos desde mi punto de vista lo que hago es como mirar y reflexionar y ponerme a pensar, y darme cuenta que la vida le da muchas vueltas a uno y uno no sabe en qué momento pueda parar en lo mismo. Pero pues uno ya viendo esos espejos, esas experiencias, pues a uno ya le queda más claro lo que uno quiere. Uno no le desea eso a

⁷⁴ De la entrevista con Luz Lozada, profesora del IED Luís López de Mesa, colegio distrital ubicado en la localidad de Bosa. Noviembre de 2009.

⁷⁵ Ibid.

nadie porque tanto las personas que están allá, pues digámoslo así, haciendo el mal, no porque ellos quieren sino porque los obligan... o sea, es terrible, y pues mucho más terrible para las personas que toca... que son las víctimas. Entonces que de acuerdo a las preguntas que hacíamos todos, que cómo los castigaban, pues tenaz, lo que a uno le queda es que es terrible, una situación terrible. Pero uno se alegra de que esas personas ya recapacitaran y dejaron eso a un lado, que quieren mejorar y quieren cambiar su vida, eso es como lo más importante.

—¿Qué actitud crees que tendrías si te enteraras que se mudó vecino a tu casa un excombatiente? —le pregunté—.

—Yo soy una persona que digo que uno no es nadie para juzgar a las demás personas, cada uno tiene su vida, cada uno comete sus errores. Y pues que es duro también para uno saber que esa persona que está ahí de pronto ha asesinado mucha gente, pues uno pensará que es de lo peor y que no se merece ni el perdón de dios. Pero yo digo, pues cada uno comete sus errores, y pues el único que sabe juzgar es dios, y pues uno debe perdonar.⁷⁶

La desestigmatización de la población en proceso de reintegración a través de los conversatorios, objetivo institucional y personal de los excombatientes, pareciera realmente ocurrir con el reconocimiento de lo común a través de las categorías sociales que los separan, con la identificación por parte de los estudiantes de la dificultad de las condiciones de los excombatientes, antes y durante el proceso de reintegración, lo que abría la posibilidad eso que enunció Cindy: el perdón. Ello, soportado en categorías que ya hemos visto desarrollarse en los diferentes niveles de la producción del relato: el desplazamiento de la responsabilidad, la obligatoriedad de las acciones, la mala decisión, el juicio divino, la ruptura con el pasado; todos elementos presentes en los excombatientes que se reproducen en las respuestas de Cindy, así como en muchos otros mensajes que nos hicieron llegar, aunque esto no implica que haya una relación mecánica de reflejo o interiorización de éstas por parte de los estudiantes, al igual que en la relación entre el discurso del Estado y la narrativas de los excombatientes, sino una convergencia y transacción de categorías

⁷⁶ De la entrevista con Cindy Ramírez, estudiante de grado 10º, colegio Luís López de Mesa. Noviembre de 2009.

valorativas que podrían estar implícitas en las mismas continuidades entre los órdenes civil y de la guerra. Quiero desarrollar ahora como los vínculos generados alrededor de ese reconocimiento implican que no es horizontal, sino que está mediado por una forma de violencia simbólica, en la que se transfiguran relaciones de poder en relaciones afectivas.

Más allá de la identificación: la complicidad, la admiración y la atracción

En la primera parte mostraba como la elección institucional de los excombatientes, aunque enunciara ciertos criterios prácticos, terminaba por definirse en la percepción de ciertos capitales adquiridos en la participación en la guerra. Entiendo por esos capitales bélicos las disposiciones a la actividad guerrera –legal o ilegal– construida en la participación misma de ese contexto. Es el hábitus de la guerra sensible de ser transado por otro capital social, que implica a su vez una modificación en el lugar social que ocupa quien lo porta. Marcos y Alonso, quienes al principio de este trabajo con desparpajo mostraron al principio las tensiones entre la demanda de considerarse sujetos políticos y a la vez conseguir los beneficios sociales reconocidos por el Estado por ser sujetos de la guerra, nos ilustraban una faceta de dichas disposiciones convertidas en capitales, transables con el Estado como con la ilegalidad. En el contexto de los conversatorios, tales capitales se insertaban en transacciones más sutiles, ya que no en disposiciones efectivas para la guerra –es decir, ejecutables en ese mismo momento–, sino en capitales simbólicos.

“El capital simbólico es una propiedad cualquiera, fuerza física, riqueza, valor guerrero, que, percibida por unos agentes sociales dotados de las categorías de percepción y de valoración que permiten percibirla, conocerla y reconocerla, se vuelve simbólicamente eficiente, como una verdadera *fuerza mágica*: una propiedad que, porque responde a unas «expectativas colectivas», socialmente constituidas, a unas creencias, ejerce una especie de acción a distancia, sin contacto físico”, señala Bourdieu (1997: 172-173). Más allá del deseo de hacerlo o de pretender ocultarlo, las marcas físicas y actitudinales de la dedicación a la guerra se ponían en escena durante los conversatorios: llevar el pelo de cierta manera, la disposición corporal, la manera de dirigirse a los estudiantes, combinada con las

experiencias que cuentan, completan una representación simbólicamente poderosa. Ello también fue central para la selección de cada uno de los excombatientes como narradores de su historia de vida, como mostraba en el capítulo uno. Que de los cinco excombatientes que dieron conversatorios, y aparte de la participación en combates, todos hubieran dedicado buena parte de su permanencia a labores de inteligencia, todos su hubieran desempeñado en espacios urbanos, por lo menos tres hubieran estado involucrados en labores de reclutamiento y otros tantos algún tipo de mando o dirección, indica una conexión entre el cultivo de ciertas habilidades para la guerra y el desempeño en los conversatorios, en los cuales esas características se hacían capitales.

De modo que, además de ese reconocimiento inicial que alteraba los límites impuestos de las categorías sociales implicadas como las de clase, de ser humano, de víctima y victimario, percibido con emotividad por unos y otros, se entretejían formas más sutiles y complejas de identificación, que nos dejan frente a un escenario de poderes y transacciones que soporta las identificaciones antes esbozadas: el proceso comenzaba por la experiencia de condiciones sociales compartidas, por esas mismas continuidades que se revelaban en la interacción y que incluían la coincidencia por la fascinación por lo militar, que los acercaban y generaba cierta complicidad. La identidad entre el excombatiente y las figuras de poder y valor en los barrios de los colegios a los que fuimos generaban admiración por los valores que representaban. Y por último, las atracciones físicas de las y los estudiantes hacia el grupo de excombatientes.

La complicidad entre unos y otros la puso en evidencia Fabio, quien señaló que debido a los conflictos similares entre los estudiantes y excombatientes, aquellos se identificaban y establecían comunicación más fácilmente con ellos, de hecho, creía verlo corroborado en su percepción de que el grupo de estudiantes ya era conflictivo y estaba integrado a las redes de delincuencia, juzgando por la apariencia de éstos.⁷⁷ En ese momento no nos dábamos cuenta de que tal complicidad suponía la ruptura de la comunicación entre estudiantes, padres y profesores, a la que Fabio le daba una importancia central en su discurso de la

⁷⁷ La construcción del otro como potencial recluta a través del régimen de las apariencias que los excombatientes incorporan en su experiencia dentro de los grupos armados ha sido esbozada en Hoyos (2009).

familia. “Los muchachos hablan más fácil con nosotros –decía–. Hasta los profesores nos lo han dicho ‘los muchachos son insoportables, nadie se los aguanta...’ y que nos hacía más caso a nosotros que a ellos. Inclusive estábamos con Aura y se acercó una muchacha joven y nos dijo ‘yo les quiero contar algo, mire, yo tuve mi niño a los once años de edad –yo pensaba que lo que nos iba a contar era malo...– y realmente soy muy feliz con mi hijo, no vivo con el muchacho porque es de mi misma edad y es irresponsable, pero ¿qué pasó? mi papá se portaba muy mal conmigo, y yo la embarré, pero ese niño cambió nuestro hogar, y mi papá cambió, mi mamá cambió, mi hogar se fortaleció, y a pesar de que vivimos acá en San Francisco, arriba, somos muy felices, y mi papá me dejó seguir estudiando’. La niña es del grupo más conflictivo que hay en el colegio San Francisco, y uno ve por encima a los muchachos, por las características físicas y todo eso, uno sabe que hay muchachos que están en barras bravas, en pandillas, y uno sabe que varios muchachos entraban armados al colegio... por la malla se pasaban los guayos, que dicen ellos, que son las armas. Pero es una buena solución, porque cuando uno habla con ellos, ellos quieren hablar más con uno que con los mismos padres y profesores.

—¿Por qué?

—Ellos se sienten en confianza porque si ellos tienen un problema, así como la niña que quedó embarazada, ella les va a contar y les da temor es decirles ‘papá, tuve un problema, me ofrecieron marihuana y me dio por probarla’ ellos no le pueden contar eso a su papá, porque ellos saben que el papá les va a meter un castigo muy severo y de pronto los puede echar de su casa o algo. Pero si ellos van a hablar con nosotros que hemos pasado por diferentes circunstancias en la vida, ellos le van a decir a uno ‘no, es que yo la embarré en esto...’. Hay muchachos que me han dicho ‘es que yo voy a salir de once pero yo no sé que voy a hacer’. Cuando estaba con Enrique un muchacho me dijo que iba derechito para la guerrilla, que él ya sabía. Uno sabe que esos muchachos los está trabajando alguien que ya está trabajando alguien que está metido en las guerrillas, pero uno sabe que se lleva el consejo de uno. Otros le dicen ‘ah, es que estoy en una pandilla’, o algo”.⁷⁸

⁷⁸ De la entrevista con Fabio, diciembre 3 de 2009.

Tales representaciones estaban atravesadas por otro tipo de intereses y atracciones, que se manifestaban por fuera de ella. Estaban, por una parte, el interés y la fascinación con la vida dentro de los grupos armados, por su cotidianidad, su proceder bélico, y por otro, por las experiencias de violencia y muerte que hubieran vivido. Ello lo pudimos corroborar con las preguntas que yo recogía de cada conversatorio. Anotaba buena parte de ellas y recogía las escritas, las que después categorizamos y cuantificamos. De 601 preguntas de estudiantes de 14 colegios distritales de 7 localidades de la ciudad, un significativo porcentaje se concentraba en cómo era la vida dentro de los grupos y cómo funcionaban éstos –sus combates, inteligencia, relaciones afectivas, armas– solo comparables al porcentaje de las que indagaban sobre si habían matado, a cuántos y cómo se sentía. Por el contrario, aquellas sobre la relación entre grupos ilegales y Estado, responsabilidades ciudadanas y la política de beneficios a los desmovilizados se ubicaba en los últimos lugares.⁷⁹ Aunque no me fue posible sistematizar las interacciones personales entre los estudiantes y los excombatientes, dado su carácter íntimo, éstos me señalan que en tales conversaciones se reforzaban las familiaridades y continuidades de los estudiantes con la vida dentro del conflicto armado.

Para los excombatientes la fascinación por lo militar era tanto una sombra permanente que los seguía durante sus relatos, como un punto de confluencia con los jóvenes que consideraban riesgoso para ambos, y que les daba temor pisar. En un conversatorio en el colegio Agustín Fernández, de Suba, un estudiante le preguntó qué se sentía asesinar a alguien. Enrique, siguiendo el acuerdo al que todos habían llegado sobre ese tipo de preguntas, le dijo que no iba a responder eso porque le parecía que era irrespetuoso y podía generar efectos legales. Sandra les dijo que hacerlo era lo peor, pero, entre conmovida y emocionada, comenzó a decir que en el grupo armado les habían enseñado a que el peor error era mirar a los ojos a las personas que se iban a asesinar, que se debía actuar con frialdad, tampoco permitiendo que hablaran, mantener cierta distancia, y otros detalles que no pude retener. Los estudiantes estaban atónitos. Recordó entonces que ella había

⁷⁹ La no presentación completa de estos resultados se debe a que es un documento de circulación interna de la Alcaldía Mayor de Bogotá.

desobedecido ese principio y que ahora no podía cargar con la conciencia. Al escucharla, yo no sabía si estaba haciendo un acto de contrición o dando las reglas para el bien asesinar. Había entre gusto y rechazo en su respuesta, y seguramente, también en mi escucha, la cual no estaba al margen de su influjo.

Cuando sentados en una cafetería cerca del colegio le dije que me parecía que sus emociones se habían confundido en ese momento y que su relato se podía oír como una receta para matar, se llenó de lágrimas y dijo que ella estaba pasando por un momento muy duro y que sintió que debía responder eso, que todavía recordaba un señor que le rogaba que no lo mataran, que trataba de sacar las fotos de sus hijos de la billetera mientras imploraba, y que ella se había quedado mirándolo... y ahora no dormía, no descansaba.

Tales filtraciones de sus experiencias más emocionales y comprometedoras, contrario a generar rechazo, producían identificación y acercamiento desembocaba muchas veces en la admiración que los estudiantes manifestaban hacia los excombatientes por su valentía, su tenacidad para pasar las experiencias narradas, que los parecía rodear de un aura particular que se volvía ejemplar. Un estudiante del IED Almirante Padilla,⁸⁰ les escribió en un mensaje: “ustedes son unos berracos y son en verdad quienes se llevan el crédito. Ustedes estuvieron en un infierno y aún así salieron a ayudar y a darnos a conocer sus problemas para reflexionar en cuanto a nuestras decisiones. Ánimo, ustedes pueden llegar muy lejos, ojalá nosotros tuviéramos esa energía y esa berraquera para continuar”.

Tales valores, que ya tomaban la forma de capitales simbólicos, incluso volvían a ser inscritos en el lenguaje militar, como en el mensaje de una estudiante del colegio CEDID Ciudad Bolívar: “Nos parece que ustedes son unos guerreros que luchan por lo que quieren. Felicito a la que estaba embarazada que es muy guerrera para aguantarse ocho meses en el monte en embarazo. Solo quiero decirles eso, que son guerreros”.

⁸⁰ Colegio distrital de la localidad de Usme.

El ‘engaño de la imagen’. Categorizar y ser categorizados

¿Por qué eran leídos como ‘guerreros’? Un ejercicio que realizamos después con estudiantes que habían participado en los conversatorios nos puede dar algunas luces. No fue un ejercicio enmarcado en esta primera fase de los conversatorios, por lo tanto no puedo tomarlo en toda su dimensión, pero me sugiere vínculos que se daban también durante este momento. Les pedíamos a los estudiantes de noveno a once grados que en pequeños grupos dibujaran en una cartelera la figura que para ellos representara el “poder”. Mi idea era indagar por las representaciones físicas del poder, elemento que los excombatientes habían referido como central en el reclutamiento a menores. Este ejercicio tuvo muy poca acogida tanto entre los excombatientes, que eran los que lo dirigían, como dentro del PACPR. En general, preferían encuentros más dialogados, en los que, por ejemplo, las ideas políticas de los estudiantes y excombatientes se expusieran y se desarrollaran. Claro, los jóvenes gastaban mucho tiempo dibujando y la experiencia parecía inocua, pero no solo aprovechaban esos momentos para preguntarles a los excombatientes por todas esas continuidades de las que ya hablé, sino que sus carteleras, en un significativo porcentaje, representaban a las figuras de poder como hipermasculinizadas, relacionadas con el uso de armas, el tráfico de drogas, y acompañados por pequeñas figuras femeninas como parte de sus pertenencias. En otras tantas ocasiones representaron guerrilleros controlando a secuestrados.

La apariencia tiene un papel central en las relaciones entre el grupo armado y población civil es en el reclutamiento de menores. Tanto en las ciudades como en las cabeceras municipales los grupos paramilitares han utilizado una técnica para las y los jóvenes de los 12 a 15 años, que Fabio llamó en una de nuestras primeras reuniones “el engaño de la imagen”. Éste consistía en que hombre del grupo paramilitar bajaba de civil al pueblo, con la mejor “pinta” y con una buena moto; se sentaba a tomar una cerveza en un bar y esperaba, no tiene que hacer nada más. Al rato, jovencitos comienzan a preguntarle por la moto y él los invita a tomarse algo. Usualmente identifica quienes tienen problemas

económicos o están muy entusiasmados y les deja ver la plata o el arma y comienza a envolverlos: que haciendo tal trabajo se ganarán plata fácil y podrán estar como él.

La disposición a establecer una relación entre excombatiente y joven a través de ser categorizados y categorizar por medio de la apariencia no era sólo una historia referida a su pasado en los grupos armados,⁸¹ sino que se actualizaba en el contexto mismo de los conversatorios, donde los excombatientes seguían percibiendo a los estudiantes como sujetos potenciales para la guerra. Una noche tuvimos que esperar bastante para entrar a uno de los primeros conversatorios, realizados en el IED Agustín Fernández de Usaquén, por lo que pasamos un buen rato rodeados de los y las estudiantes que salían de la jornada de la tarde o entraban a la de la noche. Sandra y Fabio estaban mirando un grupo de estudiantes parado después de la malla que separaba el colegio de la calle, mientras comentaban “vea, esos están perfectos, ni hay que preguntarles...”. Pese a estar un poco retirado, me llamó la atención lo que decían y les pregunté que estaban perfectos para qué, respondiéndome que estaban listos para irse a los paramilitares. — ¿Y por qué saben? Les pregunte. —“Pues porque se les nota... como miran a todos lados, pendientes, se nota que les gusta la plata, por las gafas y el peinado, les gusta el visaje...”. Yo quedé atónito, no supe que decirles mientras recordaba que hacía sólo unos días habíamos hablado precisamente sobre el engaño de la imagen. Después del conversatorio hablamos sobre sus impresiones al respecto y Sandra fue muy insistente en decir que estaba segura de que un grupo de muchachos que los habían escuchado estaban metidos en algo, por su actitud displicente ante la charla: “...¡y sí vio que fueron los únicos que preguntaron sobre la muerte y matar y esas cosas!!!”, lo que fue para ella algo revelador del interés que tenían en meterse a la vida delincuencia.

Emergía en ese momento un conjunto de hábitos que conectaban tanto el ámbito del conflicto armado y el de las conflictividades urbanas: la relación entre las apariencias físicas y la categorización mutua. Para los estudiantes las figuras del poder —y del

⁸¹ Un análisis más detallado del uso de la apariencia por parte de los excombatientes para organizar sus percepciones dentro de los grupos armados y en el contexto de la reintegración la trabajé brevemente en Hoyos (2009). No la incluyo en su totalidad porque hace parte de una discusión que desborda los límites de los conversatorios, lo cual es mi eje en el presente texto.

consiguiente deseo- estaban casi en su totalidad conectadas con el ámbito del conflicto armado y la delincuencia. No es fácil suponer que para los estudiantes existía cierta solución de continuidad entre sus imágenes de poder y la presencia de los excombatientes, que se complementaba con los relatos de sus experiencias, dolorosas y placenteras, todas capitalizables, en la guerra. Tales representaciones se conectaban con el hecho de que para los excombatientes las actitudes y apariencias eran evidencia del potencial sujeto para la guerra que eran los estudiantes, mirada que brotaba ‘naturalmente’ de una disposición a categorizar con los criterios reclutadores del grupo armado, formado en la socialización en las regiones de conflicto y puesta en juego en los procesos de reclutamiento, incluso en un escenario creado para prevenir el reclutamiento. Además, para los excombatientes cuando los estudiantes preguntaban se categorizaban a sí mismos como “sujetos para la guerra”. En este punto debo aclarar que durante los casi dos años que estuve acompañándolos, estas manifestaciones nunca pasaron de ser la emergencia de esas disposiciones poderosamente interiorizadas; sus interacciones con los estudiantes nunca me dejaron duda de que sus intenciones hacia ellos eran genuinamente preventivas. Ello hace aún más significativo el poder de la mirada que categoriza en doble dirección.

En este punto, la desestigmatización de un sujeto social como el excombatiente se nos presenta como una transacción de capitales simbólicos, y los conversatorios como el escenario donde éstos se materializan a través de la presencia. Se pasa del asesino al guerrero, del estigma a la admiración, del rechazo a la atracción. Ello, no tanto con los relatos sino con la presencia, sumada a la previa socialización en las relaciones conflictivas entre sujetos y géneros, evidenciados en las continuidades entre órdenes de la guerra de de la vida en civil, como antes mostré.

La confluencia entre identificaciones y admiraciones tomaba forma en los cuerpos mismos, que gracias a la presencia de los excombatientes en los colegios, centro mismo de la actividad, en no pocas ocasiones generó atracciones físicas de los estudiantes hacia éstos. Algunas estudiantes sugirieron y mostraron abiertamente su atracción por Fabio, quien, más que todos los otros excombatientes hombres del equipo, conservaba la apariencia y el físico militar: le mandaban notas con sus teléfonos y correos electrónicos, besos y coqueteos

frente a todos nosotros. En un par de ocasiones se pararon durante las preguntas y le decían cosas como “estas muy lindo ¿cuál es tu teléfono?”. No muy diferente, aunque menos público, sucedía con Sandra.

Ya Theidon en su análisis sobre las “masculinidades militarizadas” (2009) había mostrado como éstas eran un patrón del que participaban hombres y mujeres, generando atracción social y sexual, estatus y poder en las regiones por ella analizadas, actualizado entre los mismos hombres y hacia las mujeres que prefieren ese hombre como el compañero más deseable dentro de la economía del conflicto armado. La “seguridad” está atravesada por el género, de modo que siempre hay intercambios con elementos sexuales –prostitución, noviazgo, acoso permitido, violación no denunciada- entre los grupos armados y las poblaciones implicadas. Siempre la seguridad representa también un riesgo. En las zonas peligrosas o dentro de los grupos armados, para las mujeres es beneficioso tener relaciones con hombres en los grupos o de rangos más altos. Por ello (Theidon 2009 17-ss). Por ello, el lugar de las mujeres es esencial en la reproducción de dichos patrones, pues son las que seleccionan el tipo funcional de hombre, eligen el ‘macho’, el comandante (guerrilla o paras) o el ‘duro’ del barrio, determinadas por la dinámica de la “economía de la guerra” que pone a ambos géneros a jugar esos roles y a reforzarlos (Ibid: 28).

Precisamente uno de los elementos que más recalcan estudiantes, profesores y los mismos excombatientes era el de la presencia física como elemento central de los conversatorios, casi como parte de su contenido. La profesora Luz me comentaba: “Mira, con los chicos pasa algo muy curioso. A veces es como el impacto inicial, como ‘¡tuvo un arma en las manos, disparó!!!’ Estaban impactadísimos con una de tus compañeras que tenía una cicatriz de un disparo en su pecho”.⁸² Algunos estudiantes se acercaban a preguntarles por las heridas que tenían, y les pedían mostrarles sus cicatrices.

Quien llevaba la cicatriz era Sandra quien, precisamente, en una ocasión estableció un vínculo cuerpo-alma entre su presencia y su relato: “La historia de vida de cada uno de

⁸² De la entrevista con Luz Lozada, profesora de Informática y tecnología del IED Luís López de Mesa, colegio distrital ubicado en la localidad de Bosa. Noviembre de 2009.

nosotros es importantísima, porque es la vivencia, es algo que no se van a encontrar los muchachos en una biblioteca, en un libro. Se encuentran una persona en carne y hueso que les pueda dar respuesta a muchas preguntas, aclarar muchas cosas. Yo creo que la historia de vida es importantísima en cada uno de nosotros, como que no se puede publicar ni resumir... nada, yo creo que el alma de esto son las historias de cada uno”.⁸³

El desplazamiento de la responsabilidad: Presencia, banalidad del mal y transicionalidad

Una de las continuidades entre los diferentes espacios etnografiados –el de las narrativas generadas en el Ministerio de Defensa como desde el PACPR, el desarrollo de los relatos por parte de los excombatientes durante los conversatorios, y la recepción de éstos por parte de los estudiantes– es que proponían, de una manera u otra, el desplazamiento de las responsabilidades por los actos dentro de las organizaciones hacia otros ámbitos. En todo caso, no parecían ser ellos quienes realmente habían cometido las acciones, cualesquiera que fueran, porque ello nunca era determinado ni por unos ni por otros: condicionados, engañados u obligados. ¿Había una sutil banalización de su mal?

Hannah Arendt, en su libro *Eichmann en Jerusalén*, se interesó en objetar la idea de que este oficial de las SS y las demás cabezas del nacionalsocialismo eran monstruos, anormales, lo que los sacaría del ámbito de lo humano liberando a sus acciones del juicio moral y mistificando su naturaleza. Muy al contrario, su pasmosa normalidad estaba ligada con el desplazamiento permanente de su responsabilidad por su participación en la ‘solución final’ a la máquina burocrática que lo había cooptado. La banalización del mal consistía en la pérdida de toda profundidad reflexiva mediante la racionalización de los procedimientos burocráticos de la guerra, dentro de los cuales se cobijaban los sujetos que participaban de ella para banalizar sus propias acciones, banalizar su propio mal (Arendt 2003, Figueroa 2006) .

⁸³ Ibid.

No deja de impactarme que, al revisar los elementos de tal proceso, los dos pilares de la defensa de Eichmann fueran, en primer término, que él sólo cumplía órdenes, e incluso que en el momento de la aplicación de la política de ‘solución final’ había “dejado de ser dueño de sus propios actos y que él no podía cambiar nada” (Arendt 2003: 83). En segundo término, amalgamaba la culpa y la culpabilidad sosteniendo que se creía culpable ante dios, pero no ante la ley (Ibid: 18), ambas puntillosamente repetidas también por los excombatientes. ¿Conexiones narrativas o condiciones comunes a la conformación del sujeto al interior de la burocracia de un régimen totalitario y de las instituciones totales?⁸⁴

Después de realizar el presente trayecto etnográfico, el desplazamiento de las responsabilidades para detener el juicio moral no me parece restringido a las burocracias totalitarias. He procurado mostrar como ese procedimiento aparece de una u otra manera en los discursos institucionales de los militares y de los funcionarios del gobierno distrital, en los excombatientes, en quienes los escuchaban y en mí mismo. De regreso a casa después de mis primeros encuentros con Sandra, Enrique y Fabio, una de mis estrategias para poder procesar emocionalmente sus narraciones era pensar “¿cuántos he matado yo en mi cabeza? la cuestión es de circunstancias”, desplazando una vez más la responsabilidad a las condiciones que rodearon sus actos, conectándolo con el germen de violencia que anida en nuestras representaciones, y minimizando mis juicios hacia ellos. Tal procedimiento, abismal en su planteamiento en tanto las circunstancias no son variables –es decir, yo no puedo retroceder en el tiempo y cambiar las condiciones de mi socialización, tan solo puedo suponer que mis condiciones presentes podrían tornarse insoportables, lo cual no cambiaría de manera inmediata, sin embargo, mis propios hábitos– permitía a la vez acercarnos.

¿Dónde operaba ese acercamiento? ¿Qué permitía que se realizara? Considero que en el vínculo que se daba en la *presencia*, en la tensión entre el relato de violencia y la experiencia de normalidad frente a los excombatientes. Tensión que, postulo, articula una

⁸⁴ Un análisis de este vínculo no me es posible realizarlo aquí, pues me implicaría exponer y comparar el contexto de ese juicio y de los precedentes, principalmente los de Nuremberg, cosas completamente por fuera de mis posibilidades.

disposición latente a un proceso social como el de la ‘reintegración’ en la forma de un hábitus.

La magia de la presencia, o cuando el personaje del relato se funde con su narrador

Yo no podía ser ajeno al influjo de sus historias, y no estaba, a diferencia de Arendt, entre los espectadores de un juicio que ya dejaba claro de quién era el juzgado y quienes juzgaban; yo estaba, por decirlo de alguna manera, dentro de la máquina. En los documentos institucionales que producía integraba como parte de los logros estos procesos ‘humanizadores’, de reconocimiento, sin una mirada crítica; también al presentarlos hacía énfasis en cómo íbamos a escuchar narraciones ‘en primera persona’, de experiencias de la guerra, reproduciendo el poder generador de ‘verdad’ del testimonio. Pero sobre todo –o acaso por ello– no podía ser ajeno al influjo de su presencia. De hecho, cuando comenzamos a trabajar juntos en las historias de vida, durante los primeros encuentros, no pude describir el escuchar sus historias más que como una experiencia emocionalmente abrumadora. Aquel primer día en que Sandra contó su historia, solo para Fabio, Enrique y yo, consigné en el diario como las sensaciones me iban cambiando mientras pasaba la tarde. En un primer momento estaba tranquilo, pero durante el trayecto a la casa me iba sintiendo apabullado, extraño. Al llegar a casa, hablar con Maite y contarle un poco lo que había pasado, ella comenzó a establecer relaciones, explicaciones, racionalizando lo que yo le contaba, lo cual me acabó de aplastar. Tirado en la cama junto a ella me sentía incapaz de pensar, de establecer juicios o vínculos, solo sentía que todo era una mierda y que Maite no me estaba viendo, sino sólo escuchando palabras –una narración, pienso ahora–, como si no me hubiera *pasado*, en el sentido de que no hubiera *estado ahí* frente a Sandra, Enrique y Fabio, acaso como si se tratara de una película.

En esos momentos los criterios organizadores de los relatos se iban a la basura. A mí no me explicaban nada. Pensaba en ese momento que, diferencia de Maite que escuchaba sus historias a través mío, yo me sentaba frente a ellos y compartía sus risas, vergüenzas, veía

sus cuerpos rebosar de emociones, de representaciones. Compartía el café en la cocinita de la oficina y las onces en la panadería; el frío de las tardes, las preocupaciones por la plata y las experiencias compartidas alrededor de los hijos: Enrique tenía a su hija casi adolescente viviendo fuera del país, Sandra a su pequeño de cuatro años, Maite y yo esperábamos a quien ahora es Sara, y Fabio esperaba a dos gemelitos, niña y niño, el cual fue bautizado con mi nombre unos meses después.

Tal desfase entre lo que yo experimentaba y lo que podía comunicarle a Maite estaba atravesado, como también creo que lo están las interacciones entre excombatientes y estudiantes durante los conversatorios, por una relación entre la narración y la presencia –el tipo de presencia, el *cómo* de la presencia– de quien narra. Tal presencia establece un contexto mínimo compartido: el ahora, en el que quien cuenta y quien escucha tienen en común algo más que el lenguaje. Acaso por ello, uno de los efectos más generalizados e inmediatos de los conversatorios era que los participantes se preguntaran cómo era posible que personas tan ‘normales’ hubieran podido vivir lo que habían vivido.

¿Ese era el poder de las narraciones de los excombatientes? Por lo menos hace parte del que yo experimenté en un primer momento. No se trataba de una identificación plena con el otro, ni su inocua aceptación sin más, sino de un complejo entretreído entre lo que se comparte en el ahora, esa superficie hecha de condiciones y emociones compartidas, y la urdimbre de la violencia narrada que en sus relatos aparece como lo que los hizo ser quienes se presentan ante nosotros –les da su lugar social, el de *excombatientes*–, pero a la vez, que entra en contradicción con nuestra experiencia inmediata de su ‘normalidad’. Es que, acaso como para Arendt, lo más perturbador era encontrar su naturalidad, su convencionalidad entrelazada en el recuerdo de esos actos de violencia enmarcados en la participación de una burocracia de la muerte, su propia banalidad del mal.

Esta relación entre lo contado y quien lo cuenta, y el lugar de quien lo cuenta respecto del escucha, me lleva a preguntar tanto sobre la estructura del relato en términos morales, como sobre la relación que ello guarda con la presencia. Por un lado, Ricoeur pone en evidencia la centralidad del final del relato, su poder de atracción en el desarrollo y seguimiento de

una narración. El final que debe resultar *aceptable*, lo cual le da coherencia a todo el relato que lo precedió: “al mirar hacia atrás, hacia los episodios que dan lugar a ese final, hemos de poder constatar que éste requería que se produjeran esos acontecimientos y ese encadenamiento de la acción” (1999: 193). A la vez, la mirada retrospectiva sólo es posible porque seguimos el relato orientando nuestras expectativas a su final, así lo desconozcamos, lo cual caracteriza la comprensión de toda historia contada. De tal mirada retrospectiva, de percibir el encadenamiento de acontecimientos –la trama– como condiciones para un final y, por tanto, para definir su *configuración significativa*, permite una lectura moral del relato, porque lo moral siempre implica una relación específica entre efectos y causas relacionadas con la victoria o la derrota del héroe –el premio o el castigo–. Como dice Ricoeur, el destino no sucede, “el destino se cuenta” (Ibid: 210).

Pero ¿qué pasa cuando el final de la historia es el momento en que se funde el yo narrado y el yo narrador, como en un acto mágico frente a un público que escucha?⁸⁵ Si un relato es la estela que deja un final, cada uno de los excombatientes, su presencia ante los escuchas es el final de su historia: sus capitales simbólicos son el final de la historia. Es una historia de acumulación. ¿Puede residir ahí su poder, su *magia*? Por lo menos, a cada instante, ellos eran una y otra vez el final de su propia historia, para los escuchas en los conversatorios y para mí mismo, lo cual hacía de su ‘normalidad’ una chocante y atrayente inflexión moral.

Una de las razones para que yo pudiera percibir ese desfase fue escuchar de todos los excombatientes con los que trabajé historias de su época dentro de los grupos armados en las cuales actuaban bajo su propia cuenta y riesgo, llevando las órdenes más allá o utilizando la estructura armada para fines personales que se proponían; además, junto con ellas enunciaban su conciencia de haber estado obrando en primera persona. Tales narraciones, pese a su potencial valor argumentativo, no pueden ser parte de este texto.

* * *

⁸⁵ Bruner (2006) define la autobiografía precisamente como el relato hecho por una narrador en el aquí y en el ahora sobre un personaje que lleva su nombre y que existía allí y entonces, cuyo final termina en el presente, cuando el protagonista se funde con el narrador. Es este relato no solo se relata, sino que se *justifica* (moral, social, psicológicamente) por qué la vida tomó cierto camino.

La presencia es operativa en la instauración del relato como testimonio, en su capacidad de consolidar una creencia, como funciona en el testimonio cristiano, en virtud del ineludible vínculo emocional que cualquier encuentro nos produce. Además, dicha presencia permite transar capitales simbólicos no necesariamente presentes en la narración, que pone a unos en el casi obligatorio lugar de ser aceptados, valorados, admirados, y a otros en el de aceptar, valorar, admirar. Acaso el encuentro cara a cara con los excombatientes *obliga* a la aceptación: las fuerzas producidas entre la impresión de normalidad que nos producen, la consciencia simultánea de sus capitales para la guerra, y los laberintos de la atracción nos ponen, como escuchas, en un lugar desigual y a la vez legitimador.

El procedimiento que desplaza la responsabilidad a su contexto para excluir del ámbito del juicio moral al excombatiente –y acaso demandar que nosotros mismos lo seamos– aparece en todos los actores de esta etnografía y hace de pivote entre ellos: articula los discursos opuestos entre sí, como el militar y el del PACPR, a los funcionarios y los narradores, articula las intervenciones institucionales a través de los testimonios y los escuchas a los que iban dirigidos. ¿Podría estar emergiendo este desplazamiento como un hábitus, como una disposición duradera a categorizar y a suspender la categorización en el contexto transicional? Su lugar parece ser funcional al momento transicional que estamos viviendo, y puede estar implicando a todos los que participemos de las “tecnologías de transición”. Altera las nociones de responsabilidad social, sustrayendo a los sujetos en proceso de reintegración del ámbito del juicio moral, para permitir su reintegración. Tal desplazamiento puede ser la condición no enunciada para la eficacia futura de la política de la reconciliación, no que para la reconciliación.

Conclusiones

Relatos de ruptura y el testimonio

Esta etnografía ha mostrado el carácter relacional de los relatos construidos por los excombatientes, en el que las interacciones con funcionarios y escuchas completan e interpelan sus contenidos y los posicionamientos que adoptan a través de ellos, y a la vez les permite ser reconocidos ante éstos, en un proceso de identificación emocional valioso para su vida presente. Ese carácter relacional implica que la producción de relatos surge participando en y constituyendo el contexto social, político e institucional en el que la enunciación de los relatos se sucede, y participa de sus tensiones, poniendo a los excombatientes a enunciarse desde diferentes lugares.

Los relatos construidos por los excombatientes en ese contexto los he denominado *relatos de ruptura*, y lo son en varios niveles. Por una parte, y a nivel muy general, representan la desmovilización como un rompimiento con una institución militar, pero más que todo con una forma de vivir y de sentir. Esta ruptura desemboca en la inserción en otra institución que defina su lugar social en el presente: la familia. Por otro, postulan una ruptura entre los órdenes sociales del conflicto armado y los de la vida civil, suponiendo que esa sola diferencia les permitía recuperar lo *perdido* en el conflicto armado. También es relato de ruptura en términos temporales y espaciales: un pasado y un presente que se manifiestan como opuestos, como irreconciliables; un espacio lejano, donde sus experiencias de violencia se dieron, opuestas al espacio presente, caracterizado por las oportunidades. Los relatos de los excombatientes y sus interacciones nos mostraron como dichas rupturas ocultan y a la vez se nutren de las continuidades entre esos tiempos, esas vidas y esos órdenes sociales, en lo que integran, lo que silencian y lo que brota como filtraciones de esos silencios cuando deberían ser mantenidos.

El *testimonio* se constituye en la interacción con discursos que proponen una cadena causal de los eventos contados insertos en sus marcos morales. Esta etnografía de la producción de relatos nos ha permitido observar no sólo como se seleccionan recuerdos y se silencian otros, sino como la articulación de los ‘hechos’ de una forma causal y condicional, y su integración en un marco moral de lo narrado –los niveles de la *crónica* y la *historia*, según Bruner y Weisser (1995)– se dan en interacción con los discursos y prácticas de las instituciones militares que promueven la desmovilización, la alta Consejería para la Reintegración, y el programa local que acompaña a los excombatientes en su reintegración a la ciudad. Tal marco moral consiste en abordar al desmovilizado excluyéndolo del ámbito moral –es decir, proyectar un sujeto que actuó y actúa determinado por unas causas y condicionamientos específicos que impiden la toma de decisiones que impliquen en ejercicio sus concepciones sobre lo bueno y malo, correcto o incorrecto–.

El discurso militar encadenaba historias vidas normales a los grupos armados a través de reclutamientos y militancias por engaño, de las que se despertaba por el anhelo de una familia genuina, que permitía un *despertar* en sus conciencias que llevaba a buscar la desmovilización, con la cual *volvían a nacer* y tenían la posibilidad de recuperar esos *años perdidos* en la guerra. Tal execración del pasado instauro una temporalidad moral, un ordenamiento del tiempo en términos morales, donde el pasado en el grupo armado es condenado y el presente está lleno de posibilidades de recuperar la vida de antes.

La forma en que los discursos se fijaban en los excombatientes recién desmovilizados está íntimamente ligada a sus interacciones con los militares, que capturan la enunciación de la experiencia de la desmovilización insertando conectores valorativos a cada situación, que después se reproducirán en los relatos de los excombatientes en los medios de comunicación y propaganda del ejército. Los testimonios construidos en el contexto militar cumplen la función de parábolas, en las que el mensaje moral está por encima del sujeto que lo cuenta y de su experiencia. Su mensaje no es otro que mostrar al excombatiente como un sujeto engañado, que despierta de la muerte o la inconsciencia, y es, por lo mismo, no responsable por sus actos.

Por otra parte, el abordaje de los funcionarios del PACPR a los relatos de los excombatientes mostró como su modelo consistía en excluir la representación de la participación en los grupos los vínculos emocionales del narrador en su pasado, anular cualquier vestigio de memoria conmemorativa. Su encadenamiento causal, más explicativo que valorativo, demandaba condicionar su participación en el conflicto a determinantes sociales, en el que lo individual parecía ser leído como la expresión de intereses y valores egoístas. En esa propuesta, lo social consistía ante todo en las desigualdades sociales, en “las privaciones” y el “contexto de país” que explicaba el ingreso de muchos jóvenes a los grupos armados ilegales.

Una execrando el pasado y la otra explicándolo, una que muestra a un individuo engañado por los grupos que ahora se reconstituye en la productividad y la familia, otra que muestra a un sujeto condicionado por lo social que ingresa a éstos como única opción. Pero ambas incapaces de tramitar con los beneficios, compromisos y fascinaciones sentidas por los excombatientes en su paso por los grupos armados y sus vínculos materiales con el mercado de la guerra que conecta el contexto de la reintegración con el conflicto armado. Incorporar esos compromisos emocionales presenta un dilema cuando nos enfrentamos a los relatos de los excombatientes ilegales, porque cuando el ejercicio de la violencia hace parte de un orden social constituido, quien participa de tal orden exitosamente encuentra en ella una parte de su propio éxito. Así el orden social se desmonte, el placer producido seguirá expresándose.

Relación estructura-agencia

La interacción de los excombatientes con sus escuchas sacudió muchas de esas estructuras discursivas, reforzó otras y se convirtió en escenario para que se filtraran esos compromisos emocionales con su vida en los grupos armados, así como para poner en juego sus formas de categorizar a los sujetos, aprendidas en los grupos armados. Por una parte, sus narrativas iban modificándose al incorporar interpretaciones hechas por éstos a

sus encadenamientos causales y marcos morales, reforzando principalmente el desplazamiento de la responsabilidad de sus actos a su contexto, como hacían ambas propuestas institucionales, y que iría apareciendo como un código moral que atravesaba todas las lecturas a los excombatientes. Por otra, el ejercicio de los relatos en los contextos escolares en clases populares facilitaron una interacción entre estudiantes y excombatientes, puso en evidencia las contradicciones de la intervención institucional al pretender con la presencia de los excombatientes desestigmatizar a la población y prevenir el involucramiento de los jóvenes a la vía armada. Sobre una reproducción de la moral del desplazamiento de las responsabilidades a las condiciones sociales y una de toma libre de decisiones en la vida civil, los jóvenes respondían que si precisamente esas eran sus *condiciones* sociales presentes, su *elección* era ingresar a los grupos y a las organizaciones que respondieran a esas condiciones.

¿Sujetos determinados por sus condiciones sociales o actores libres? La narrativa de la desmovilización no podía dar cuenta de esa contradicción planteando una ruptura que iba del control a la libertad. El lugar narrado y vivido donde los excombatientes procuraron resolver tal contradicción fue el de la *familia*, el cual era recordado como una de las razones para entrar a los grupos armados, cuyo anhelo determinaba muchas veces la salida de los mismos, y cuya conformación fortalecía la permanencia por fuera de los mismos. Representada como un ámbito al margen de las relaciones interesadas de la sociedad, donde debían prevalecer los valores tradicionales, ésta se constituía como el eje del discurso militar de la desmovilización, para el que la familia era la institución de los roles sociales legítimos, constituidos en las diferencias y desigualdades de género, económicas y sociales –al reproducirse en una política nacional de reintegración que salvo en el papel poco o nada atendía a la familia del excombatiente–. Pero ello no es más que la sistematización de una experiencia previa vivida y anhelada por los desmovilizados, que se reproduce en un ámbito más amplio que el de la desmovilización, de ahí precisamente el poder del discurso militar.

Pero la vida familiar, empujando, obstruyendo la enunciación de las narrativas, poniéndoles objeciones cotidianas, mostró la otra faceta de las categorías sociales en la que siendo

estructurantes son a la vez estructuradoras. En la disputa por conseguir un lugar dentro de esa organización categorial, de representarlo, quedaban en evidencia las relaciones de poder que la atravesaban, en cuya confrontación encontraron un lugar de acción que podía modificar precisamente sus relaciones previas con la vida armada. Las desigualdades económicas y sociales que atravesaban los roles de género y filiación

Tal vez esa posibilidad de hacer visible el campo de poder en el que el hábitus está constituido fue lo que falló en nuestra reflexión narrativa como equipo de conversatorios: no nos fue posible ver ni hacer ver a otros ese entronque más allá de la aparente contradicción entre la agencia y la estructura, que eran fuertemente reproducidos por el desplazamiento y la temporalidad moral, que instituían un trayecto ilusorio que iba del condicionamiento a la libertad.

Testimonio y hábitus

Ese fracaso permitió que en el contexto de los conversatorios se articularan acriticamente conexiones entre estudiantes, grupos armados y excombatientes en otras dimensiones, las de la representación del poder, la fascinación por el orden militar, la reproducción del estatus y de las atracciones sobre la base de una especie de economía emocional de la guerra, que respondían a categorizaciones que ya estaban interiorizadas por los jóvenes. No eran otras que hábitus estructurando a los sujetos según los valores militaristas, percibidos en el entramado entre la narración del excombatiente que niega y su presencia-cuerpo que afirma. Si los testimonios expresaban las experiencias recordadas y seleccionadas por los excombatientes en la construcción de su lugar como sujetos –y en interacción con los contextos institucionales–, sus presencias y miradas expresaban las experiencias incorporadas, rechazadas por el discurso oficial, que incluso pretendían olvidar.

Los relatos de los excombatientes están insertos en formas sociales de reproducción de poder más amplias incluso que las puestas en marcha por el Estado, porque están interiorizados como disposiciones prácticas a la categorización y la acción. De éstos, las fascinaciones por el poder militar y la institución familiar son las más relevantes. Tales continuidades son las que hacen que los relatos de los excombatientes sean efectivos en su comunicación con los escuchas, principalmente los jóvenes: porque comparten y refuerzan disposiciones similares y ponen en evidencia las continuidades entre órdenes sociales postulados como separados.

Testimonio, presencia y desplazamiento moral

Parte importante de ese reforzamiento de hábitos en el encuentro alrededor de los conversatorios fue el del desplazamiento de la responsabilidad moral de los excombatientes, que encuentro, nuevamente, no como respuesta mecánica a los discursos institucionales, sino ya como un principio organizador que, saltando del nivel de la explicación a la valoración –como una suerte de ida y vuelta entre las lógicas del discurso militar de desmovilización y el del sociologizado y combativo programa de Bogotá–, permitía detener el juicio moral hacia el otro y facilitaba la identificación: las figuras de las condiciones sociales y las órdenes que se debían cumplir de manera inapelable soportaban tal principio organizador. Ello venía acompañado de una percepción que se reprodujo en todos los que interactuamos con los excombatientes: su *apariencia* de normalidad. ¿Cómo puede ser definida esa apariencia de normalidad? Como el desfase entre tres proyecciones sobre el cuerpo de la presencia: las marcas que creemos que deja el haber pasado la línea de asesinar a otro ser humano, la manera convencional en que se presentan los excombatientes y la progresiva emergencia de sus capitales para la guerra. Ahora me pregunto ¿dónde quedan las huellas de ejercer la violencia? ¿Acaso las hay? Ante todo ¿qué tipo de huellas esperamos? ¿El trauma, la locura, el cinismo, la indiferencia, la ‘monstruosidad’ reflejada en una mirada aterradora? Cuando el ejercicio de la violencia hace parte de un orden social constituido, cuando hace parte de sus funciones internas y externas, quien participa de tal

orden exitosamente encuentra en ella una parte de su propio éxito. Así el orden social se desmonte, el placer producido seguirá expresándose. Ese es el dilema cuando nos enfrentamos a los relatos de los excombatientes ilegales.

Pero la identificación producida por el desplazamiento de la responsabilidad y la percepción de normalidad no implica la constitución de una relación horizontal entre excombatientes y escuchas; al contrario, abre la posibilidad a que los hábitos de la guerra de los excombatientes, manifiestos en su presencia, se conviertan en capitales simbólicos que, al responder a las expectativas colectivas sobre el poder y el valor, determinan una relación de poder que experimentan como cercanía. Admiración y atracción hacia los excombatientes se conjugan para facilitar su aceptación.

Los relatos además funcionaban como un testimonio convirtiendo esas claves morales en una ‘verdad’ producto de su configuración epistémica, que consiste en hacer que la experiencia de un sujeto sea tomada por la verdad de un grupo social. Ello refrendaba los códigos y figuras morales incorporados por el testimonio –en su construcción institucional y en su interacción con los grupos de escuchas– a través de un pacto implícito que parece imponer por dicha configuración: el escucha cree en que la experiencia del otro es verdadera, porque él mismo no estaría dispuesto a dudar de la suya. Ello tiene un efecto adicional: el pacto se mueve del ámbito de la experiencia al ámbito de la moral y por lo tanto, al creer en la verdad de sus acciones acepta la moral que las condujo.

En este contexto, un testimonio no sirve para *prevenir* o evitar que quienes escuchan hagan lo que se cuenta en él: su poderosa puesta en escena a través de la presencia, instaaura relaciones de atracción en la conjunción de hábitos compartidos, que pueden contar una *moraleja*, pero que también posicionan un héroe, unas aventuras y un desenlace victorioso en la presencia redimida por la supuesta ruptura con el pasado.

No puedo perder de vista que, sin embargo, para los excombatientes la experiencia del reconocimiento de su historia y de su *humanidad*, combinados con las interpelaciones que recibían de los escuchas, así como sus propias proyecciones que los vinculaban con éstos

casi como si fueran una *familia*, fue modificando paulatinamente su posicionamiento frente al conflicto. Pese a que los hábitos permanecieran en medio de las transacciones narrativas, adquirieron una certeza que al principio no era tan clara: No querían volver a pasar la línea del asesinar a alguien.

Considero entonces que el real factor de cambio del relato autobiográfico está en su propia condición relacional, en la posibilidad de ser interpelado por otros relatos y otras situaciones, que le van dando progresivamente forma hasta que adquiere aquella que no solo le va a permitir a su narrador insertarse en una comunidad, sino proyectarlo más allá de la misma. Es decir, un relato que les permita ser aceptados como desmovilizados y a su vez les permita dejar de serlo.

Los relatos, la transición y el Estado

Ricoeur se preguntó por cómo la narración aportaba a la configuración de la experiencia humana del tiempo y de la identidad, Bruner, a la forma en que ésta lo hacía con el ‘yo’. Las prácticas institucionales alrededor de las narraciones de excombatientes nos han mostrado como las narrativas sirven para además configurar categorías sociales cuya definición está en disputa por el contexto social. Nos habla de los procedimientos con los que el Estado se hace al monopolio de la violencia simbólica legítima. Poder simbólico como el ‘poder de hacer al mundo, en el que “separar y reunir, a menudo en la misma operación” asociando grupos con atributos de sí mismos y de lo que los rodea, de lo que los compone y de lo que no (Bourdieu 1988: 140). Por ello el discurso gubernamental sobre la desmovilización no está montado sobre falsedades alrededor de ésta. Toma “afinidades objetivas entre las personas a juntar” (Ibid: 141), esto son, hábitos, experiencias no simplemente ficcionadas sino que de una u otra manera se comparten, como las ya enunciadas fascinaciones por los militar y la familia como categoría organizadora. Con ellas crea, a través de una narración que las organiza en una relación causal y moral específica, y que se repite incesantemente, los contenidos formales de una categoría social.

Ello no va solo, las prácticas cotidianas relacionadas con la manutención económica y demás beneficios e intervenciones que reciben, aunado a las oportunidades de reactualizar sus capitales bélicos en la entrega de información y operativos con la fuerza pública, ayuda a interiorizar tales contenidos.

Más allá de si hay una intencionalidad clara, tal forma de proceder es funcional para las instituciones encargadas de la reintegración de excombatientes de grupos armados ilegales, que deben construir un conjunto de explicaciones y justificaciones para el hecho de que las personas que pertenecieron a grupos armados ilegales –siendo combatientes rasos o mandos bajos o medios–, ingresen a un programa gubernamental en el que reciben beneficios económicos y sociales, pese a estar en un lugar social muy cercano al de perpetrador. La casi total ausencia de argumentos relacionados con la conservación de la gobernabilidad por parte del Estado contrasta con las razones morales para hacerlo, de modo que constituir un trayecto de vida signado por el proyecto de Estado, el proyecto transicional, materializa en los cuerpos de los excombatientes y de sus escuchas el proyecto de Estado.

Los relatos que construyen memoria y tienen la posibilidad de crear nuevos vínculos sociales deben ser entendidos en su contexto más inmediato de enunciación, en términos de interacción: etnografiar cómo es su recepción, qué implica para los escuchas y qué vínculos se generan entre narradores y éstos, y cómo participa ese régimen de la presencia en el que se construyen relaciones de poder a través de vínculos que no necesariamente pasan por lo enunciado en el relato. Creo que los efectos de un testimonio así escenificado por el Estado, aunque más puntuales, amplifican su poder para intervenir en ámbitos sociales específicos, en el que son funcionales los hábitos de la guerra.

Bibliografía

Acosta, Mauricio; Julia Gabrysch y Maristella Góngora (eds). 2007. *Experiencias de jóvenes excombatientes en proceso de reintegración a la vida civil en Bogotá D.C.* Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá, Friedrich Ebert Stiftung en Colombia – FESCOL.

Agamben, Giorgio. 2000. *Homo Sacer III: Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo.* Valencia: Pre-textos.

ACR - Alta Consejería para la Reintegración Social y Económica de Personas y grupos alzados en Armas. 2010. *MAPAZ. Modelo de atención psicosocial para la paz.* Bogotá: Departamento Administrativo de la Presidencia de la República, Alta Consejería para la Reintegración.

Andrews, Molly. 2007. "Pero si no he acabado...Tengo más que contar": Las limitaciones de las narraciones estructuradas de los testimonios públicos". *Revista Antípoda*, n°4, enero-junio de 2007, pp: 147-159. Bogotá: Universidad de los Andes.

Aranguren Molina, Mauricio. 2001. *Mi confesión. Carlos Castaño revela sus secretos.* Bogotá: Oveja Negra.

Archila Neira, Mauricio. 2005. "Voces subalternas e historia oral". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, n° 32, pp. 293-308. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Arendt, Hannah. [1963] 2003. *Eichmann en Jerusalén. Un estudio acerca de la banalidad del mal.* Barcelona: Lumen.

Beverley John. 1987. "Anatomía del testimonio". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año 13, No. 25 (1987), pp. 7-16. Centro de Estudios Literarios "Antonio Cornejo Polar"- CELACP Disponible en <http://www.jstor.org/stable/4530303>. (Consultado el 24-02-2011).

Bickford, Louis. 2004. "Transitional Justice". En *The Encyclopedia of Genocide and Crimes Against Humanity* (Macmillan Reference USA, 2004), vol. 3, pp. 1045-1047. Disponible en <http://www.ictj.org/static/TJApproaches/WhatisTJ/macmillan.TJ.eng.pdf>. (Consultado el 11-04-2010).

Bolívar Ramírez, Ingrid. 2006. "Discursos Emocionales y experiencias de la política: Farc y Auc en los procesos de negociación de la paz" En: *Colombia 2006.* Bogotá: Uniandes.

- Bourdieu, Pierre. [1980] 2007.** *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- **1988.** “Espacio social y poder simbólico”. En *Cosas dichas*. Buenos Aires: Gedisa.
- **1997.** *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- Bourgois, Philippe. 2004.** “US Inner-city Apartheid: the contours of Structural and Interpersonal Violence. En *Violence in War and Peace*. Nancy Scheper-Hughes y Philippe Bourgois (editores). Oxford: Blackwell Publishing.
- Bruner, Jerome. [1990] 2006.** “La autobiografía y el yo”. En *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bruner, Jerome y Susan Weisser. 1995.** “La invención del yo: la autobiografía y sus formas”. En *Cultura escrita y oralidad*. David R. Olson y Nancy Torrance (eds), pp.177-202. Barcelona: Gedisa.
- Callejas, Cristina. 2005.** “Guerra de papel”. *Revista Cromos*. Octubre 10 de 2005, pp: 54-57.
- Cárdenas, José Armando. 2005.** *Los parias de la guerra. Análisis del proceso de desmovilización individual*. Bogotá: Ediciones Aurora.
- Cárdenas, José Armando. 2006.** “Los renegados de antaño y hogaño: desmovilización de excombatientes irregulares en Colombia”. *Tesis psicológica. Psicología y reinserción de personas desmovilizadas*, Vol I. Bogotá: Universidad Los Libertadores.
- Castillejo, Alejandro. 2009.** *Los archivos del dolor. Ensayos sobre la violencia y el recuerdo en la Sudáfrica contemporánea*. Bogotá: Universidad de los Andes, CESO.
- Castro, María Clemencia y Carmen Lucía Díaz. 1997.** *Guerrilla, reinserción y lazo social*. Bogotá: Almudena Editores.
- Christie, Kenneth. 2007.** “Una economía política de la memoria en la comisión sudafricana de la verdad”. *Revista Antípoda*, n°4, enero- junio de 2007, pp: 101-118. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Cohen, Esther. 2006.** *Los narradores de Auschwitz*. México: Fineo.
- Cortés Rodas, Francisco. 2006.** “Entre el perdón y la justicia. Reflexiones en torno a los límites y contradicciones de la justicia transicional”. En *Justicia transicional. Teoría y praxis*. Bogotá: Universidad del Rosario.

CNRR-Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación. 2006. *Fundamentos filosóficos y operativos – Definiciones estratégicas de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación.* Bogotá, septiembre de 2006. Disponible en www.cnrr.org.co (consultado el 13-12-2010).

CNRR-Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación. 2009. *Documento estratégico sobre reconciliación.* Bogotá, julio 1 de 2009. Disponible en http://www.cnrr.org.co/contenido/09e/spip.php?rubrique56&var_mode=calcul (Consultado el 15-12-2010).

CNRR-Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación. s.f. *Plan de Acción del área de Reconciliación.* Bogotá, Disponible en <http://www.cnrr.org.co/contenido/09e/spip.php?article21> (Consultado el 26-12-2010).

Das, Veena. 2008. “Trauma y testimonio”. En *Veena Das: Sujetos del dolor, agentes de dignidad.* Francisco Ortega (editor), pp: 145-171. Bogotá: CES, Instituto Pensar, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín..

Díaz Pintos, Guillermo. 1993. *Autonomía y paternalismo.* Murcia: Universidad de Castilla-La Mancha.

DNP - Departamento Nacional de Planeación. 2008. *Documento Conpes 3554: Política nacional de reintegración social y económica para personas y grupos armados ilegales.* Bogotá: Departamento Nacional de Planeación.

Figuroa, Maximiliano. 2006. “Totalitarismo, banalidad y despolitización. La actualidad de Hannah Arendt. En *La actualidad de Hannah Arendt.* Carlos Pressaco (editor). Santiago: LOM Ediciones.

Fisas, Vicenç. 2010. *Anuario Procesos de paz 2010.* Barcelona: Icaria Editorial, Escola de Cultura de Pau, UAB.

Grupo de investigación en cultura política, instituciones y globalización. 2008. *Paramilitarismo, desmovilización y reinserción. La ley de justicia y Paz y sus implicaciones en la cultura política, la ciudadanía y la democracia en Colombia.* Mejía Quintana, Oscar (director), Henao, Andrés Fabián (coordinador). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales.

Herrera, Carlos José y Torres, Silvana. 2007. “Reconciliación y justicia transicional: Opciones de justicia, verdad, reparación y perdón”. En *Seminario internacional Justicia transicional en la resolución de conflictos y secuestro. Memorias.* Bogotá: Vicepresidencia de la República, Programa presidencial para los DDHH y DIH, CNRR, Universidad Nacional del Colombia.

Hoyos García, Juan Felipe. 2010. *Entre la estrategia militar y la política social hay un campo minado. DDR y reproducción de la desigualdad en Colombia.* Documento de trabajo para el Observatory on Inequality in Latin America, Center for Latin American Studies, University of Miami. Octubre de 2010. Disponible en www.sitemason.com/files/.../Juan%20Felipe%20Hoyos%20Garcia%2027.pdf

————— **2009.** “Preferible muerto que mal atalajado”: Régimen de las apariencias en la construcción del combatiente, el excombatiente y el recluta de grupos armados ilegales.” Ponencia para el XIII Congreso de Antropología en Colombia. Bogotá, Universidad de los Andes, septiembre 30 a octubre 3 de 2009.

Hoyos, Soraya y Claudia García. 2000. “Ecos de la guerra en palabra de mujer”. *Número 29*. Bogotá: Número editores.

Indepaz - Fundación Ideas para la Paz. 2007. “Representantes de 15 mil desmovilizados reclaman al gobierno”. Comunicado a la prensa, septiembre 3 de 2007. Bogotá: Fundación Ideas para la Paz. Disponible en http://www.semana.com/wf_Documentos.aspx?Tag=municipios (Consultado el 28-11-2010)

Jaraba, José Gabriel. 2007. *Confesiones de un paraco*. Bogotá: Intermedio Editores.

Jelin, Elizabeth. 2002. *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Jimeno, Myriam. 2010. “Emoções e política: a vítima e a construção de comunidades emocionais”. *Mana. Estudos de Antropologia Social*. Volumen 16, nº 1 (abril de 2010), pp: 99-122. Río de Janeiro: Universidade Federal do Rio de Janeiro.

————— **2008.** “Lenguaje, subjetividad y experiencias de violencia”. En *Veena Das: Sujetos del dolor, agentes de dignidad*. Francisco Ortega (editor). Bogotá: CES, Instituto Pensar, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Pps: 261-292.

————— **2006.** *Juan Gregorio Palechor: historia de mi vida*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Instituto Colombiano de Antropología, Consejo Regional Indígena del Cauca, Universidad del Cauca.

Joinet, M. 1997. The Administration of Justice and the Human Rights of Detainees. Question of the impunity of perpetrators of human rights violations (civil and political). Documento presentado a la Comisión de Derechos Humanos, Sub-Comisión sobre Prevención de la Discriminación y de la Protección de Minorías. Octubre 2 de 1997. Disponible en <http://www.unhchr.ch/huridocda/huridoca.nsf/%28Symbol%29/E.CN.4.sub.2.1997.20.Rev.1.En> (Consultado el 26-02-2011).

Lelièvre, Christiane, Graciliana Moreno e Isabel Ortiz. 2004. *Haciendo memoria y dejando rastros. Encuentros con mujeres excombatientes del nororiente de Colombia.* Bucaramanga: Fundación Mujer y Futuro, Alcaldía de Bucaramanga.

Levi, Primo. 1987. *Si esto es un hombre.* Barcelona: Muchnik.

Londoño, Luz María y Yoana Fernanda Nieto. 2006. *Mujeres no contadas. Proceso de desmovilización y retorno a la vida civil de mujeres excombatientes en Colombia, 1990-2003.* Medellín: La Carreta Editores, Instituto de Estudios Regionales, INER.

Martínez Osorio, Glenda. 2004. *Mancuso. Su vida.* Bogotá: Norma.

Medina, Camila. 2009. “Formando combatientes, civilizando guerreros”: continuidades en los procesos de construcción de sujeto en la “guerra” y “en la paz”. Ponencia para el XII Congreso de Antropología en Colombia. Bogotá, Universidad de los Andes, septiembre 30 a octubre 3 de 2009.

Ministerio de Defensa. 2008. *Desarrollo del Programa de Atención Humanitaria al desmovilizado PAHD.* Documento disponible en http://www.mindefensa.gov.co/irj/go/km/docs/Mindefensa/Documentos/descargas/Asuntos_de_Interes/Desmovilizacion/Contexto_Juridico_PAHD.doc (Consultado el 12-01-2011).

Minow, Martha. 1998. *Beetwen Vengeance and Forgiveness. Facing History after Genocide and Mass Violence.* Boston: Beacon Press.

Molano, Alfredo. 2009. *Ahí les dejo esos fierros.* Bogotá: Aguilar.

Moon, Dawne. 2005. “Discourse, Interaction, and Testimony: The Making of Selves in the U.S. Protestant Dispute Over Homosexuality.” *Theory and Society*, Vol. 34, No. 5/6, diciembre de 2005, pp. 551-577. Disponible en <http://www.jstor.org/stable/4501737> (Consultado el 23-02-2011).

ODDR-UN - Observatorio de Procesos de Desarme, Desmovilización y Reintegración. 2008. *Colaboraciones con la justicia y la fuerza pública por parte de ex integrantes de guerrillas.* Universidad Nacional de Colombia, Embajada de Suecia. Disponible en <http://www.observatorioddrr.unal.edu.co/matrices/MATRICESESPECIALIZADAS/NORMATIVIDAD%20REFERENTE%20A%20LAS%20COLABORACIONES%20CON%20LA%20JUSTICIA%20Y%20LA%20FUERZA%20PUBLICA.pdf> (Consultado el 29-04-2010).

ONU - Organización de las Naciones Unidas. 2006. *Integrated DDR Standards.* United Nations, Disarmament, Demobilization and Reintegration Centre. Disponible en <http://www.unddr.org/iddrs/framework.php> (Consultado el 26-02-2011).

Palazón Sáenz, Gema. 2008. “El testimonio nicaragüense en los años ochenta”. En *El viaje en la literatura hispanoamericana: el espíritu colombino*. Sonia Mattalia, Pilar Celme y Pilar Alonso (editoras). Madrid: Iberoamericana.

Palou, Juan Carlos. 2009. “¿Qué hay detrás de los ‘gestores de paz’? Artículo en línea. En *Verdad Abierta*. Disponible en <http://www.verdadabierta.com/victimarios/desmovilizados> (consultado el 04-01-2011).

Pax Christi, Fundación. 2006. *Un nuevo comienzo. Un final abierto. La reinserción de los combatientes desmovilizados individualmente en Colombia*. Bogotá: Pax Christi.

Pié i Ninot, Salvador. 1996. *Tratado de teología fundamental. Dar razón de la esperanza (1 Pe 3,15)*. Salamanca: Secretariado Trinitario.

Pinto, María Eugenia, y otros. 2002. *Diagnóstico del programa de reinserción en Colombia: mecanismos para incentivar la desmovilización voluntaria individual*. Serie Archivos de Economía nº 211. Bogotá: Departamento Nacional de Planeación.

Prince, Gerald. 1987. *A Dictionary of Narratology*. Nebraska: University of Nebraska Press.

Programa de Atención al Proceso de Desmovilización y Reintegración en Bogotá, D.C. 2010. *Propuesta polifónica para la reintegración en Bogotá*. Bogotá: Secretaría Distrital de Gobierno, Alcaldía Mayor de Bogotá.

2006. *Ciudadanos excombatientes. Un desafío de reconciliación e inclusión para Bogotá*. Bogotá: Secretaría Distrital de Gobierno, Alcaldía Mayor de Bogotá.

Programa de Atención al Proceso de Desmovilización y Reintegración en Bogotá, D.C. y CNRR. 2008. “Conversatorios”. Documento institucional.

PRVC – Programa para la Reincorporación a la Vida Civil. 2006. Política de reincorporación a la vida civil 2003-2006. Una mirada institucional. Bogotá: Ministerio del Interior y de Justicia.

Ramírez Parra, Patricia. 2010. “Reparación y (re) integración para mujeres y niñas en Colombia”. Ponencia para el congreso Latin American Studies Association.

Redondo, Gema y Eneko Sanz. 2009. *Propuesta para un índice de construcción de paz posbélica*. Documento de Trabajo de la ECP, julio de 2009. Bellaterra: Escola de Cultura de Pau, UAB.

Rejas Martín, María del Carmen. 2009: “Experiencia traumática – Experiencia de escritura: el texto como referencia”. Comunicación presentada en las Cuartas Jornadas

Archivo y Memoria. La memoria de los conflictos: legados documentales para la Historia. Madrid, 19-20 febrero. Disponible en <http://www.archivoymemoria.com> (Consultado el 9-01-2011).

Ricoeur, Paul. 1999a. “La función narrativa y la experiencia humana del tiempo”. En *Historia y narratividad*. Barcelona: Paidós. Pgs. 183-214.

————— **1999-b.** “La identidad narrativa”. En *Historia y narratividad*. Barcelona: Paidós. Pgs. 215-230.

Rivas Gamboa, Ángela y Méndez, María Lucía. 2007. “De excombatientes a ciudadanos: luces y sombras de los nuevos planes de desmovilización y reintegración”. *Siguiendo el conflicto: hechos y análisis*. Número 47/ Febrero de 2007. Bogotá: Fundación Ideas para la Paz.

Rodríguez Pizarro, Alba Nubia. 2004. “Entre el compromiso y la huida. Mujeres militantes en los grupos insurgentes colombianos”. En *@mnis. Revue de Civilization Contemporaine de l'Université de Bretagne Occidentale*. Disponible en http://dialnet.unirioja.es/servlet/fichero_articulo?codigo=2870090&orden=0 (Consultado el 14-01-2011).

Roelens, Tania. 2004. “La memoria: ¿un deber?”. *Desde el Jardín de Freud*. N° 4, pp: 174-179. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Rueda Calderón, Zenaida. 2009. *Confesiones de una guerrillera: los secretos de Tirofijo, Joyoy y las FARC, revelados por primera vez*. Bogotá: Planeta.

Schmidt, Mariana, y otros. 2009. *Retomo la palabra*. Bogotá: CERLALC, ACR.

Schwitalla, Gunhild y Luisa María Dietrich. 2007. “La desmovilización de las mujeres excombatientes en Colombia” En *Revista Migraciones Forzadas*, n° 27. Mayo de 2007. ONU, ACNUR.

Serrano Zabala, Alfredo y Daniel Rendón Herrera. 2009. *Paracos*. Madrid: Debate.

Stahn, Carsten. 2005. “La geometría de la justicia transicional: opciones de diseño institucional”. En *Entre el perdón y el paredón. Preguntas y dilemas de la justicia transicional*. Angelika Rettberg (editora) Bogotá: UNIANDES, IDRC.

Suárez, Edgar, y otros. 2008. *Manual de vuelo para reconciliadores*. Documento de trabajo del Programa de Atención Complementaria a Reincorporados en Bogotá, D.C. Manuscrito sin publicar.

Theidon, Kimberly. 2009. “Reconstructing Masculinities: The Disarmament, Demobilization, and Reintegration of Former Combatants in Colombia”. *Human Rights Quarterly* 31, pp: 1-34. The Johns Hopkins University Press.

Theidon, Kimberly y Paola Andrea Betancourt. 2006. “Transiciones conflictivas: combatientes desmovilizados en Colombia”. En *Análisis Político* 58, septiembre-diciembre 2006, pp: 92-111. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, IEPRI.

Todorov, Tzvetan. 2000. *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.

V.V.A.A. Varios autores. 2008. *La Guerra ¿para qué? Memorias de excombatientes*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá, Fundación para la Reconciliación.

Van Alphen, Ernest. 1999. “Symptoms of Discursivity: Experience, Memory and Trauma”. En *Acts of Memory. Cultural Recall in the Present*. pp: 24-38. Londres: London University Press.

Varela, Daniel. 2008. «Re-integrando » excombatientes de grupos armados ilegales a la sociedad: Sentido, forma y experiencias de una acción de estado en Bogotá. Tesis de pregrado en antropología, Universidad Nacional de Colombia.

Velásquez, Fabio E. (Coordinador). 2009. *Las otras caras del poder. Territorio, conflicto y gestión pública en municipios colombianos*. Bogotá: Fundación Foro Nacional por Colombia, Deutsche Gesellschaft für Technische Zusammenarbeit (GTZ).

Velez Rendon, Juan Carlos. 2003. “Violencia, memoria y literatura testimonial en Colombia : entre las memorias literales y las memorias ejemplares”. *Revista Estudios Políticos*, No. 22, Medellín, Ene.-Jun. 2003. pp. 31-57.

Villa Gómez, Juan David y otros. 2007. *Nombrar lo Innombrable: Reconciliación desde la perspectiva de las víctimas*. Bogotá: CINEP.

Yie, Maite. 2008. *Del patrón-estado al estado-patrón: Historias de la memoria de la agencia campesina*. Tesis para la maestría en historia, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.